

**Biblioteca de Diario LA PRENSA**

---

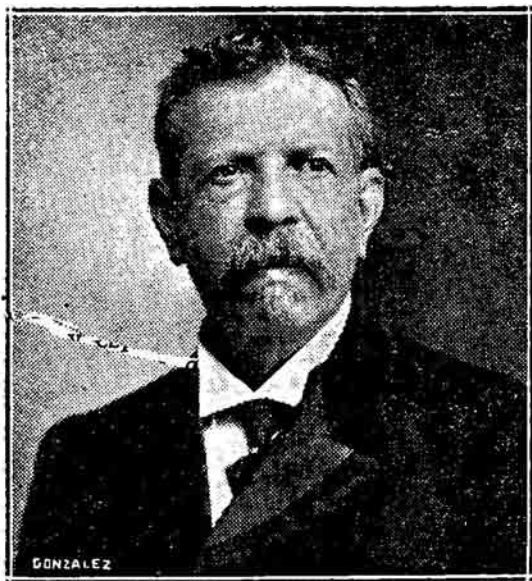
# **MEMORIAS**

**DEL DOCTOR DON  
SALVADOR GALLEGOS**

---

**Año de 1916**

Tip. LA UNION.—Dutriz Hermanos



---

Hijos míos muy queridos:

He escrito algunos episodios de mi vida, para ofrecerlos a vuestra consideración como ejemplo que deseo tengáis presente en circunstancias semejantes, haciendo pública manifestación de vuestros sentimientos e ideas, y especialmente de vuestra moralidad y carácter, no obstante lo duro o difícil de las situaciones que puedan poner a prueba esas cualidades de vuestra alma. Tal manifestación servirá también de saludable ejemplo a otros, en bien de la sociedad y de sus mejores intereses, al propio tiempo que fortalecerá y afirmará vuestras cualidades morales, dejando en vuestro espíritu una satisfacción gratísima, como la de un importante deber que se ha cumplido.

Y es que, en realidad, abogar con firmeza por los fueros de la justicia y de la verdad, sobre todo cuando por nuestra posición estamos llamados a defenderla; y sobreponerse a los temores de un peligro grave, por enfrentarse a las situaciones que ponen en ries-

go aquellos intereses, es una verdadera obligación, de tanto mayor fuerza cuanto más afectados se presenten y cuanto más peligro se corra de verlos transgredidos por la complicity de los espíritus débiles que se mantienen en un ambiente de servidumbre.

Para otros, que no para vosotros, parecerá que en los acontecimientos que refiero, he procurado que realce mi propia personalidad; pero, en realidad, si esto resulta, no es de mis propósitos sino de la naturaleza de las cosas: la bondad siempre refleja hermosura, y la justicia y la firmeza del carácter ennoblecen siempre. Por lo demás, yo no pretendo mérito particular, y si alguno puede apreciarse en mi conducta, resultado es, sin duda, de la educación que me dieron mis padres, de los sentimientos que infundieron en mi alma y de las ideas que han informado mi espíritu. Siempre he lamentado, y cada vez con más vehemencia, que en nuestra querida patria se exhiba claramente, aun a los ojos de observadores superficiales, la contradicción manifiesta que hay entre nuestras instituciones y la práctica de nuestros gobiernos; entre el progreso de que alardeamos, por algunas obras materiales o porque nos hemos aprovechado, aunque sea inconscientemente, de algunos de los adelantos modernos, y la decadencia espantosa que se marca en nuestras costumbres, con la relajación de los vínculos de la familia y el culto vergonzoso del materialismo y de la sensualidad, que van



haciendo retroceder a nuestra sociedad hacia la época del degradante paganismo. Por la convicción que tengo de estas tristes realidades, y porque deseo ardientemente que mis hijos salven su nombre del naufragio a que deben conducir los borrascosos elementos que imperan en nuestra sociedad, por eso he querido dejarles ejemplos que puedan imitar fácilmente, recogiénolos como herencia de su padre, de modo que puedan reflejar, ellos también en su conducta, el brillo ennoblecedor de este abolengo, estimándolo como patrimonio de familia, superior a los bienes instables de la fortuna.

Tal es el objeto de los episodios que dejo escritos; y por eso, porque están dedicados exclusivamente a mis hijos, no he puesto particular esmero en su redacción, hecha con naturalidad, y manteniéndose fijo mi espíritu en las ideas. De las reminiscencias políticas, debo decir lo mismo, agregando que tienen impreso el sello de la verdad histórica, por lo cual, pueden aprovecharse, en un caso dado, para rectificar relatos apasionados, o simplemente inexactos que, por error o por malicia, se ofrezcan al público. La verdad histórica es siempre provechosa como lección o como ejemplo, para preveniros o para guiarnos en la sucesión de hechos semejantes; y como desgraciadamente los intereses de partido o las conveniencias políticas, que es lo más frecuente en sociedades como las nuestras, hacen que se desfiguren ordinariamente

los sucesos, para presentarlos bajo el aspecto de sus intereses, siempre será útil tener datos desinteresados e imparciales, para las rectificaciones o vindicaciones que convenga hacer, y en general, para aprovecharnos de ello como base de un criterio bien inspirado.

Concluyo, pues, recomendándoos sobre todo, el amor a la verdad y a la justicia, aunque en su defensa sacrifiquéis cualquier clase de intereses; y nada de claudicaciones ni de transacciones con la conciencia.

Vuestro padre que os ama.

*Salvador Gallegos.*

---

## REMINISCENCIAS HISTORICAS

Conocí al Dr. Don Rafael Zaldívar, me parece que el año de 1867, estando recién venido de Guatemala, donde se había educado, obteniendo con brillo el título de doctor en medicina. El Dr. era un joven apuesto, de modales distinguidos y exquisita cultura, y era fama en esta capital, que había figurado en la de Guatemala, donde había estado últimamente, como Ministro de El Salvador, tanto por sus elevadas dotes, como por la magnífica posición social de que disfrutaba, relacionado con lo más distinguido del país, y por el lujo que desplegaba, que podía rivalizar con el de los más elegantes y acaudalados sujetos de aquella culta Metrópoli centro-americana.

En la época en que conocí al Dr. Zaldívar,

reinaba en esta capital la fiebre amarilla, y era de ver la actividad con que el doctor atendía a los atacados de tan terrible enfermedad, multiplicándose en su asistencia, y proveyendo de sus recursos y de los que obtenía de otras personas, a las más apremiantes necesidades de los pobres enfermos. A tal punto llegaba su caridad y las exigencias de los menesterosos, que después de haber llenado los lazaretos que con motivo de la epidemia fundó en esta capital, y quedándole todavía varios enfermos a qué atender, comenzó a mandarlos a su propia casa, donde se multiplicaba también la digna compañera de aquel distinguido filántropo, dando así alojamiento y sostención a diez y nueve enfermos, que pudieron alojarse en la casa.

El Dr. Zaldívar, como médico, difícilmente encontrará rival. Antes de la seis de la mañana, recorría las casas donde tenía algún enfermo a su cuidado, imponiéndose del estado del paciente, y ordenando las prescripciones necesarias. Nunca o muy rara vez, había necesidad de mandarlo a llamar; pues, él calculaba el efecto de sus medicinas; lo mismo que las evoluciones que debían cumplirse en la marcha y desarrollo de la enfermedad, siendo muy apreciada de la sociedad esta esmerada diligencia, tan rara en nuestros días, si es que aun queda alguna.

Respecto de sus honorarios, había también algo que notar, pues, generalmente se aseguraba, que nunca pasaba una cuenta, por

asistencia profesional; pero, a la hora menos pensada, cuando ocurría al doctor algún apuro pecuniario, porque le pasasen a él alguna cuenta del comercio o por otro motivo, dirigía una misiva a sus clientes más acomodados, suplicándoles facilitarle tal suma, de la cual difícilmente volvía a acordarse, para devolverla. Esto hacía que se considerase al doctor como despilfarrado, en el sentido de derrochador, por más que gran parte de sus dilapidaciones, se verificasen en beneficio de sus semejantes.

---

El año de 1869, o a principios de 1870, hallándome en el Ministerio de Relaciones Exteriores de este Gobierno desempeñando la Subsecretaría del Ramo, me tocó expedir las credenciales con que debía presentarse el doctor Zaldívar en Alemania, como Ministro Plenipotenciario. Recuerdo que fue este el primer trabajo de importancia que hice en el Ministerio, y cuando el Dr. Zaldívar regresó de desempeñar su misión diplomática, supe que habiéndose puesto en las credenciales que se le acreditaba ante el Emperador de Alemania, el Dr. se encontró allá con que era necesario poner además, “y Rey de Prusia”, lo cual subsanó el Dr. Zaldívar, haciendo reponer su credencial, mediante la fabricación de otra nueva, que llenase la formalidad indicada, lo cual fácilmente lo consiguió ocurriendo a la adelantada industria alemana. El doctor era hombre de recursos



y no podía fracasar en su misión por tan poca cosa. Regresó de Alemania, como el día 3 del mes de Agosto de 1870, en los momentos que pasaba la entrada del Barrio de Candelaria, habiendo celebrado un Tratado de paz, amistad y comercio con el Gobierno Alemán; y poco tiempo después, fué electo Ministro de Instrucción Pública del Gobierno bajo la Administración del doctor don Francisco Dueñas. El doctor en esa época, tuvo que participar del desprestigio que empezaba a manifestarse en contra del Dr. Dueñas y su colaboración en el gobierno tuvo que ser más bien de un orden político que administrativo, pues empezaba ya a formarse la facción que debía derrocar al citado Dr. Dueñas, reuniéndose los descontentos en territorio de Honduras, acaudillados por el General don Santiago González, al cual pronto se le reunió el Dr. don Gregorio Arbizú, Ministro de Relaciones del gobierno, cuyo despacho me fué encargado con ese motivo, de una manera interina, aunque lo desempeñé hasta el 10 de abril de 1871.

Recuerdo que el último día de la Administración del señor Dueñas, llegué a mediodía a casa del Presidente, más por curiosidad de saber cómo estaba la situación que porque ocurriese algo en el Despacho que me estaba encomendado. Encontré allí a doña Teresa, esposa del señor Dueñas, y al Dr. Zaldivar, y se conversaba sobre las últimas noticias que se tenían, de que el General Iraheta se

preparaba a faldear con sus fuerzas el volcán de San Salvador, para evitar los puntos fortificados del Guarumal y de la cuesta del Atajo, al hacer su entrada a esta capital, que consideraba incapaz de defenderse. Se recibía un correo en esos momentos, anunciando tales proyectos, objeto de la conversación, cuando llegaron a dar parte al señor Presidente de que había un desorden en el Cabildo, donde disputaban el General Pérez Gómez con el Alcalde Municipal don Federico Prado. En el acto dispuso el señor Dueñas, que fuésemos con él a ver qué sucedía, y encontramos que efectivamente, el General Pérez Gómez pretendía retirar del Cabildo la fuerza que había en dicho local para custodia de los reos y el Alcalde señor Prado se oponía a ello alegando la inseguridad en que quedarían las cárceles, y el peligro que corría la población si los reos se fugasen, como era natural, encontrándose sin custodia que respetar. El señor Dueñas dió la razón al Alcalde, y se hallaba dictando las disposiciones del caso para poner término a este incidente, cuando llegó un Ayudante a participarle que la fuerza que había en el Cuartel de Santo Domingo se estaba insurreccionando, por lo cual el señor Dueñas dispuso dirigirse inmediatamente a dicho Cuartel, acompañándole siempre el doctor Zaldívar y el que esto escribe. Ibamos como a la mitad del Portal de Santo Domingo, cuando encontramos un oficial, quien informó al doctor Dueñas, que la fuerza del Cuar-

tel, había abandonado ya las trincheras que allí había, desvandándose totalmente. Esta noticia acabó de desalentar al Presidente, quien dispuso en ese mismo momento regresar. En la esquina del portal me despedí del doctor Dueñas, lo mismo que del doctor Zaldívar, dirigiéndome a mi casa. Supe después, que el doctor Zaldívar entró a la casa del señor don Augusto Bouineau, y el doctor Dueñas buscó asilo en la Legación Americana a cargo entonces del General Torbet. La ciudad quedó abandonada, sin autoridades que guardasen el orden, durante dos días, aunque felizmente no ocurrió ninguna novedad, pues se organizó pronto por el Alcalde señor Prado una guardia cívica, que capturó a varios de los reos prófugos y evitó los desórdenes que en tales casos son consiguientes.

Al entrar a la capital las fuerzas del General González, buscaron activamente al doctor Zaldívar, pero éste se había escapado, portando un manojo de zacate, como los que se dedican a la venta de este forraje, y en los suburbios de la ciudad, montó dirigiéndose por la costa a Guatemala, acompañado de don Francisco Aráuz y de Mr. Juan Hoquin. De Guatemala, pasó el doctor Zaldívar a Costa Rica, donde pronto estableció una magnífica farmacia, bajo el título de El Aguila, y habiéndose captado la amistad del Presidente, General don Tomás Guardia, sobre quien ejercía marcada influencia, logró que, al estallar en esta República la guerra contra el



General González, en 1876, se le enviase en misión confidencial, cerca del General don Justo Rufino Barrios, a quien se unió en Chalchuapa, coadyuvando con las fuerzas de éste, en el ataque de Ahuachapán.

Como consecuencia del triunfo de las armas del General Barrios, pues, las del Salvador, al mando del General González, se desvandaron en Santa Ana, dejando el campo libre al enemigo, se celebró un convenio, en virtud del cual, el Gobierno del señor don Andrés Valle designaría una Junta de individuos de los más notables, quienes debían concurrir a Santa Ana, para elegir, de acuerdo con el General Barrios, la persona que debiese ejercer la Presidencia del Salvador, mientras se convocaba a los pueblos para la designación constitucional. Mas, el doctor Zaldívar se había conquistado las simpatías del General Barrios, con quien tenía el antecedente de haber sido compañeros de alojamiento, cuando éste hacía sus estudios de Escribano, y aquel seguía su carrera de medicina; y como además, el General Barrios pudo apreciar personalmente, durante los días de campaña que estuvo con él el doctor Zaldívar, la actividad exquisita de éste, su valor a toda prueba, y especialmente el atractivo del doctor su elección, a pesar de los notables, se consideró desde el principio como un hecho, quedando fuera de toda probabilidad el señor don Fabio Morán, que antes, se presumía ser el candidato del General Barrios.

Los notables, entre los cuales me encontraba, pudimos formar juicio de la situación, desde nuestra llegada a Santa Ana, pues, respecto del General Barrios, fui a verle, en unión del Licenciado don Federico Paredes y del doctor don Cornelio Lemus, para saber a qué atenernos, y el General con un laconismo desconsolador, nos dijo: que nos reuniésemos donde quisiéramos y nos pusiéramos de acuerdo en la persona que más nos conviniera; y que ya reunidos le avisásemos para saber lo que se hubiese dispuesto. Quisimos averiguar algo sobre la forma en que se procedería, es decir, si designaríamos una terna para proponérsela, o si él nos propondría candidatos, o si en el acto se procedería a votación nominal o secreta, y a todo esto el General se limitó a decirnos que se estaría a lo convenido. Por otra parte, en unión de los compañeros citados, visité a dos o tres de los notables que habían llegado, para ponerme de acuerdo con ellos, de alguna manera, sobre el importante objeto de la comisión que se nos había confiado, y todos nos contestaron, con más o menos franqueza, distinguiéndose por su claridad don Bonifacio Sosa, de Metapán, que lo que es con él, no podíamos contar para nada, pues, se había comprometido ya con el doctor Zaldívar, para dar su voto en favor de él, para la Presidencia de la República. Esto, y el haber sabido al propio tiempo, que en casa de doña Andrea Paredes de Sandoval, se habían hecho

varias reuniones, y se había redactado una exposición proponiendo al doctor Zaldívar para la Presidencia, nos causó gran contrariedad, y recuerdo que el doctor Lemus me manifestó, que no concurriría a la reunión, pues, lo consideraba inútil. Por mi parte, también veía las cosas mal, pues, ya preveía que el doctor Zaldívar sería impuesto por Barrios, salvando las apariencias con la exposición mencionada, mas, siempre insistí en concurrir a la Junta de Notables, que era el objeto de mi llegada a Santa Ana, y de la comisión que el Gobierno me había confiado.

Debo advertir, que la víspera de emprender mi viaje de San Salvador a Santa Ana, estuvo a hablarme en favor del doctor Zaldívar, primero el señor don Augusto Bouineau, y después el señor don Antonio Liévano, y a ambos contesté que nada podía ofrecerles, pues deseaba llegar a Santa Ana libre de compromisos, para poder apreciar imparcialmente la opinión. Ambos insistieron invocando mi amistad con el doctor Zaldívar, e inquiriendo de mí si tenía algún motivo particular para no dar mi voto por el doctor, pues, habíamos servido juntos en la Administración del señor Dueñas, me ví obligado a manifestarles, que no consideraba al doctor propio para la Presidencia, pues, creía que, bajo su Administración no andarían muy bien las rentas públicas. Para formar este juicio, obedecí al concepto general en que se tenía al doctor según antes lo he

manifestado.

Pues bien. Llegado el momento de proceder a la elección, me dirigí a la casa de don Pepe Gómez, designada para la reunión, y hallándome en el corredor, noté con sorpresa, que el doctor don José María Vides, sujeto muy importante de Santa Ana, por quien siempre había tenido mucho aprecio, y que era mi socio en una finca de café que teníamos en el Cantón de las Crucitas, de Chalchuapa, se hallaba en la puerta exterior del salón de la casa, y haciendo las veces de portero, o de introductor, hacía entrar al salón a diversas personas que iban llegando, diciendo en voz alta, al señalar la puerta a dichos individuos para entrar, pase adelante, señor U. también es notable y tiene derecho de votar, porque es propietario honrado. Esto se repitió muchas veces, y el salón iba llenándose de gente, que, podía ser muy honrada y propietaria, pero que no tenía derecho de votar, si se había de cumplir lo convenido, como decía el General Barrios.

La conducta del Licenciado Vides, me produjo una impresión fortísima: lo veía en su tarea, muy insinuante y activo, y sentía por él un sentimiento de desprecio, y una repugnancia indecible, haciendo desaparecer de mi ánimo el favorable y amistoso concepto que de él tenía formado. Se acercó en esos momentos a mi lado el señor General don Estanislao Pérez, que era muy amigo del Licenciado Vides, presenciando con impavidez



la comedia de éste, y aproveché su presencia para preguntarle si era cierto lo que se decía de las reuniones celebradas en casa de su hermana, doña Andrea, para la elección del doctor Zaldívar, a lo cual se debía también atribuir la conducta del Licenciado Vides, dadas las relaciones que los unían. El General me dijo, que a su juicio todo era cierto; e instándole a fin de que me ayudase y trabajásemos para obtener una elección libre, me contestó, creo que es inútil. En fin, la afluencia de gente aumentó de manera notable, llegando también gran número de los Notables y el General Barrios, llenándose el salón, y reinando pronto un silencio solemne.

El General Barrios, tomó la iniciativa, invitando primero al doctor Zaldívar a decir algo, y éste hizo ligera reseña sobre la situación excepcional en que se encontraba la República, y el compromiso en que se había puesto al Gobierno del General Barrios para hacer la guerra al Salvador, por la infidencia cometida por el General González, al publicar alterado el tratado que últimamente había celebrado con el General Barrios: que, no obstante ésto el General Barrios, vencedor, trataba como amigo a esta República, sin exigirle indemnización alguna y convocando a sus distinguidos ciudadanos para la elección del gobernante que debía encargarse de sus destinos. Ponderó la generosidad del General Barrios, e hizo un llama-

miento al patriotismo de los salvadoreños para que supiesen usar de sus derechos al hacer la elección de la persona que debía desempeñar la Presidencia de la República. Ahora U. don Fabio, dijo el General Barrios, al terminar su discurso el doctor Zaldívar. Don Fabio Morán se paró, y haciendo uso de la palabra, discurrió, más o menos, en el mismo sentido de las ideas manifestadas por el doctor Zaldívar. Hubo después, un momento de silencio, y pidió la palabra el Licenciado don Luis Fernández, (el ronquito, como le decían), el cual se expresó de manera enérgica, en términos patrióticos pero alusivos al doctor Zaldívar como para rechazar su candidatura. En seguida, pedí yo la palabra, y empecé por manifestar, que de acuerdo con el objeto de la misión que se nos había confiado, estábamos animados de los mejores deseos, para elegir a una persona que, por sus condiciones personales realizase el orden y el progreso de la República, y diese garantías de lealtad al General Barrios.... "Nos las necesito", me interrumpió éste, y continuando en el uso de la palabra, manifesté, que debiendo proceder sobre tan importante objeto, de acuerdo con el citado General conforme al Tratado de Chalchuapa, esperábamos conocer la manera cómo se verificaría el acuerdo, haciendo notar al propio tiempo que en el seno de aquella Asamblea, se encontraban sujetos notables de todos los partidos, entre los cuales podía escogerse,

proponiendo el General Barrios, o los designados por el Gobierno del Salvador, para que la otra parte resolviese definitivamente, aceptando uno de los propuestos.

El Licenciado José Bernal, que había sido compañero de estudios del General Barrios y actualmente era Magistrado de la Cámara de Segunda Instancia de Santa Ana, se paró inmediatamente después, para dar lectura a una exposición, autorizada con varias firmas, en la cual, se pedía el nombramiento del doctor Zaldivar, como Presidente del Salvador; y como insistiese en pedir de nuevo la palabra el Licenciado Fernández, se paró el General Barrios, con aire resuelto, portando siempre un chilillito en la mano, y con acento imperioso dijo: "Pues, señores, Zaldivar es el Presidente, el General Pérez el Ministro de la Guerra, y don Fabio Mocrán, Ministro de Hacienda; y dirigiéndose al doctor don Marco Aurelio Soto, que se hallaba a su lado, le dijo: "Haber Marco, que todos estos señores me suscriban esa exposición, refiriéndose a la leída por el Licenciado Bernal, de quien la tomó entregándola al señor Soto y señalándole una mesa redonda que estaba en el centro de la sala, donde había un tintero y plumas. Don Marco se sentó inmediatamente junto a la mesa, colocando al otro lado, siempre junto a la mesa, otra silla, para que la ocupasen los que debían firmar, y el General Barrios continuó, dirigiéndose a un oficial que estaba a su lado, "colóquese



“¿. allí”, señalándole la puerta de salida de la sala, y nadie me sale sin haber suscrito. A otro Ayudante le ordenó mandase disparar veintiún cañonazos, y finalmente, al General Medina, que fuese a colocarse a la salida de la ciudad, y que no dejase pasar a ninguno.

El General Barrios, se mostraba excitado, al dar las órdenes que he referido, y toda la concurrencia se hallaba sorprendida de lo que pasaba. En tales circunstancias, pensé yo que podría escurrirme del salón sin ser notado, y tomando mi sombrero, me dirigí hacia la puerta, por la orilla de la pared, mas al llegar a ésta, el oficial, que vió bien que yo no había firmado, me dijo, con imperio; Atrás, Ud. no ha suscrito, y entonces, encendido en coraje patriótico, me dirigí resueltamente, hacia la mesa, y tomando la pluma, escribí al pié de la exposición: No suscribo. Verificado ésto, salí sin dificultad alguna y me dirigí a mi casa, medio loco de la emoción, al grado de que, al pasar por la plaza, no advertí que estaban disparándose las salvas por la elección del Dr. Zaldívar, y corrí el riesgo de que me arrollase el taco de un cañonazo que pasó casi rozándome. Llegado a casa, me quedé esperando el resultado de mi conducta, seguro de que el General Barrios no dejaría pasar desapercibida mi firma en la exposición del Dr. Bernal.

Una hora, había pasado a lo más, cuando se me presentó un Ayudante, manifestándome que el señor Presidente me llamaba, y des-

pidiéndome de mi hermano Jesús, como quien teme no volver, a lo menos muy pronto, salí dirigiéndome hacia la casa del General Barrios; pero, el Ayudante, al notar mi dirección errada, me hizo observar, que quien me llamaba era el señor Presidente Zaldívar, lo cual me tranquilizó. Llegado a la casa de éste, salió a recibirme el Dr. don Marco Aurelio Soto, quien echándome familiarmente el brazo sobre el hombro, me condujo a la sala, diciéndome desde que nos encontramos: Venga acá, amigo. Qué le ha pasado, y por qué ha hecho esto con nuestro amigo el doctor (mostrándome la exposición firmada en la reunión que acaba de pasar), e invitándome amistosamente a que borrarse el “no suscribo” que había autorizado con mi firma. Yo, de momento le contesté, que, lo escrito, escrito estaba, y no podía borrarlo, mas, él insistió haciéndome reflexiones, recordándome nuestra amistad con el doctor y la inutilidad de que apareciese mi discrepancia en aquella exposición, cuando ya no podía evitar que el doctor fuese el Presidente, contra el cual, por otra parte, nada tenía yo que alegar. Contesté al señor Soto, refiriéndome a las violencias del General Barrios, para imponer su voluntad, sobre lo cual, alegó aquél, en su defensa, que después de las dificultades y molestias de la campaña militar, el General estaba fastidiadísimo, y deseando sólo terminar los asuntos del Salvador para regresar a Guatemala, por lo que, debía discul-

parle. Finalmente, insistió tanto, que le dije: pues bien, borre el No suscribo; pero, él me contestó: No, yo quiero que sea Ud. mismo quien lo borra, y que así como antes, cumplió Ud. con lo que le exigía el patriotismo, así satisfaga, ahora, a las reclamaciones de la amistad. Borré, pues, con mi propia mano el No suscribo, y el Dr. Soto, dándome las gracias, me estrechó contra su pecho y me condujo a la sala, donde el Dr. Zaldívar me estrechó también entre sus brazos, dirigiéndome expresiones afectuosas y de resentimiento, por lo ocurrido, mostrándose muy satisfecho y contento, cuando el Dr. Soto le contó lo que acababa de pasar. El Dr. don Cruz Ulloa llegó en esos momentos y me manifestó que deseaba nombrarme su Subsecretario, pues el Dr. Zaldívar le había llamado a desempeñar el Ministerio de Relaciones Exteriores; pero, el mismo Dr. Zaldívar le contestó por mí, que no podía aceptar, pues él había dispuesto que desempeñase su Secretaría particular, desde ese momento. Por mi parte, dí a ambos las debidas gracias, presentándoles mis excusas, pues, en Santa Ana me hallaba muy bien establecido, teniendo una finca de café y una tienda de comercio, fuera de la inapreciable ventaja de vivir al lado de mi familia, disfrutando de completa independencia. Ninguna disculpa se me aceptó, por el momento, y tuve que desempeñar la Secretaría del Presidente durante algunos meses, regresando a Santa Ana lo más pronto que pu-

de, aunque pronto se me volvió a llamar con insistencia, siendo nombrado sucesivamente, Subsecretario de Relaciones Exteriores, Subsecretario general y comisionado confidencial del Gobierno ante el General Guardia, Presidente de Costa Rica y ante el Gobierno de Nicaragua, desempeñando además, el empleo de Secretario de Legación confiada al General don Fernando Figueroa ante el Gobierno de Costa Rica. Finalmente, el 6 de agosto de 1878, día en que cumplía 32 años de edad, fui llamado para nombrarme Ministro de Instrucción Pública del Gobierno y en febrero del año 1880, pasé a desempeñar el Ministerio de Relaciones Exteriores, Justicia y Cultos, sirviendo además como Diputado a la Asamblea Nacional Constituyente. Serví en el Ministerio últimamente mencionado, hasta el mes de mayo de 1885.

El Dr. Zaldívar se mostró siempre cariñoso y atento conmigo, llegando su afecto hasta el grado de proponerme un día, que me pasase a vivir a la Casa Presidencial, donde su familia sería la mía, y que aumentaría la pensión de que disfrutaba, en la proporción que yo lo estimase conveniente. Por supuesto, que no acepté, pues aunque veía que el doctor sinceramente me quería y deseaba protegerme, también consideraba que el trabajo a que me encontraba sometido era muy rudo, y teniéndome a la mano, se aumentaría, con detrimento de mi salud. Además, siempre he amado la libertad y la vida de familia,



y ya que me fuese imposible disfrutar de estos beneficios de un modo absoluto, quería, a lo menos, aprovechar lo poco que me quedaba, en el seno del hogar. Por lo demás, todo mi tiempo lo dedicaba al trabajo. A las 8 de la mañana, ya estaba en la Secretaría Privada, despachando la correspondencia política que me estaba encomendada, hasta cerca de las doce, hora en que salía a almorzar. A la una volvía a la Casa Presidencial, para acompañar al Despacho al señor Presidente, permaneciendo en Palacio, hasta las 4 o 5 de la tarde; sin perjuicio de que, cuando ocurría algo urgente, en el acto me llamaba el Presidente, cualquiera que fuera la hora en que esto tuviese lugar.

---

En el mes de febrero de 1884 terminaba el período presidencial, para el cual había sido electo el Dr. Zaldívar, y en el mes de mayo del año anterior, dispuso éste convocar una Junta de personas notables de toda la República, para uniformar si fuese posible la opinión acerca de la persona que debía sucederle en el Poder. Partidario yo de la no reelección, la cual era además inconstitucional, formulé para el señor Presidente un discurso que debía pronunciar dicho funcionario al inaugurarse la reunión, procurando que fuese lo más expresivo y enérgico en el sentido de mis ideas, a fin de comprometer en cuanto fuese posible a aquél, moralmente, y de alentar el patriotismo de los señores no-

tables, para usar de sus derechos en tan importante reunión. Estaba próximo ya el día para el cual se había convocado cuando supe que el Dr. Zaldívar pensaba en mí, como la persona que debía designarse para sucederle; y la víspera de la reunión, estuvo en casa el señor Presbítero don Juan Bertis, tío mío, para anunciarme que varios de los notables habían celebrado algunas reuniones privadas, conviniendo en darme sus votos. Apenado en alto grado, con tales noticias, pues, lejos de sentir la ambición de mando, había podido apreciar ya, a pesar de mi poca experiencia y de mi pequeña participación en el poder, cuán difícil es entre nosotros, donde no hay espíritu público, ni iniciativa particular, ni partidos políticos, implantar un Gobierno verdaderamente republicano, busqué y encontré en la misma Constitución política, el medio de evadir las dificultades, apoyando en un Artículo que, al fijar las cualidades necesarias para ser electo Presidente de la República, requiere expresamente el haber nacido en su territorio, cuando yo ví la luz primera en el Pueblo de Intibucá, hoy La Esperanza, República de Honduras.

Preparado de este modo, concurrí tranquilo, el siguiente día, 15 de junio de 1883, a la mansión presidencial, donde debía verificarse la reunión. Esta fué muy selecta y numerosa, pues, había en el salón, a la hora señalada, como ochenta personas de lo más caracterizado de los diversos Departamentos

de la República y los principales opositores del señor Presidente.

El Dr. Zaldívar inauguró la sesión, pronunciando el discurso que para este objeto le había preparado, invitando además, encarecidamente, para que se procediese conforme a sus deseos, indicándole los votos de la opinión, respecto de su sucesor. Dirigiéndose especialmente a los señores don Fabio Morán y don Rafael Campo, les manifestó su deseo de que hiciesen uso de la palabra, a lo cual contestaron éstos, que juzgaban más conveniente lo hiciesen antes los miembros del Gabinete; pero el Dr. Zaldívar insistió en que debía manifestarse la opinión de los particulares, pues, el Gabinete estaba enteramente de acuerdo con las ideas que acababa de exponer. Entonces, se paró el Dr. don Rafael Reyes, uno de los principales opositores del Dr. Zaldívar, pidiendo la palabra, e indicándosele que podía usar de ella, dijo más o menos, que había escuchado con satisfacción las ideas republicanas del señor Presidente de la República; que el asunto era de vital importancia para el país, y por lo mismo aceptaba la promesa que se les hacía de asegurar toda clase de garantías para tratar libremente ese particular, en cuya virtud, pedía se les dejase conferenciar con entera independencia. El Dr. Zaldívar, comprendió en el acto, la indirecta, y dijo al Dr. Reyes que se explicase con más claridad, y que si lo que deseaba era que él y su Gabinete se retirasen, no



tenían inconveniente en verificarlo, como se efectuó en el acto, esperando que al ponerse de acuerdo se sirviesen avisarlo.

El señor don Rafael Campo, al quedar solos los invitados, propuso que se organizaran, eligiendo una especie de Directorio, en lo cual estuvo de acuerdo el Dr. Reyes; y después de alguna discusión, pues, hubo diversos pareceres, se resolvió que, tratándose de una reunión, a la cual había invitado previamente el Dr. Zaldívar, era lo más natural que él fuera quien debía presidirla, por lo cual se le invitó a volver al salón, y bajo su Presidencia, sirviendo de Secretario el Dr. Reyes, se procedió, después de larga discusión sobre la manera y forma de hacer las manifestaciones de la opinión, a designar hasta cuatro candidatos, uno después de otro, invitando el Dr. Zaldívar al señor don Rafael Campo, que encabezaba la fila de la izquierda, para que iniciase la votación. El señor Campo manifestó, que puesto que podía emitir su voto libremente, lo daba por el Dr. don Salvador Gallegos. En el acto, pedí la palabra, resuelto como estaba a no dejar correr mi candidatura, y manifesté cuánto agradecía el voto de un sujeto tan respetable y caracterizado, como el señor Campo; pero que, sin aceptarlo más que para agradecerlo, y aunque me consideraba tan salvadoreño como el que más, creía de mi deber manifestar, que había en mí un motivo de incapacidad legal, para poder ser Presidente, pues no te-

nía la honra de haber nacido en territorio de la República como lo exigía la Constitución, que era la ley suprema a que debíamos atenernos. Inmediatamente se paró el Dr. Zaldívar, y dijo, que sentía vivamente el saber hasta entonces, por mí mismo, ese motivo de incapacidad que me asistía, pues, estimaba altamente mis aptitudes y mis servicios, y era uno de los sujetos en quienes él, por su parte, había fijado la atención como muy digno de sucederle. A continuación, expidió su voto al sujeto que seguía al señor Campo, y habiéndolo dado por el Dr. Zaldívar, volví a pedir en el acto, la palabra, y manifesté: que así como acababa de invocar la Constitución para rechazar el primer voto que se me daba, aunque fuera indigno de merecerlo, me veía ahora en el imperioso deber de acogerme nuevamente a su texto, para rechazar enérgicamente el que se acaba de emitir, en favor del Dr. don Rafael Zaldívar, que conforme a esa ley fundamental, era expresamente prohibida la reelección inmediata; y que, ya que se nos convocaba para designar libremente la persona que debía suceder al Dr. Zaldívar, debíamos usar de nuestro derecho, teniendo por base la legalidad que era el fundamento más sólido del verdadero patriotismo: que recordásemos cuántos males habían pesado sobre el país, por habernos salido de esa norma, desde la época del General Barrios (don Gerardo) y cómo desde entonces había sido necesario el impe-

rio de la fuerza para hacer efectivo el principio benéfico de la alternabilidad. Finalmente, que el mismo Dr. Zaldívar, reconocía la necesidad de salir de ese estado anormal, y de regularizar la transmisión del Poder, por lo cual nos había convocado allí; y reconociendo que su reelección sería inconstitucional, nos excitaba para indicarle la persona que, conforme a la opinión general, debía sucederle. Por último hice presente la responsabilidad que sobre nosotros pesaría si procediésemos de otro modo. Inmediatamente se levantó el Dr. Zaldívar, y manifestó, que estaba enteramente de acuerdo con mis ideas; y que por lo mismo, instaba a todos de nuevo para que diesen sus votos, haciendo abstracción de su persona.

No obstante lo expuesto, gran parte de los sujetos que concurrieron a esta reunión, d<sup>o</sup> su voto por el Dr. Zaldívar, a pesar de hallarse presentes, muchos de los que se consideraban como opositores del Dr. Zaldívar, como el General Estanislao Pérez, don Fabio Morán, don Emeterio Ruano, don Nicolás Angulo, el Dr. Manuel Delgado, el Dr. Rafael Reyes, etc., et. Mi voto lo dí por el Dr. don Domingo López, y recuerdo que después de la reunión combatió enérgicamente mis ideas el Dr. don Dociteo Fiallos, afirmando que la nueva elección del Dr. Zaldívar, no era inconstitucional, pues en dicha ley fundamental, se trataba de la elección directa por el pueblo, y el Dr. Zaldívar, el año de 1881, ha-

bía sido electo por la Asamblea. Después de esta reunión tuve por un hecho indudable que el Dr. Zaldívar sería reelecto, no obstante que éste me confirmaba siempre su resolución de dejar el Poder, agregando que ningún poder humano le haría continuar y que yo debía sucederle.

Pocos días después de la reunión del 15 de junio, me llamó el Dr. Zaldívar, y refiriéndose al asunto de la elección presidencial, me dijo, que para sanjar el inconveniente que yo había manifestado tener, para ser electo Presidente de la República, acababa de hacer llamar al Dr. don José Trigueros, a fin de consultarle; y en efecto, habiendo llegado aquél un momento después, e informado del objeto para el cual se le necesitaba, manifestó al señor Presidente, que faltando algunos seis meses para la elección de los Supremos Poderes, era tiempo de que pusiese yo mi renuncia de Ministro de Relaciones del Gobierno y de que se me eligiese Senador por el Departamento de La Paz, que estaba vacante, puesto que allá tenía mi hacienda: que después, se me podía elegir como Designado y depositarme el mando supremo. Al doctor le pareció muy bueno el medio propuesto por el Dr. Trigueros, y aunque yo alegué que dentro de los seis meses, acababa de firmar algunos acuerdos del Gobierno, por lo cual, aunque apareciese mi renuncia como puesta antes de los seis meses, mi elección no sería válida, el Presidente dispuso que se pusiese



en práctica lo indicado por el Dr. Trigueros, lo cual, sin embargo, no se llevó a efecto, tanto por mi renuncia, como por haberse cruzado en esos días una reunión convenida con el General Barrios.

La entrevista de los Presidentes del Salvador y Guatemala, se verificó pronto, me parece que en Asunción Mita, y asistieron a ella además de los señores Barrios y Zaldívar, algunos de los principales opositores del Dr. Zaldívar, pues, el General Barrios quería hablar con ellos y reducirlos si le fuese posible a trabajar por la elección de éste, en lo cual mostraba decidido empeño. Recuerdo, entre los convidados, al General Francisco Menéndez y a los doctores don Manuel Delgado y Rafael Reyes.

El General don Justo Rufino Barrios, era un hombre de dotes especiales y de instintos terribles. Tenía una mirada penetrante y escrutadora, que parecía revelarle las condiciones de las personas con quienes trataba, aunque las viera por la primera vez. Sobre todo, los pícaros, parecía que al verlos se le revelaban, y ya tenía a qué atenerse respecto de ellos. En su trato era agradable, pero gastaba mucha franqueza en sus conceptos y cierta chabacanería que, no sólo chocaba, sino que producía muchas veces embarazos a sus interlocutores. Con frecuencia decía, que él no tenía pelos en la lengua, con lo cual, hasta cierto punto, explicaba perfectamente

el naturalismo que empleaba en sus conversaciones; refiriéndose a los riesgos y peligros que afrontaba, o a los cuales se exponía con sus providencias y conducta, manifestaba, que él no había de morir de parto, ni de cornada de burro.

En la conferencia a que me voy a referir, el General Barrios estuvo insinuante, agradable, y hasta amanerado y culto, revelando un buen humor excepcional, y mostrándose complaciente y ameno con todos los de la comitiva del Presidente Zaldívar. Recuerdo que, estando todos en plática amistosa, el General Barrios propuso a los generales salvadoreños, allí presentes, entre los cuales estaba el General Carlos Molina, una especie de problema militar, para que resolviesen en qué condiciones era lícito al jefe de una plaza sitiada, verificar su rendición, cruzándose con tal motivo, de él a los generales varias chanzas y pullas. Tomó después por su cuenta a los doctores Delgado y Reyes, proponiéndoles la cuestión de, por qué las mujeres no podían servir de testigos en los testimonios, conforme al Derecho Romano. Finalmente, durante el almuerzo, dirigiéndose al General Menéndez, lo increpó diciéndole: A ver, General, díganos, y Ud. qué es, liberal o conservador?— Pues, señor, contestó Menéndez, la verdad es que yo no soy ni liberal ni conservador, pues, de ambos partidos he tenido que sufrir y me hallo decepcionado de todos, y resuelto a no mezclarme más en po-

lítica.—Cómo, le dijo entonces el General Barrios, Ud. no es liberal ni conservador: pues, entonces, Ud. no sirve más que para leña de la caldera. Y Ud. me insulta, porque insulta a los liberales y yo soy liberal. Este incidente paralizó el buen humor de que todos disfrutábamos, produciendo un sentimiento desagradable. Por lo demás, en esta conferencia, el general comprometió, se puede decir así, al Dr. Zaldívar, cuya administración les demostró que era liberal, pacífica y progresista. Yo salí de allí el 13 de septiembre, en dirección a Honduras, donde actualmente gobernaba el Consejo de Ministros, por ausencia del Dr. don Marco Aurelio Soto.

---

En la conferencia a que acabo de referirme, el General Barrios se mostró muy disgustado de que al ausentarse el Dr. Soto de la República de Honduras, no hubiese depositado la presidencia en el General don Luis Bográn, como se había comprometido a hacerlo con el señor don Longino Sánchez y conmigo, cuando fuimos a Tegucigalpa, como Ministros de Guatemala y del Salvador respectivamente, a tratar con él sobre el asunto de la nacionalidad centroamericana. En lugar de esto, resignó el Poder en el Consejo de Ministro al frente del cual se encontraba el señor don Enrique Gutiérrez.

Barrios se mostraba frenético con el Dr. Soto, no tanto por la conducta que éste había observado en el asunto de unión nacional,



cuanto por las revelaciones que en esa oportunidad se le hicieron tocante a la disposición en que aquél se encontraba respecto de su política y relaciones, hasta el grado de haber propuesto al Dr. Zaldívar, por medio del General Letona una alianza, para poner término a la situación en que se encontraban con dicho general. A mí me dijo, refiriéndose a este incidente: Vea, amigo Gallegos, sólo deseo reunir unos cuatro reales para irme a Europa a buscar a Marco, y tener el gusto de pegarle una trompada, por sinvergüenza, y tener con qué pagar la multa.

Por otra parte, alegaba el General Barrios, que la infidencia del señor Soto, al depositar el Mando en el Consejo de Ministros, hacía que fuese el mismo don Marco, el que continuaba mandando en Honduras, por medio de sus empleados, y especialmente del Ministro Alvarado, que era su cuñado y su pariente; y por tal motivo se empeñaba encarecidamente con el Dr. Zaldívar, para que fuese yo a Honduras, con amplias instrucciones, para procurar que el Consejo de Ministros adoptase una política independiente del señor Soto, a quien consideraba ya como un enemigo declarado, y quería que se le destituyese de la Presidencia, amenazando con llevar la guerra a Honduras si no se verificaba. Además, nos dijo al Dr. Zaldívar y a mí, que si el Consejo de Ministros no aceptaba tal desconocimiento, lo mejor sería dividir el terro de aquella República entre Gua-

temala y El Salvador, y que así lo harían.

Aunque el objeto de tal comisión no me agradaba absolutamente, pues me parecía indigno proponer a los Ministros encargados del Gobierno de Honduras que desconocieran a quien les depositó el Poder, viendo la actitud en que se hallaba el General Barrios, traté primero de hacerle desistir de tal misión, aprovechando la oportunidad de haberseme comunicado ese mismo día un cablegrama que el señor Soto dirigía a sus Ministros asegurándoles que ya mandaba su renuncia; mas, viendo que el General Barrios, lejos de desistir de su disposición, insistía en ella, con más exigencia y calor, como temiendo que el señor Soto saliera del Poder de una manera honrosa, creí conveniente aceptar, y aun me felicitó de ser yo el designado para desempeñar dicha misión. juzgando que algo podría hacer para arreglar este incidente, de una manera satisfactoria en favor de Honduras, cuyo peligro me afligía extremadamente, como hijo de aquella nación. Ya para salir, el General Barrios me dijo que, sobre el asunto de nacionalidad, tocase con pulso la opinión de los señores Ministros encargados del Gobierno y que si algo creía poder hacer sobre el particular, que lo hiciese, pues, por su parte, me daba para todo plenos poderes.

Partí, pues, para Honduras, e inmediatamente que llegué tuve una conferencia con los señores General Bográn y Ministro Alvarado, a quienes manifesté claramente,

cuán ofendidos se hallaban el General Barrios y el Dr. Zaldívar con el Dr. Soto, por la deslealtad con que éste había procedido, faltando al compromiso contraído, respecto del depósito de la Presidencia: que dichos Gobernantes, no podían estar tranquilos con que Honduras permaneciese por algún tiempo más, en la situación anormal en que se hallaba, y que el General Barrios deseaba se resolviese ese problema por el desconocimiento del señor Soto, y la formación de un nuevo Gobierno que diese a Honduras garantías de orden y progreso y a Guatemala y El Salvador, de lealtad y buenas relaciones. Pregunté a los señores Ministros en qué sentido se pronunciaba la opinión del país, respecto de estos problemas, y como podrían ellos, por su parte, resolverlo, sin comprometer la buena armonía con aquellas Repúblicas. Los Ministros me manifestaron, que estaban enteramente de acuerdo con los señores Barrios y Zaldívar, en sus juicios respecto del señor Soto, y que tanto era esto así, que ellos mismos habían pedido a aquél su renuncia, obedeciendo a la opinión general, mostrádome en prueba de ello el telegrama en que el señor Soto les decía que ya mandaba: que en tal situación, no veían la necesidad de efectuar su desconocimiento, el cual, por otra parte, sería para ellos deshonesto, pudiéndose arreglar todo pacíficamente. Yo estaba de acuerdo con ellos sobre este particular, y gustosamente me encargué de re-

dictar el Protocolo de nuestra conferencia.

Toqué después, ligeramente el punto de la nacionalidad y pareciéndome que no hallaba eco en el Ministro Alvarado y que el Gral. Bográn usaba de cierta reserva, dispuse no pasar adelante e invitar separadamente al Gral. Bográn para una conferencia entre los dos. Con tal objeto dirigí al día siguiente una invitación a dicho Gral. y un momento después estábamos reunidos en mi casa. Le expuse el objeto de mi cita y las sospechas que había tenido en mi conferencia oficial, las cuales el General se sirvió confiar, y refiriéndose al objeto principal, lo encontré enteramente de acuerdo para emprender la realización de la idea nacional, de cualquier modo que se creyese conveniente. Como a su vez, consultase él mi opinión sobre el particular, le manifesté con franqueza, que a mi juicio, la nacionalidad centroamericana no podía verificarse por sólo los esfuerzos de la diplomacia, y que creía que era necesario combinar ésta con la fuerza. Hablamos largamente a este respecto, y estando en todo de acuerdo, le propuse que aunque sin carácter oficial, celebrásemos un convenio, el cual yo mismo redactaría, en el sentido de las ideas manifestadas, y ambos lo firmamos al siguiente día. Ese Convenio quedó, original, en mi poder, firmado por el Gran. Bográn, sin que éste se haya reservado alguna copia.

Asegurado de los resultados, telegrafíé inmediatamente al Gral. Barrios y al Dr. Zal-



dívar, participándoles que había obtenido muy buena acogida, y que tenía la seguridad de que todo se arreglaría satisfactoriamente. Mi propósito era desimpresionar al Gral. Barrios, y ganar tiempo para que se reuniese el Congreso de Honduras y admitiese la renuncia del señor Soto, sin que pudieran traducirse a la práctica las amenazas del Gral. Barrios. En la redacción del protocolo de la conferencia, procuré esforzarme en favor de Honduras, a fin de demostrar la justicia de su causa y de justificar mi conducta; y terminada así mi misión, regresé al Salvador, de donde escribí al Gral. Barrios mandándole el duplicado del protocolo, y agregándole que, respecto de nacionalidad, habíamos convenido en algo que me parecía muy conveniente. En mi correspondencia llamé especialmente la atención sobre lo bien dispuesto que, a mi juicio, se hallaba el Gral. Bográn respecto de Guatemala y el Salvador, y de la confianza que aquél me inspiró por sus ideas y su carácter, de que sería consecuente y leal en el gobierno.

El Gral. Barrios probablemente no quedó muy satisfecho, pues, contestando a la carta que le dirigí, dándole cuenta del resultado de mi comisión a Honduras, y mándole un extracto del protocolo de la conferencia que celebré con el Consejo de Ministros de aquella República, me dijo textualmente estas palabras: "Está muy bien lo que Ud. arregló con los SS. Bográn y Alvarado, puesto que no



pudo conseguir más de lo que expresa el extracto y verbalmente le ofrecieron. En lo que está la dificultad, es en que ellos cumplan y nos correspondan, con la misma lealtad y franqueza con que nosotros hemos procedido. Tengo para mí, que han querido estarnos engañando con promesas y pretextos que cuadra mal con los hechos que se van sucediendo y que nos indican ser más cautos. En mi carta al Dr. y que Ud. seguramente verá, le digo cuáles son las razones que tengo para sospechar de aquellos señores, y me alegraría sobre manera estar equivocado, si no fuera que a cada momento, se presenta un nuevo incidente que robustece mi convicción”.

En el Salvador, encontré decidida la nueva elección del Dr. Zaldívar, mediante la reforma de la Constitución; y recuerdo que el doctor me dijo, quizá como por disculpa, que los señores Gral. don Adán Mora y don Pedro Meléndez, Ministros de Guerra y de Hacienda, respectivamente, se oponían a mi candidatura para la Presidencia, porque yo no era masón y que él quería que lo fuese. Yo le contesté, que no tuviera ningún cuidado por mí, pues le repetía, que felizmente, no tenía todavía ambición política; y en cuanto a masonería, le dije, que ese era asunto puramente privado, y que no estaba en disposición de entrar a la Logia masónica, cuya institución consideraba ridícula.

Fuí electo Diputado a la Constituyente que se convocó, y fuí también quien elaboró el

proyecto de la nueva Constitución, salvo en lo relativo al Poder Judicial, de lo cual se encargó el Sr. Dr. don José Presentación Trigueros, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia. Al tratarse del artículo relativo al período presidencial, muchos querían que se dejase tal como estaba, y que se pusiese al fin un artículo adicional, para que por esta vez, pudiera ser electo el Dr. Zaldivar; mas, yo combatí esa opinión e hice prevalecer el principio más franco de que no fuese prohibida la reelección, para que no quedase esa barrera que todos saltaban, desacreditando las instituciones, ya que la índole de nuestros pueblos se prestaba a ello, tan fácilmente. El doctor quiso también, que en la nueva Constitución no quedara el impedimento que antes alegué yo concurría en mí, para no poder ser electo Presidente, por no haber nacido en el país.

Concluido el período presidencial, puse de nuevo mi renuncia del Ministerio que estaba a mi cargo, e indiqué al Presidente que, ya que él no podía renovarse, juzgaba conveniente y hasta patriótico, renovar siquiera a los señores Ministros, para que en algo se viese la alternabilidad y quedase abierto un campo a las aspiraciones de los ciudadanos. Mi renuncia fué demorada, y se trató de nombrar dos Ministros más, a lo cual me opuse; pero fueron establecidos, nombrándose a los señores Dr. y Gral. don Luciano Hernández y Dr. don Antonio J. Castro.

Poco tiempo después de los sucesos referidos, el Dr. Zaldívar solicitó y obtuvo del Congreso una licencia para ir a Europa, por motivos de salud, y antes de efectuar su viaje, convino con el Gral. Barrios, en celebrar una entrevista, la cual tuvo efecto en la hacienda de Mongoy, fronteriza a esta República, asistiendo a ella el Gral. Bográn, Presidente de la República de Honduras. En esta Conferencia se convino en que, durante la ausencia del Dr. Zaldívar, quedaría encargado del Gobierno del Salvador, el señor don Angel Guirola, que era el Primer Designado; pero tanto el General Barrios, como el General Bográn quedaron de acuerdo en que se entenderían privadamente conmigo, y en que darían crédito a mi correspondencia, en todo lo relativo a la situación de el Salvador y a la marcha de la República. Al regresar al Salvador el señor Dr. Zaldívar, dispuso efectuar pronto su viaje, y llamó a todos los Comandantes de los Departamentos, para darles sus instrucciones: a todos les dijo delante de mí, que conmigo debían únicamente entenderse, consultándome toda orden que se les comunicase del Gobierno antes de cumplirla, y ateniéndose a lo que yo les dijese. Reunió después, a los Ministros del Gobierno y nos dijo, que en Consejo, dispusiésemos lo que durante su ausencia se debía hacer, y que, si el señor Guirola no caminaba de acuerdo con nosotros, que lo obligásemos a depositar el mando en el Consejo de Ministros.

Al ausentarse el Dr. Zaldívar, y tener que atender más de cerca a los diversos ramos de la Administración, pude conocer más a fondo, el estado lamentable en que se hallaba la hacienda pública, y las dificultades que esto producía en la marcha de los negocios públicos. Nunca había un centavo en la Tesorería: los sueldos de los empleados de la capital, se pagaban de fondos que proporcionaba el señor don Manuel Trigueros, quien recibía el producto de las aduanas y las principales rentas. En los Departamentos, por lo regular no se pagaba a los empleados, sino en parte, postergando a los maestros de escuela, y prefiriendo siempre a la fuerza armada. Había multitud de deudas que pagar, las cuales devengaban fuertes intereses, y no se cubrían ni éstos, los cuales eran cobrados diariamente, ocasionando esto más molestias al Gobierno que todo lo demás de la Administración.

El señor Guirola se portó bien, mostrándose sobre todo muy económico; yo le ayudé con lealtad, y viví desde entonces muy preocupado de la situación de la hacienda pública, sobre lo cual dirijí correspondencias muy enérgicas al Dr. Zaldívar.

En una de mis cartas le indiqué la necesidad de establecer un nuevo Banco que pudiera entrar en operaciones con el Gobierno haciéndole patentes las ventajas de una combinación que, desligándonos de la casa Trigueros a la cual le pagábamos en realidad como



un 3 o 3½ % mensual, nos permitiría atender con regularidad al presupuesto, y solventar toda la deuda flotante, en 4 o 5 años a lo sumo. El doctor me contestó, que le gustaba mi pensamiento, y que a su regreso arreglaríamos algo, pues, él se ocupaba del asunto, con el debido interés. Efectivamente se estableció el Banco referido, pero fué bajo bases que no dieron el resultado que yo deseaba.

---

A fines del mes de agosto de 1884, regresó de Europa el Dr. don Rafael Zaldívar, y a mediados de septiembre del mismo año, concurrimos de nuevo a Guatemala, invitados por el Gral. Barrios, lo mismo que el Gral. Bográn y el Lcdo. don Tomás Ayón, Ministro de Nicaragua, para asistir a la inauguración del ferrocarril del Sur, que llegaba a la capital. En las conferencias que se celebraron durante esta visita, se convino en que ante el público se haría aparecer que no se trataba más que de la inauguración de aquella obra, pues, todo el mundo presentía que los tres Presidentes reunidos, y el Ministro de Nicaragua, se ocuparían de la nacionalidad; y en efecto, según me dijo el Dr. Zaldívar, ese era el objeto principal de la reunión, mas, al informarse aquél del plan formado con tal objeto por el Ministerio del General Barrios, a quien querían lanzar de hecho, para realizar la unión por la fuerza, desvaneció en el ánimo de éste esa idea, presentándole su realización como imposible, y previ-



niéndolo para que no se dejase sorprender con planes de esa naturaleza, que sobre conducir a un fracaso, influirían desfavorablemente en su buen nombre. El Dr. Zaldívar tenía una elocuencia persuasiva cuando se hallaba penetrado del asunto de que trataba, y además, ejercía marcada influencia en el ánimo del Gral. Barrios, que sabía apreciar sus dotes, su valimiento y su sinceridad, y así, el proyecto quedó abortado, aunque los Ministros del Gral. Barrios, especialmente el General Barrundia, hombre de carácter dominante y soberbio, viéndose chasqueados, empezaron a su vez a trabajar en el ánimo del Gral. Barrios, para hacerle desconfiar del Dr. Zaldívar, o que a lo menos, guardase para con él de prudente reserva. Así se deduce de los acontecimientos posteriores, en lo que se relaciona con ambos Magistrados, según adelante se verá.

---

El Gobierno del Salvador, tenía datos de que se proyectaba una invasión por el lado de Honduras, que debía afectar tanto a esa República como a Guatemala y el Salvador; y como en Costa Rica residían el Dr. don Ramón Rosa, ex-Ministro del señor Soto, el Gral. don Emilio Delgado y el Gral. Bonilla, este último recién llegado, dispuso que fuese yo, como Ministro del Salvador a Costa Rica, para asegurar la vigilancia y la lealtad de aquel Gobierno y para celebrar al propio tiempo un Tratado de Amistad, Comer-

cio, etc., pues, entre ambas Repúblicas, no había más que uno muy antiguo y deficiente.

Fuí en efecto, como Ministro del Salvador, a Costa Rica, a fines del mes de octubre del año citado, y llené mi comisión de una manera satisfactoria. Al regresar, toqué en el Puerto de Corinto, donde encontré al Dr. Dr. José Pasos comisionado del Gobierno de Nicaragua, par ahablar conmigo, quien me manifestó el temor que en dicha República se abrigaba respecto de la República de Guatemala, con motivo de la protección que en ella se dispensaba a los emigrados, y del sentido en que se expresaba la prensa de dicha República, que constantemente reproducía y comentaba todos los artículos y libelos que se publicaban contra el Gobierno de Nicaragua. De mi parte, manifesté a dicho Comisionado, que el Gobierno del Salvador, no tenía parte alguna en esa conducta, y que, por el contrario, había procurado hasta entonces evitarla: le ofrecí además, que el Sr. Presidente Zaldívar se empeñaría en arreglar esa dificultad, y que, si fuere necesario, yo mismo iría, con tal objeto a Guatemala. En efecto, impuesto el Dr. Zaldívar de lo que pasaba, dispuso que fuese yo a Guatemala, para hablar con el Gral. Barrios, y apresuré mi viaje, con motivo de la susceptibilidad que advertimos en el Gral. Barrios, quien se manifestó algo destemplado en su correspondencia con el Dr. Zaldívar, por no haberle comunicado inmediatamente el resultado de mi via-

je a Costa Rica, aunque esto era más bien un pretexto, pues, la verdadera causa del descontento que en el Gral. Barrios se advertía, era, según pudimos advertirlo después, que le habían hecho creer, que yo había celebrado un tratado secreto con Nicaragua y Costa Rica, en contra de Guatemala.

El mismo día que llegué a Guatemala, a mediados del mes de Diciembre, se recibieron en dicha República periódicos de Nicaragua, que después supe eran costeados por el mismo Gobierno de Guatemala; y en tales publicaciones, se afirmaba como cierta la especie del tratado secreto. Después de mi visita al General Barrios, quien contra su costumbre, se mostró esquivo y reservado, fuí donde el General don Martín Barrundia, cediendo a excitativa del Gral. Barrios, y lo primero que aquél me dijo, al solo verme, fué, que si había leído los referidos periódicos, los cuales me mostró, como con aire de reconvencción. Yo contesté ingenuamente, que no había leído tales periódicos, y a la ligera leí en uno de ellos la parte que el señor Barrundia me mostraba, aunque sin darle mayor importancia, y desmintiendo lo que allí se refería. Posteriormente, supe por uno de los redactores del citado periódico, un señor Gámez, hermano de don José Dolores Gámez, que todo había sido obra del Gral. Barrundia quien les daba instrucciones de escribir cuanto pudiesen en contra del Dr. Zaldívar y de su Gobierno, y muchas veces les mandaba los ar-

tículos que sobre el mismo objeto debían publicar; lo cual hacían, pues el citado general había costado la imprenta y sostenía el periódico en referencia.

Pasé de nuevo a visitar al Gral. Barrios, quien, contra lo que yo esperaba, me recibió complaciente, y después de referirle lo que me había pasado con el Ministro Barrundia, a lo cual dió poca importancia, traté con él extensamente de todo, mostrándose el general muy satisfecho de mis explicaciones, y dándome las suyas con franqueza, a lo menos aparente, que por mi parte agradecí.

Respecto de los emigrados de Nicaragua, me dijo el Gral. Barrios, que él los conocía muy bien, y que todos eran unos pícaros, y más que todos, don Enrique Guzmán: que dichos emigrados lo que querían era botar del Gobierno al Dr. Cárdenas, quien también era un pícaro, lo mismo que las personas que lo rodeaban; y que él no estaba en disposición de ayudar en nada a los unos contra los otros, cuando por su parte, tenía demasiado que hacer, con los pícaros que le asediaban. Refiriéndose a la prensa, me dijo, que él no podía impedir que allí se reprodujesen publicaciones que se hacían en el mismo Nicaragua, y que esto lo había tolerado únicamente a los emigrados de aquella República, pues, algún deshago y libertad les había de dejar, pero que, al propio tiempo, lo había impedido a nicaragüenses establecidos desde antes en Guatemala, citándome



como ejemplo, el caso del Dr. Antonio Silva, que se hallaba establecido en la Antigua, con un Colegio, y a quien no permitió la publicación de un artículo muy fuerte, contra el Gobierno de Nicaragua. El general me ofreció, que, en lo sucesivo, procuraría evitar nuevos desbordes de la prensa, contra el Gobierno de Nicaragua, y yo regresé al Salvador, satisfecho del resultado de mi misión, pero con el convencimiento de que algo se interponía, de modo misterioso, en las buenas relaciones de los gobiernos.

No obstante lo expuesto, la prensa de Guatemala, tanto la que se publicaba allá como la que el Gobierno costeaba en Nicaragua, continuó con myor encarnizamiento que antes, diciendo barbaridades del Dr. Zaldívar y del Gobierno de Nicaragua, y ensalzando al General Barrios como un Jefe de extraordinarias dotes, y como el caudillo llamado a realizar la unión nacional.

Por ese tiempo supimos, que le llegaban al General Barrios muchos elementos de guerra que había pedido al exterior; que los emigrados se alentaban cada vez más, y escribían abiertamente que contaban con todo el apoyo del Gral. Barrios, llamando a Guatemala a sus correligionarios; y en esta República ocurrió, poco tiempo después de mi regreso, un bochinche en la ciudad de Izalco, otro en la de Atiquizaya, y otro en Santiago Nonualco, los cuales aunque fueron prontamente sofocados, vinieron a aumentar el ma-



lestar que se acentuaba cada vez más en esta República.

Como autor principal de estos movimientos revolucionarios, especialmente el ocurrido en Atiquizaya, aparecía sindicado el Gral. don Francisco Menéndez, a quien victoreaban los sublevados, y en esa virtud, se ordenó la detención de dicho general. Apaciguados los pueblos, dispuso el Dr. Zaldívar hacer una visita oficial a los Departamentos, de Occidente, y en Ahuachapán, donde estaba preso el Gral. Menéndez, tuvo ocasión de prestar un servicio a dicho general pues, conociendo lo querido que era en Ahuachapán, hice presente al doctor al celebrarse un banquete que daba en su honor el señor don Onofre Durán, que no reinaría en esa fiesta la animación y el contento que fueran de desear, estando preso el Gral. Menéndez, y que, a mi juicio, importaba más ponerlo en libertad, lo cual acarrearía prestigios a su autoridad, que mantenerlo en prisión, donde este solo hecho, aumentaría allí su desprestigio. El doctor que tenía en mi gran confianza, y seguía muchas veces mis indicaciones, me autorizó plenamente para poner en libertad al Gral. Menéndez, bajo las bases o condiciones que yo dispusiese; y en esa virtud, me dirigí al Cuartel, donde guardaba su detención el general acompañado de los señores don Carlos y don Higinio Valdivieso, y después de una corta conferencia con él, convenimos en que compromete-

ría su palabra de honor y la de sus amigos, en garantía de que observaría una conducta intachable, sin mezclarse en bochinchos o asonadas contra la autoridad constituída. El general y sus amigos, firmaron la exposición que sobre este objeto formulé y escribí yo mismo, en el acto, y se le puso inmediatamente en libertad. Ese documento quedó original en mi poder, y lo presenté al Dr. Funes, redactor del Cuscatlán, en la época del General Menéndez, ocasionando su publicación, la suspensión de dicho periódico y las persecuciones que sufrió dicho señor.

La expedición a Occidente, fué en lo posible fructuosa, habiéndose captado el Dr. Zaldívar, durante ella, las simpatías de diversas personas influyentes y de mérito, como el Gral. Gutiérrez, en Atiquizaya, y los principales que acompañaron a éste en el movimiento sedicioso que encabezó contra el Gobierno.

Al regresar a San Salvador, el Presidente Zaldívar, informó de todo lo ocurrido al Gral. Barrios, mas, equivocadamente, la carta en que se transmitían los informes, se colocó entre la correspondencia exterior, y fué llevada al puerto de La Libertad, de donde la mandó el Administrador a Guatemala, por el primer vapor costero que pasó, de manera que hubo notable demora para que ese documento llegara a su destino; y por conducto privado supimos que el Gral. Barrios estaba muy desagrado, por que nada

se le había informado de los sucesos de Atiquizaya y del resultado de la visita del Sr. Presidente a Occidente.

En esos mismos días recibió el Dr. Zaldívar una carta del Gral. Barrundia, escrita en un estilo muy duro y ofensivo, la cual contesó el Dr. Zaldívar con energía y dignidad, más comprendimos desde luego que el Gral. Barrios no era extraño a su confección y quizá el mismo había autorizado su remisión, pues, en ella también se hablaba del silencio que el Dr. había guardado sobre los sucesos de Atiquizaya. Para que se juzgue mejor de la disposición de ánimo en que estaba el Gral. Barrios, con motivo de estos sucesos, voy a copiar la carta que dirigió al Dr. Zaldívar, contestando la que éste le escribió, refiriéndose a informes que tuvo de la indisposición de aqué por medio del señor don Francisco Camacho; aludiendo al propio tiempo a la carta del Gral. Barrundia. He aquí la carta a que me refiero; "1885. Guatemala febrero 10. Sr. Dr. don Rafael Zaldívar, Presidente de la República del Salvador. Mi estimado amigo: Es en mi poder su apreciable fecha 5 del que cursa, por ella veo que nuestro común amigo don Francisco Camacho, le comunicó que yo me hallaba desagradado con Ud.; tal vez estuvo algún tanto violento nuestro amigo don Francisco, pues a él solamente le manifesté desagrado, porque se mezclara en los bochinchos que estaban pasando en esa República, a oficia-

les del Ejército de Guatemala; tanto más, que esos bochinchos, no eran sólo contra el Gobierno del Salvador, sino contra el de Guatemala. Lo que si manifesté a don Francisco, fué que no estaba de acuerdo con el silencio que Ud. había guardado respecto a los movimientos de esa República, pues, como Ud. recordará le puse un parte, preguntándole qué pasaba en Atiquizaya, y su contestación fué la primera noticia que Ud. me comunicó, y sin embargo, ya aquí en el público, se hablaba de revolución en el Salvador. Por lo que respecta a la dureza de la carta de nuestro amigo Barrundia, de nada de eso soy responsable; es imposible hacer un molde para que todos pensemos iguales, eso lo sabe Ud. mejor que yo. No veo pues, urgencia para nuestra entrevista, y a mí por ahora, se me presenta mucho que hacer, pues, como Ud. sabe la Asamblea debe abrir sus juntas preparatorias, el 22 del corriente, y hay que preparar sus trabajos. Cuente Ud. como siempre, con su afmo. amigo, y S. S., J. Rufino Barrios. Esta carta además de la queja que narra de la disculpa que hace de la conducta del Gral. Barrundia, contiene una negativa de celebrar la conferencia a que le invitaba el Dr. Zaldívar, para poner en claro, en la propia fuente, la verdadera situación con Guatemala, que ya se mostraba demasiado recelosa.

Por otra parte, la prensa de Guatemala, continuaba mostrándose hostil al Salvador,



y la voz general denunciaba la proximidad de la guerra y los proyectos de unión nacional, que pretendía realizar por la fuerza el Gral. Barrios. Al propio tiempo, se relacionaban estos sucesos con el proyecto de la apertura de un canal interoceánico, por el territorio de Nicaragua, cuya empresa se creía que la realizaría por su cuenta el Gobierno Americano, quien agitaba el asunto con mucho interés, y lo había tratado antes con el Dr. Zaldívar, a su regreso de Europa; y era voz general, que el Gral. Barrios recelaba de esa empresa, por la supremacía que daría a Nicaragua en Centro América, si llegaba a realizarse, y que recelaba también del Dr. Zaldívar, por el empeño que éste había tomado para su realización, hasta el grado de ofrecer la garantía del Gobierno del Salvador, conjuntamente con la de aquella República, de un 3% sobre 18.000,000 de la cantidad presupuestada, según tratado celebrado con aquel Gobierno.

Con tal motivo, no pudiendo tener lugar la conferencia a que había invitado, el Dr. Zaldívar, dispuso éste que lo menos, pasase yo otra vez a Guatemala, para hablar con el Gral. Barrios, sobre todos los puntos de oscuridad, de sospecha o de peligro, en las relaciones de ambos Gobiernos dándoseme las instrucciones que paso a reproducir aquí para mejor inteligencia de la disposición en que se encontraba el Dr. Zaldívar. He aquí el texto de dichas instrucciones: "Instruc-



ciones al Ministro Gallegos, en su comisión a Guatemala. 1.—Daré explicaciones sobre mi carta, y sobre la participación que tomaron los remicheros en el asalto de Ataiquizaya. 2.—Situación en que está el país y explicación de los bochinches habidos, indicando el número de soldados que ha habido en cada punto. 3.—Mis buenos oficios respecto del Gobierno de Nicaragua, sin que por ello se crea que estoy unido a la política de aquel Gobierno. 4.—Mi participio en lo del Canal de Nicaragua, lo explicará perfectamente el señor Batres, (don Antonio Batres Jáuregui, era a la sazón Ministro de Guatemala y del Salvador en Washington). 5.—En punto a nacionalidad, que nada me ha dicho, y que al contrario evitó que lo tratásemos en mi última visita, ofreciéndome que si algo pensaba, me lo comunicaría. 6.—Que si créé que soy inútil, tanto para esta empresa como para cualquier otra, que todo se arregla con pedir una licencia, y que me deje salir. 7.—Lo relativo a emigrados nicaragüenses, sus antecedentes, etc. Que ellos escriben a todas partes, que cuentan con el apoyo del Gobierno, y yo, ateniéndome a lo que él me dice, afirmo lo contrario. 8.—Informe sobre nuestros elementos, para el caso de necesitar de fuerzas: filiados como 50,000, organizados 20. 9.—Que el desagrado de él, lo escriben de allá y se trasciende aquí, lo cual, nos hace mal. Que si no está contento, yo me separo con gusto, sin necesidad de que pelee-

mos, pues, ante todo, quiero conservar su amistad. 10.—Que no habiendo nada entre los dos, lo haga manifiesto, a fin de que se aquiete el público, que se preocupa por el desacuerdo. 11.—Que si he dado esa ley de milicias. (Recientemente se habían mandado reorganizar las milicias, filiando a todos los ciudadanos sin excepción), ha sido contando con su apoyo, como el que le presentamos con motivo del impuesto para el ferrocarril. 12.—Que, si apesar de todo, le daba alguna duda, y quiere hablar conmigo, iré yo al punto que me indique, pues, para ello, no tengo inconveniente.—San Salvador. Febrero 8 de 1885.—Rafael Zaldívar.

Como se revela en las anteriores instrucciones, el Dr. Zaldívar era sincero, hasta lo indebido, con el Gral. Barrios, creyendo en su leal amistad, y haciendo descansar en esta misma amistad, la base de las relaciones de ambos gobiernos, y la paz de que disfrutaron, mientras ella se mantuvo, con la misma lealtad, de parte del General Barrios. El 9 de febrero salí de esta capital para Guatemala, donde fui muy bien recibido de parte del General Barrios. Inmediatamente de mi llegada, hablé con él extensamente de todo, de una manera franca, a lo menos por mi parte, y él me manifestó, en términos de mucha confianza y con la mayor naturalidad, que por ahora, no debíamos pensar en el asunto de la nacionalidad, pues, sería levantar un avispero: que estábamos pobres

en cada una de las Repúblicas, y llenos de enemigos que reclamaban de un modo preferente nuestra atención: que en El Salvador, teníamos muchas facciones: que a él lo molestaban en los pueblos, al lado de México, y que además estaba amenazado del exterior, donde trabajaban los emigrados para organizar una invasión: que respecto de la emigración nicaragüense, ya me había manifestado antes su opinión y el juicio que de ellos tenía formado: que finalmente, que lo único que le preocupaba por entonces, era ésto, me dijo, presentándome una carta, que dijo ser de su hermano. Leí la carta, escrita, me parece, en la finca El Porvenir, y en ella le decía su hermano que no hallaba qué hacer: que los patios estaban llenos de café y se veían pequeños: que la cosecha era abundantísima, y ante ella todo se veía pequeño e insuficiente; y, que ojalá, pudiera él, (el general) ir a la finca, para que viese por sus propios ojos y dispusiese lo conveniente. Esto es lo único que me preocupa, amigo Gallegos, me dijo, recibiendo la carta, ¿qué le parece? Aunque este cambio de la cosa pública a los asuntos privados, me fué chocante en extremo, al grado de que por un momento, lo tomé como a burla, contesté al general: magnífico, y que por ello le felicitaba. Pues, así dígalc al doctor, me replicó el general.

En mi visita de despedida, el General Barrios, volviendo a la seriedad que correspon-

día, y con acento de franca sinceridad, me dijo, en tono de íntima confianza: vea, amigo Gallegos, dígame al Dr. que me ayude a pensar respecto de Honduras. No estoy tranquilo del modo de ser de aquella República, ni se qué pensar de Bográn. Fíjese usted en la conducta de éste: trata de aparentar gran confianza, evitando la guardia y saliendo sin ayudantes, como quien no tiene enemigos y goza de gran popularidad; y por otro lado, continúa rodeado de los mismos empleados y agentes de Soto. Recuerde usted por otra parte, su conducta con el General Degado, a quien no se animó a separar de su puesto, hasta que tuvo que venir aquí. ¿No le parece que todo esto es muy sospechoso? Dígame al doctor, agregó, que me ayude a pensar a ver qué hacemos. Después, preguntándome de nuevo acerca de las facciones recientemente ocurridas en el Salvador, me dijo: ¿No le parece a usted Galleguitos, que los verdaderos revolucionarios del Salvador, no son los sublevados de los pueblos? Así lo creo le respondí, no obstante que hasta ahora, no se ha descubierto ninguna combinación o plan arreglado, pues, aun respecto del General Menéndez, el único participio que le resulta en esas asonadas, ha sido su tolerancia de que usaran de su nombre. Y del General Pérez, qué le parece, me dijo éd? Pues, señor nada resulta contra él, repuse yo, y se que se dedica tranquilamente a sus trabajos, en la finca de café que tiene en el vol-



cán. El General Barrios, sin objetar nada, continuó: ¿Y Ruano? —Nada tampoco contra él, contesté yo. ¿Y Gallardo? —Tampoco, señor. ¿Y Figueroa? —Absolutamente nada. —Ujú, y el Padre Moraga? —Nada, señor; vive concretado a su ministerio. ¡Hombre, me dijo entonces el general, si usted es un niño que está con la leche en los labios; si esos son los revolucionarios, amigo. Esos son. No se fíen; a ustedes les pasa lo que a esos padres de familia; que tienen muchachas bonitas. Ellos creen que están recogidas en sus cuartos, y el vecino ve que están platicando con sus amantes, por la ventana. Esos son los verdaderos revolucionarios, amigo, me repetió: esos son nuestros verdaderos enemigos. Puede ser, señor, le contesté yo. Usted debe saberlo muy bien, puesto que lo afirma. Vea, me dijo él. Véngase a la noche, le voy a enseñar una cosa y comeremos juntos. Le dí las gracias y me retiré, lleno de dudas, y con la curiosidad de lo que me había ofrecido enseñar el General Barrios.

A la hora oportuna, volví a donde el general quien se mostró de mucha confianza conmigo, reconviniéndome, al encontrarme en la primera pieza de la casa, que parecía servir de escritorio, por no haber pasado espontáneamente al interior, donde estaba la señora. Comimos, y después, llevándome a su cuarto, vea, me dijo, enseñándome una carta que había tomado, y que se dirigía al General Pérez de Santa Ana, en contestación a otra

de éste. La carta hablaba de trabajos revolucionarios que aquél estaba haciendo en combinación con algunas otras personas, y refería en ella, que contaba ya con algunos elementos de Honduras, y que pronto iría una persona a entenderse con los otros de dicha República. Yo sabía que el Lcdo. don Rafael Meza había pasado recientemente para Honduras, y el general me confirmó que dicho señor debía ser emisario de los revolucionarios, pues, además de ser muy inquieto, y hallarse sus negocios en muy mal estado, dicho señor era hondureño y estaba enlazado en la familia del General Pérez. El General Barrios dispuso mandar la carta a su destino, con un sujeto de su confianza, que a mi presencia hizo llegar de la Penitenciaría, según me dijo, el cual se presentó engrillado y con custodia; y me pidió que extendiese un pasaporte, o salvo conducto, para que pudiese servir a ese sujeto, al tocar en pueblos del Salvador. El le dió otro, por su parte, lo hizo desengrillar, y después de amonestaciones, preñadas de amenazas, le dió la correspondencia y un poco de dinero, y lo despachó a desempeñar su comisión.

Después de este episodio, que me impresionó sobre manera, el General Barrios me mostró otra carta, la cual era, dirigida, según me dijo, por un sacerdote de Guatemala a otros de allí mismo, hablando también de planes revolucionarios que tenía ya bien combinados contra el General Barrios, y después

de leerla, yo, me dijo: vea si con tanto pícaro en casa, se puede pensar en nacionalidad; y volviendo a las cosas del Salvador, me dió sus excusas por haberme dicho que era un niño, agregándome, pero, es la verdad, amigo, los verdaderos revolucionarios del Salvador, son Menéndez, Pérez, Ruano, Figueroa y el Padre Moraga. Ya para despedirme definitivamente, me enseñó el general la corresepondencia que, por el mismo vapor que debía conducirme de regreso, iba él a mandar al General Bográn, Presidente de Honduras; al doctor don Adán Cárdenas, Presidente de Nicaragua, y a don Próspero Fernández, de la de Costa Rica. Estas cartas, eran todas muy satisfactorias y abundaban en conceptos amistosos y pacíficos. Después, me suplicó que yo mismo escribiese la contestación que iba a dirigir al doctor Zaldívar, y que él me quería dictar. En esa carta decía el general al doctor Zaldívar, que yo le impondría detalladamente de todo: que él le sería siempre fiel, y que correrían la misma suerte. Finalmente agregaba, que aunque le diesen informes diferentes, y le hicieran llegar diversas especies, que sólo a él le creyera, porque sólo él era su verdadero amigo.

En los momentos de despedirme, llegaron a donde el general algunos de los señores Ministros, entre ellos el doctor don Fernando Cruz, a quien el general le preguntó si ya se había ocupado del Mensaje. Aquel le contestó que precisamente de eso quería ha-

blarle, y entonces, el general le replicó: cuatro palabras, Fernando; muy conciso en cada ramo. Hablar de la buena armonía que hay con las demás Repúblicas, y solamente extenderse un poquito, respecto del ferrocarril del Norte, que esa es mi obra. El doctor Cruz, manifestó estar de acuerdo, y yo, aceptando como sincero lo que se me había dicho y lo que presencié, me despedí muy satisfecho de todo, y regresé tranquilo al Salvador, donde asimismo, procure tranquilizar al doctor Zaldívar.

Mi regreso se verificó como el 16 de Febrero de 1885, y a fines del mismo mes, se anunció del Puerto, que llegaba en el vapor el señor don Salvador Barrutia, como comisionado de Guatemala. Esta noticia nos sorprendió sobremanera, pues no hallamos qué podía motivar esa misión confidencial, cuando yo acaba de regresar de Guatemala. Llegó, en efecto, el señor Barrutia, y presentó al doctor Zaldívar una carta del General Barrios, que más o menos decía: Mando a mi compadre Barrutia a Honduras, a fin de averiguar qué hay de cierto tocante a la invención que le amenaza del exterior, y para que se informe respecto de la verdadera situación de aquella República. Con el antecedente que yo tenía de mi conversación con el General Barrios, encontré muy natural la misión del señor Barrutia; no obstante, cuando estuve sólo con él, le promoví conversación sobre el asunto de la na-



cionalidad, que conocí le inspiraba particular interés. Por supuesto, estuvimos muy de acuerdo acerca de esta grande idea y de la necesidad de su realización; y entónces le referí lo que había hablado con el General Barrios y cuán frío lo encontré, a pesar de que conmigo tenía un compromiso particular, por haberme lanzado, en unión de Don Delfino Sánchez, a trabajar cerca de los demás Gobiernos de Centro América, sobre este particular; habiendo desistido él, desde que se presentó la primera dificultad. El Señor Barrutia, me hablaba con mucho calor de la materia, a pesar de que se encontraba enteramente de acuerdo, y refiriéndose al General Barrios, me dijo, que éste no había desistido de su pensamiento, y que se encontraba como el que se halla a la orilla de un gran precipicio, animándose y desanimándose a saltar, y que el mismo, el señor Barrutia, y los demás amigos del general le aniaban y como que querían empujarlo.

De mi conversación con el señor Barrutia, saqué en limpio, que el asunto de la nacionalidad por la fuerza, estaba resuelto en el Gabinete de Guatemala, y así lo comuniqué al doctor Zaldívar, refiriéndole mi conversación. El vió también muy claro, sobre el particular, pero me recordaba lo que el propio General Barrios me había dicho a mí, hacía unos pocos días, y lo que le había escrito a él: "Sólo a mí créame, porque sólo

yo soy su verdadero amigo".

En tal situación, el doctor Zaldívar dispuso escribirle al General Barrios acerca de la llegada del señor Barrutia y lo que decía sobre nacionalidad, agregando que en iguales términos se había expresado aquél con tres personas, y que todos daban como un hecho, que se trataba de acometer esa empresa, por la fuerza. Le recordaba lo que a mí me había dicho éi, sobre el particular, y concluía preguntándole a qué debía atenerse y reiterándole su lealtad. Pocos días pasaron para que quedara despejada la incógnita: el día seis de marzo, el doctor Zaldívar recibió un telegrama del General Barrios, en que éste le comunicaba que el Congreso había aprobado un decreto del propio general en que declaraba reconstituida de hecho la nacionalidad; y asumía para realizarla, el mando supremo militar de Centro América.

Al recibir este telegrama, el doctor Zaldívar me llamó, y mostrándomelo, me dijo: qué le parece? Yo le contesté: no tenga cuidado doctor, Dios ciega a los hombres que quiere perder, y este telegrama, revela claramente, que el General Barrios está ciego, y por consiguiente perdido. Al tratarse de la contestación que debía darse, yo fui de opinión que, con franqueza se hechase en cara al General Barrios, las manifestaciones que me había hecho, como para desconcertar al Gobierno del Salvador, respecto del asunto de

unión nacional; y que considerando el Decreto de Unión como contrario a la soberanía y a la dignidad de esta República, a quien no se había consultado para dictarlo, se rechazase abiertamente, el doctor Zaldívar me manifestó que, por lo mismo que Barrios había faltado a la fé prometida, debemos considerarnos desligados para con él de guardarla; y que, si enfrentásemos la dificultad, podríamos ser arrollados por el ejército guatemalteco, antes de prepararnos para la defensa, pues, es natural que el General Barrios estuviese listo, al dar su Decreto, para llevarlo a cumplido efecto, por medio de las armas. En esa virtud, se dió una contestación evasiva, que pudiese aplazar algo el definitivo rompimiento, y se dictaron inmediatamente órdenes a los Departamentos, para alistar cuanto antes la defensa de la República.

Pronto tuvimos conocimiento de los nombramientos que el General Barrios hizo en los generales don Fernando Figueroa y don Francisco Menéndez, como jefes militares de Oriente y Occidente del Salvador, y de los telegramas que se dirigían al General Bográn, quien, de momento, no hallaba a qué resolverse y preguntaba al doctor Zaldívar, cómo había contetado al General Barrios. Nuestros batallones iban saliendo a medida que se organizaban, y había general entusiasmo. Hasta los enemigos del doctor Zaldívar, se alistaban voluntariamente en las

filas del Gobierno y en menos de doce días, había veinte mil hombres sobre las armas, contando con una columna de mil hombres, la mayor parte, de remicheros, o sea soldados guatemaltecos, emigrados, los cuales se situaron en Ocotepeque, para interceptar la comunicación entre Guatemala y Honduras.

El doctor Zaldívar se trasladó a Santa Ana, y allí se distribuyeron las fuerzas, se nombró al General Mora, Mayor General animándolo todo el doctor Zaldívar, con la actividad que le era característica, y visitando personalmente todos los puntos. Se rompió el fuego en el Coco, en los momentos en que el Ingeniero don Enrique Invernicio, comenzaba a hacer construir sanjos y trincheras, con sacos llenos de tierra, y arrolladas las pocas fuerzas que había en la frontera, se concentró nuestro ejército y nuestra defensa a Chalchuapa, cuando fuera de la plaza el General Monterrosa, que había derrotado al General Menéndez en San Lorenzo, y que no tuvo tiempo bastante para replegarse a la plaza citada, cuyos alrededores, y especialmente las alturas de San Juan Chiquito, que la dominaban, habían sido ocupadas prontamente por las fuerzas invasoras.

En Chalchuapa se luchó con denuedo por ambas partes; mas, en momentos en que el General Camilo Alvarez, cortaba el camino que de Santa Ana conduce a Chalchuapa, por



el punto denominado de Los Carlotos, lo cual ponía en grave dificultad a nuestras fuerzas, el General Barrios caía herido de muerte, a inmediaciones de la Casa Blanca, hacia el lado oriental de Chalchuapa, determinando este suceso la derrota de los guatemaltecos, y el triunfo decisivo de los salvadoreños.

Todas las fuerzas de Guatemala, contrariando la promesa que el General Barrios había hecho al Ministro americano, de que no invadiría nuestro territorio mientras no hubiera de nuestra parte igual probabilidad. La artillería comenzó a disparar su metralla sobre nuestras fuerzas.

Era el 2 de abril de 1885. En la ciudad de Santa Ana, reinaba gran tribulación y espanto, pues, se creía generalmente, que las fuerzas del Gobierno habían sido deshechas y que de un momento a otro, entrarían a la ciudad los guatemaltecos, a sangre y fuego. El doctor Zaldívar participaba algo del temor general y aun se creía que se alistaba ya para salir de Santa Ana, pues, tenía sus bestias ensilladas y listas para cualquier momento. Se sabía que, desde el día anterior, estaba cortado el camino de Chalchuapa: que del Portezuelo había salido con una fuerza el General Avila, siendo derrotado al aproximarse al Portezuelo; muriendo en ese mismo punto, el Coronel don Rafael Peralta. De Santa Ana se destacó una columna, al mando del Coronel Sipilburi, y a la salida, en la aldea, se disolvió la fuerza, dispersán-

dose los soldados, quienes disparaban al aire sus rifles; oyéndose el tiroteo desde Santa Ana, y haciendo suponer que era el enemigo que se aproximaba. En fin, estábamos incomunicados con Chalchuapa, pues, la línea telegráfica había sido rota por el enemigo, y el último parte que teníamos era uno en que se nos comunicaba que se había agotado el parque del cañón revólver.

En es asituación, el Padre Rosales, tío de mi esposa, llegó a mi despacho, para inducirme a que nos fuéramos, ofreciéndome que él me acompañaría a cualquier parte que me dirigiera, pero que le parecía una temeridad que permaneciese todavía allí, cuando todo estaba perdido, y que, aun el mismo señor Presidente, tenía listas sus caballerías para retirarse. Esto mismo, me fué a proponer un momento después el doctor don Manuel Bertis, tío mío, cuya sugestión rechazé igualmente, pues ni consideraba perdida la situación, ni aun estándole creía que me fuese lícito abandonar el campo, rompiendo con mi deber, en circunstancias tan apremiantes. Estuvo por último, mi hermano Jesús a informarse de la situación y a ofrecerse, para lo que determinase si la creía perdida. Comuniqué a éste lo que en realidad pasaba, y él se me ofreció para conducir el parque de cañón revólver que faltaba en el campamento, en cuya virtud, de acuerdo con el doctor Zaldivar, le arreglé una alforja de parque y lo despaché. Su viaje y

arrojo, fueron infructuosos, pues, encontró cortado el camino de Chalchuapa, en los Cau-  
lotes, y de allí tuvo que regersar por el Ma-  
tazano, corriendo graves riesgos. Por la no-  
che, llegó al siguiente mostrando una espa-  
da rota, que tenía el nombre del General  
Barrios, por lo cual suponían que éste ha-  
bía muerto, mas, recordamos que el general  
había regalado varias espadas a sus jefes  
más queridos, y que todas ellas tenían gra-  
vado el nombre del general. Había sin em-  
bargo, en este rumor, una especie de presen-  
timiento, pues, en altas horas de la noche,  
del mismo día, le presentaron al doctor Zal-  
dívar, a un sargento salvadoreño que decía  
ser desertor del ejército guatemalteco, don-  
de había permanecido como avanzado desde  
la acción del Coco; y dicho sargento asegu-  
raba, que el General Barrios había muerto:  
que él mismo lo había cargado, obligándose-  
le a ello, y que al llegar a Chingo, en la fron-  
tera de Guatemala, habían tenido que salar  
el cadáver del general, pues, estaba ya des-  
compuesto y lo llevaban a Guatemala. El  
dicho de este sujeto tenía todos los visos de  
seguridad, y muy temprano de la mañana,  
fuí yo mismo al Portezuelo, donde estaba  
colocado el General Figueroa, el General  
Avila y el General Ignacio Marcial, cubrien-  
do la línea de la altura desde El Portezuelo,  
para darles personalmente la buena nueva,  
que se resistían a creer, hasta que, estando  
allí inspeccionando el campo, y ordenando a

todos los cuerpos que tocasen dianas, acertó a pasar el General Montalvo, y tras él, varios otros jefes y oficiales que venían de Chalchuapa, y afirmaban que el ejército guatemalteco había suspendido sus fuegos desde el día anterior, y que habían levantado el campo y declarándose en derrota, dejando aquél lleno de cadáveres. Entonces, todo fué ya entusiasmo y alegría, y a cada momento se confirmaban más las noticias del triunfo completo que se había obtenido sobre las huestes guatemaltecas, con la muerte de su soberbio caudillo.

La noche del siguiente día, se encontraba el doctor Zaldívar con doña Sara su esposa, sentados en una hamaca que había en la sala de la casa de don Narciso Avilez, donde habíamos permanecido con el doctor durante la campaña, y hablando conmigo de los sucesos providenciales a que debíamos el triunfo de Chalchuapa, a pesar de que aun en los momentos del conflicto armado, el espíritu de rebelión había pretendido hacerse sentir, pues tuvimos datos ciertos de que el señor Ruano había procurado seducir al General Figueroa, por medio del Lcdo. don Honorato Vargas, para que se pronunciase, con la fuerza de su mando, contra el doctor Zaldívar, lo cual rechazó el General Figueroa, con indignación. Haciendo consideraciones sobre estos acontecimientos, manifesté al doctor cómo, a mi juicio, su nombre se cubriría de una gloria inmarcesible, si



después del triunfo alcanzado, renunciase el la Presidencia del Salvador, y se retirase a descansar en el seno de la vida privada, a la sombra de los laureles que ceñirían su frente. Doña Sara, primero, manifestó su completo acuerdo con estas ideas, y el doctor, estrechándome la mano, me dijo, que reconocía en mí un verdadero amigo, y que me daba su palabra de que seguiría mi consejo.

Con la muerte del General Barrios, cesó de momento la causa de la guerra; no obstante, la excitación que se manifestó en algunos jefes del ejército salvadoreño y en el Cuerpo de los remicheros, inclinaron por lo pronto al doctor Zaldívar a lanzar algunos cuerpos de ejército, sobre el territorio guatemalteco; mas, el Gobierno de aquella República, había derogado inmediatamente el célebre Decreto de 28 de febrero, y el Cuerpo Diplomático se interpuso proponiendo la celebración de la paz, lográndose así, que cesase el estado anormal en que nos encontrábamos, y que el Gobierno de Guatemala, mandase a San Salvador su Ministro Plenipotenciario, el señor don Angel Peña, para la celebración de un nuevo tratado de paz, amistad, etc., etc. El 30 de abril llegó a esta capital el señor Peña; fué recibido el 2 de mayo; el 6 se firmó el nuevo tratado, saliendo inmediatamente de regreso el señor Ministro de Guatemala, y el 8, cuando quizá apenas habría llegado de regreso el señor Peña, los generales Menéndez y Pé-

rez, invadían el territorio del Salvador, ocupando la ciudad de Chalchuapa, la impaciencia que mostró el señor Peña de terminar cuanto antes las negociaciones del tratado y de regresar a Guatemala, coincidiendo su regreso con la invasión armada, que con elementos de aquel Gobierno verificó el General Menéndez, nos hizo presumir con fundamento, que hubo una felonía de parte del Gobierno de Guatemala, quien fingía demostraciones de amistad, al propio tiempo que fomentaba y auxiliaba la rebelión contra el Salvador; vengándose así de quien acababa de vencerle en franca y justa lid, y correspondiendo con sus auxilios, los servicios que el General Menéndez acababa de prestarle luchando contra su patria, en la cruzada de la nacionalidad por la fuerza.

Entre tanto, el doctor Zaldívar había convocado extraordinariamente al Congreso para varios asuntos, entre ellos, conocer de su renuncia que estaba dispuesto a presentar, siguiendo el consejo que en Santa Ana le había dado; más, en lugar de renuncia, sólo se logró que pidiera licencia para depositar el mando por algunos meses, y hacer un viaje a Europa. Aunque esto no llenaba el objeto que habíamos contemplado, al hablar de su renuncia, algo era: pero el doctor no encontraba, a quién dejar en el poder, para sanjar esta dificultad, le indiqué pudiese entre los designados a su hermano don Martín Zaldívar, lo cual se verificó, pero sin sa-

tisfacer al doctor. El, por última vez, insistió en que quedase yo encargado de la Presidencia, pero, ahora menos que nunca, podía yo aceptar, cuando se iniciaba una revolución que no tenía más objeto que derrocarlo, y que vería en mí, si llegase yo a ocupar la silla presidencial, una continuación del Gobierno del doctor Zaldívar, con quien todo el mundo me consideraba, hasta entonces, identificado. Así lo manifesté al doctor Zaldívar, quien tuvo que convenir conmigo, en que me asistía toda la razón; y aprovechando la disposición de su ánimo, le indiqué que, a mi juicio, la situación se salvaría, en beneficio de él y del país, designando al General Fernando Figueroa, uno de los designados, y depositándole el poder. En apoyo de esta disposición, alegué, que el General Figueroa era amigo y correligionario del General Menéndez, por lo cual, colocándolo en el Poder, nada podía alegar aquél, para justificar la prolongación de las hostilidades, puesto que se le presentaba un amigo y copatridario, desapareciendo de la escena política el doctor Zaldívar. Respecto de éste, le hacía presente, que Figueroa, aunque siempre se había encontrado en las filas contrarias a su Gobierno nunca había tomado armas en su contra, resistiendo más bien, a la seducción del General Barrios, que lo nombró jefe militar de la Zona de Oriente, y a las proposiciones que se le hicieron en Santa Ana, de parte del señor Ruano, pa-

ra que se rebelase con las fuerzas de que entonces disponía, finalmente, el país ganaría en esa designación, porque arreglándose los generales Menéndez y Figueroa, se evitaría la efusión de sangre, restableciéndose la tranquilidad pública de que tanto se necesitaba. Quedó pues, convenido el depósito en el General Figueroa, y para ello, el doctor Zaldívar hizo que suhermano renunciase la calidad de segundo designado y que se nombrase al General Figueroa, en su lugar.

Algunos días antes de la invasión del General Menéndez, dirigía una circular a los demás Gobiernos de Centro América, proponiéndoles acreditar cinco Delegados por cada parte, para que reunidos en Congreso, en Santa Tecla o Ahuachapán, proclamasen la Unión de estas Repúblicas, y dictasen las medidas que juzgasen convenientes, para su organización. Así se veía que si se había resistido al General Barrios, no era por la idea, sino por la imposición y violencia, con que se ultrajaba la soberanía de estas Repúblicas. Guatemala y Nicaragua contestaron que en las circunstancias actuales, no creían conveniente tal Congreso, pues todavía no se había restablecido firmemente la tranquilidad pública: Honduras aceptó de lleno la idea, ofreciendo concurrir si la mayoría aceptaba, y Costa Rica, manifestó que para tratar de ese asunto, que afectaba la soberanía de la República, era necesario re-



formar antes la Constitución, por lo cual no podía aceptar la proposición de este Gobierno. Asimismo, sin sospechar siquiera, que se preparaba un movimiento de reacción apoyado por Guatemala, el doctor Zaldívar decretó una amnistía general, aun para los que se habían enrolado en las filas guatemaltecas; redujo el Gabinete, suprimiendo dos de los señores Ministros, e inició una era de economías que prometían días venturosos a la patria; pero, el mal estaba profundamente arraigado, el doctor había gobernado ya nueve años, y el país estaba cansado de su administración, sin contar además, con que, sus liberalidades pecuniarias en favor de algunos de sus amigos, especialmente militares, le daban la fama de desfalcador de los intereses públicos, no obstante que, la pobreza en que dejó a su familia, le ha vindicado después. Su desprestigio era patente, y un día, estando reunidos con él todos los Ministros, platicando de la situación, antes de que Menéndez invadiera el territorio, le dije francamente, que a mi juicio, la situación estaba perdida para él: que donde quiera se escuchaba la crítica que se hacía de su conducta y de sus actos: que si me acercaba a alguno de los grupos que recorrían el parque, pronto me convenía de que hablaban de él, censurando su administración; si pasaba por la Universidad, los estudiantes, hacían lo mismo, en sus corridos, y, en fin, si llegaba al mer-

cado encontraba, que, aun las placeras, estaban hablando de él y de los actos de su Gobierno. La impresión que hicieron al doctor mis expresiones, pues estaba pálido y callado, me hizo comprender, que me había excedido; y como para suavizar el efecto, dije al doctor que me dispensase, que quizá lo había fastidiado, que estaba en el Gobierno deseando salir de las dificultades y compromisos políticos en que me hallaba, me habían hecho aparecer acre y desilusionado, cuando tal vez el estado de las cosas no ofrecía caracteres de gravedad. El doctor aceptó la excusa, diciéndome: eso debía usted habernos dicho primero, y ya habríamos sabido a qué atenernos.

La facción engrosaba sus filas. El Gobierno había situado en Coatepeque lo principal de sus fuerzas, al mando de los Generales Adán Mora y Carlos Molina; mas, en la primera salida que hicieron hacia Santa Ana, al llegar a la barranca del Bejuco, algunas partidas que se hallaban apostadas en ese lugar, hicieron que las fuerzas del Gobierno retrocedieran, atacadas por sorpresa, y Santa Ana no pudo tener los auxilios oportunos de que necesitaba para resistir a los invasores que la asediaban. Así, agravada la situación, el Doctor Zaldívar depositó el mando en el General Figueroa el día 14 de Mayo; y la noche de ese mismo día, encontrándome en casa Blanca, al lado del telégrafo, recibiendo los telegramas que me comunicaban de los diver-

sos puntos de la República, tuve casi al mismo tiempo, informes de Santa Ana y de Cojutepeque, que ambas plazas habían caído esa noche en poder de la facción. Comprendiendo entónces, que todo estaba perdido, me dirigí a la habitación del Doctor— y hoblé a Doña Sara, comunicándole lo que ocurría, y manifestándole, para que lo dijese al Doctor., que a mi juicio, ya era llegado el momento de salir del país, pues, quizá un día después sería tarde. El Doctor se levantó inmediatamente, y dió sus órdenes para arreglar la partida, después de lo cual, se llegó a mi, para darme su despedida. Me abrazó efusivamente, diciéndome: Adios, Don Salvador. Créame siempre su verdadero amigo: y tenga la seguridad de que, donde quiera que me encuentre, si sólo tengo un pan, lo dividiremos entre los dos. Yo le estreché también, con todo mi cariño, y durante un momento permanecimos estrechamente unidos y derramando lágrimas, hasta que, desligándonos, le dije: Antes de su partida, doctor deseo me haga un favor. ¿Cuál, me contestó él. Deseo, le dije, que me deje por escrito su renuncia de la Presidencia, ante el Congreso, de modo, que el General Figueroa, se encuentre desembarazado en su Administración. El doctor accedió en el acto, y dictándole yo, escribió de su puño y letra ,a solitud mía, la renuncia indicada, firmándola y entregándomela. Seguidamente, montó y se dirigió al puerto de La Libertad, don-

de el siguiente día en la madrugada se embarcó.

Veinte días después, yo mismo, tomaba el vapor en La Libertad, dirigiéndome a San Francisco Cal. como emigrado, en virtud de no haber podido caminar de acuerdo con el General Figueroa, quien ponía sobrada confianza en su Ministro, General y doctor don Juan J. Samayoa.

ENSAYO DE FEDERACION ENTRE  
EL SALVADOR, NICARAGUA Y  
HONDURAS, EN 1898

Entre los acontecimientos políticos, en que he tomado alguna participación, ninguno quizá de mayor importancia y que haya producido en mí más impresiones y decepciones, como el ensayo de Unión federal de las Repúblicas del Salvador, Nicaragua y Honduras, efectuado en noviembre de 1898, con o consecuencia del Pacto celebrado por sus Gobiernos en el Puerto de Amapala, el 20 de febrero de 1895.

Desde que me separé del Ministerio de Relaciones Exteriores, que estuvo a mi cargo por algún tiempo, durante la Administración del General don Carlos Ezeta, disfrutaba con gran satisfacción, de la vida independiente, que siempre he procurado mantener, como la más provechosa y la más digna, que puede llevarse en pueblos como los nuestros, sin consistencia política y dedicado al cultivo de los afectos de la familia y a los trabajos del campo, en mi hacien-



da de café, pasaba tranquilo mis días apreciando cada vez más las ventajas de este género de vida, y conviniendo con mi esposa en no apartarme de él, sino es por la causa de la nacionalidad, única que consideramos grande, noble y patriótica, para consagrarle el resto de mis energías.

Muy lejos nos hallábamos de pensar que me estaba reservada una parte activa en el movimiento unionista que se agitaba activamente en estas Repúblicas, con motivo de hallarse reunido en Managua el Congreso Nacional Constituyente, que debía dictar la Constitución llamada a regir la nueva entidad política que trataba de constituirse, bajo el nombre de Estados Unidos de Centro América, cuando el día 27 de agosto del citado año de 1898, me sorprendió un telegrama del señor Presidente de aquella Asamblea participándome que este alto cuerpo me había designado como Delegado por parte del Salvador al Consejo Ejecutivo Provisional de Centro América que debía instalarse en Amapala, el día primero de noviembre del mismo año.

Mi primer impulso, en medio de la sorpresa consiguiente, fué dirigir, en el acto un telegrama a Managua, declinando el honor de tal nombramiento, mas, se me informó que la Asamblea estaba ya disuelta, y no quedaba medio de excusarme. Mi esposa también, al imponerse de mi nombramiento, imposible, me dijo. No aceptes, acuérdate de

la promesa que me has hecho; mas, recordándole, en el mismo acto, la excepción que ella me había puesto para cuando se tratase de la unión nacional, tuvo que resignarse, ocupándonos desde entonces de todo lo relativo a mi viaje y al acontecimiento mencionado.

Celebré varias conferencias con el Presidente de la República, General don Rafael Antonio Gutiérrez, encontrándolo muy satisfecho de mi nombramiento, y poseído de un entusiasmo ardiente, por la pronta realización del ideal patriótico de la Unión Centro Americana, objeto predilecto de sus esfuerzos. A todas mis dudas y temores contestaba lleno de confianza, procurando infundirme igual sentimiento y poniéndose incondicionalmente a mis órdenes. Llegaba a tal extremo su cuidadoso anhelo y la vehemencia de sus deseos de ver realizada la inauguración del Gobierno Federal, que, al manifestarle una vez, que pensaba ir pronto a Santa Ana, para despedirme de mi hermano Jesús, me suplicó, como poseído de gran temor, que me rogaba no salir de la capital, donde desearía tenerme como en un camarín, para que me preservase de toda enfermedad y de todo peligro, instándome al propio tiempo, para tomar el próximo vapor que tocase en Amapala.

Francamente, la conducta del General Gutiérrez, su entusiasmo y sus cuidados, me in-

fundieron confianza, y llegué a creer, fundado en tales disposiciones y en lo que me manifestó referente al General don Tomás Regalado, según paso a manifestar, que la unión sería pronto un hecho entre las repúblicas de El Salvador, Honduras y Nicaragua, pues estando afiliado tan de lleno de esta causa El Salvador, me parecía fácil sojuzgar a los otros dos Estados, si desgraciadamente ocurriese en ello algún movimiento de rebelión. Aunque yo no conocía sino de vista al General Regalado, el concepto que de él tenía no me inspiraba ninguna confianza, pues, como Director del London Bank of Central América Ltd., me constaba que en dicho establecimiento, había varios documentos a cargo del General Gutiérrez respecto de Regalado, quien a la sazón era tenido como candidato a la Presidencia de El Salvador, temiendo que por tal carácter fuese desafecto de la federación, que venía a desvanecer sus proyectos, pues con ella, a lo sumo podría aspirar a la Gobernación del Estado; pero el General Gutiérrez siempre se expresó con la mayor confianza respecto de Regalado, haciéndome su elogio como de un Jefe pundonoroso y leal, y sobre todo, presentándomelo como enteramente identificado con él en la política.

Quiso la casualidad, que en uno de esos días me mandase el propio General Regalado una carta abierta de mi hermano Jesús, en la que éste me manifestaba que dicho

General deseaba oír mis consejos con referencia a los asuntos políticos, y, especialmente a los de la unión, sobre cuya solidez y permanencia futura había muchas dudas: que el General tenía de mí el más elevado concepto, y creía que mis indicaciones podían serle muy útiles para determinar la conducta que debería seguir y para no comprometerse de una manera que después pudiera perjudicarle; y que en esa virtud a pesar de su natural “encogimiento y cortedad”, vendría a visitarme, en unión de su cuñado el Dr. F. Antonio Reyes, si de mi parte no había inconveniente para recibirlo, y que si no quería que viniese, lo avisara a él para disuadirlo de su empeño. Como el propio general me había mandado la carta y ésta estaba abierta, no me quedó más recurso que el de contestarle en el acto que estaba a su disposición y que le recibiría en casa a la hora que lo tuviese a bien. El mismo día se verificó nuestra primera conferencia, en la cual se limitó el general a preguntarme si creía que pudiese sostenerse la federación, a lo cual contesté que siendo obra de los Gobiernos de las tres repúblicas, libre y espontáneamente comprometidos, y contando como creía que contaban con la opinión general y con la fuerza pública, forzoso me era pensar, que esta vez, había las mayores probabilidades de que la unión se sostendría y poco a poco llegase a extenderse a todo Centro América. Como en esos días era ya público que



se hacían trabajos para sacar triunfante la candidatura del doctor don José Rosa Pacas para la Presidencia Constitucional del Gobierno de la Federación, el General me preguntó que qué me parecía tal candidatura y que si no juzgaba que sería mejor la del General Don Indalecio Miranda, a lo cual contesté que, a mi juicio, no debía darse gran importancia a la cuestión de candidaturas pues esto era muy transitorio, y lo que importaba era asegurar la institución de un modo permanente; y en cuanto a la persona del Doctor Pacas, manifesté que en mi concepto era un sujeto de limpios antecedentes, práctico en los negocios públicos y de instrucción y honradez notarias, por lo cual juzgaba que su candidatura era muy aceptable y, en todo caso, muy honrosa para los salvadoreños; sin desconocer, por esto, que la del General Miranda también estaba adornada de grandes cualidades, aunque con los inconvenientes de la edad avanzada del General y su poca versación en los negocios públicos. El General Regalado pareció satisfecho de nuestra entrevista y se retiró, volviendo dos o tres veces más a visitarme en los días subsiguientes.

Como el candidato rival del General Regalado, que lo era el General Don Horacio Villavicencio, hubiese publicado recientemente una manifestación de sus ideas nacionalistas, y deseando acabar de afirmar al General Regalado comprometiendo lo mo-

ralmente ante el público al respecto indicado, le indiqué, un día algo sobre el particular, a lo cual me contestó que había demorado hacer ostensibles, hasta entónces, por la prensa, sus ideas nacionalistas, por haber convenido con el Presidente General Gutiérrez, en que, al dirigir su renuncia de la Comandancia del primer Regimiento de Artillería que estaba a su cargo, aprovecharía la ocasión para aquel objeto; y desde luego me suplicó le revisase y corrigiese, de la manera que los juzgara mejor, el borrador de su referida renuncia, que oportunamente me mandaría con tal objeto, lo cual le ofrecí; mas, abrigando siempre alguna duda respecto de la sinceridad del General Regalado comuniqué inmediatamente al Presidente Gutiérrez la conversación que acabo de referir, y este funcionario me manifestó en el acto que era cierto el convenio de que me había hablado el General Regalado, y que pronto procuraría se hiciese la manifestación indicada. Efectivamente el día cinco de octubre el General Regalado me mandó el borrador de su renuncia, suplicándome revisarlo y corregirlo con entera libertad, y encontrándolo correcto y expresivo lo devolví inmediatamente; quedando muy satisfecho de ese documento, que se publicó en el Diario Oficial del día siete de octubre, y en el cual aquel Jefe aseguraba, que “tanto El Salvador como la nueva entidad política de los Estados Unidos de Centro América cuya

aparición se estimaba como el bien supremo de estos pueblos, debían contar siempre y en cualquier emergencia, con sus servicios pues se sentiría siempre orgulloso de ofrecer en aras de la patria su vida, sus intereses y cuanto fuera necesario para llevar a feliz término el noble esfuerzo del patriotismo centroamericano". Con estas consideraciones, agregaba "seré siempre el primero en acudir en el instante preciso, para sostener, conservar y defender las instituciones, el honor y la dignidad de los Estados Unidos de Centro América". ¡Ojalá que hubiera sido verdad tanta belleza!!!

Dos o tres días habían pasado desde que se publicó la renuncia del General Regalado cuando un día estuvieron a visitarme varios sujetos caracterizados, entre ellos el doctor Don Dositeo Fiallos y el Doctor Don Belisario Suárez, quienes trataban de prevenirme respecto de la conducta del General Regalado que consideraban muy sospechosa, refiriéndome, especialmente, que a última hora había estado cambiando varios oficiales de la guarnición de esta plaza por militares adictos a su persona, como para poder disponer en un caso dado de la fuerza pública. Con este informe renació en mí la desconfianza y visité inmediatamente al Señor Presidente, para comunicarle el hecho y los temores que abrigaba; mas este funcionario insistió a su vez, con gran vehemencia, y en un tono de absoluta seguridad, acerca de la

lealtad y buenas disposiciones del General Regalado, agregando que, aunque en realidad se había verificado algunos cambios en la oficialidad, era de acuerdo con él y teniendo sólo en mira el servicio público; y agregó que tuviera plena confianza, pues el General Regalado era el único que durante su administración había podido alterar el orden de cosas establecido, sirviendo, por el contrario de su mejor sostén. Acepté, pues, aunque con reservas interiores, las afirmaciones del Señor Presidente, y la víspera de mi partida para Amarala, que fué el 17 de octubre, supliqué a este funcionario que, para mejor garantía de la conducta del General Regalado, llamase a su lado al General Miranda, militar valiente y leal de quien Regalado tenía el mejor concepto, mereciéndole las mayores consideraciones. Así se hizo en el acto, y al día siguiente en los momentos de partir dirigí al General Regalado un telegrama de despedida, diciéndole que confiaba en su lealtad y en sus promesas.

Entre tanto había recibido numerosas felicitaciones de las diversas partes de la República, que me servían de estímulo, y entre otras, copiaré, únicamente, para dejar más grabado el recuerdo de un amigo que ya falleció y a quien mucho estimé, la carta que me dirigió el General don Lisandro Letona el día 5 de septiembre, y que a la letra dice: "San Miguel, septiembre 5 de 1898.—Sr. Dr. don Salvador Gallegos, San Salvador. Mi es-



timado amigo: He visto con muchísimo agrado la designación hecha en usted por la Constituyente Federal, para uno de los miembros de la Dieta que prepara el Gobierno Federal Constitucional; y mi agrado tiene por fundamento, lo siguiente: en primer lugar, porque creo que la Constitución promulgada, es base más que suficiente para formar un Gobierno estable, de orden, de progreso y libertad: en segundo lugar, porque los designados para la Dieta son personas ilustradas y de reconocido patriotismo; y que aunque difieran un tanto en opiniones, no hay peligro de que hagan cosas inconvenientes; y en tercer lugar, (y aquí comienza el personalismo) por ser usted mi amigo y persona que me merece entera confianza, como político, como financista, como diplomático y como patriota. Con tales antecedentes, no debe usted pues extrañar, que yo, gran cachureco como usted, pero como usted también nacionalista práctico, haya sentido conmoverse mi ser, adormecido ya por los desengaños, a la sola probabilidad de no morir sin ver realizada la nacionalidad tan necesaria para estos pueblos, como escarnecida y pisoteada ha sido; y que al sentir renacer mis amortiguadas energías, mi primera voz sea para felicitarlo por la honra que ha sabido merecer de la H. Constituyente, y para suplicarle que no se vaya a excusar de prestar el importantísimo servicio que la patria le exige. Yo estoy ya bastante viejo; pe-

ro estoy listo para servir en la Federación aunque sea de portero de Palacio. Con recuerdos de afecto de toda mi familia para usted y la suya muy estímanle, desándole todo bien, quedo de usted afectísimo amigo y S. S. L. Letona”.

Por fin, el día 17 de octubre de 1898, salí de San Salvador para el puerto de Acajutla, teniendo la satisfacción de que, a mi paso por Santa Tecla y Sonsonae salieron a recibirme y obsequiarme, no sólo las autoridades, sino también los principales vecinos de dichas poblaciones lo cual me demostraba el general entusiasmo que había por la unión, como me lo manifestaron en sus brindis y espontáneas manifestaciones. El 18, a las 8 y media p.m. zarpamos del puerto de Acajutla, en el vapor “Iris”, de la Compañía Alemana, llegando el día 19 a las 9 a.m. al puerto de La Unión, y finalmente anclamos a las 4 y media en el puerto de Amapala.

Llegaron a recibirme a bordo, el Doctor don Angel Ugarte, Delegado del Gobierno de Honduras y su hermano, el Coronel don Manuel Ugarte, Comandante del puerto, y a las cinco de la tarde, salimos a tierra, siendo conducida mi comitiva, compuesta de los generales Francisco Hurtado, y Próspero Aguilar, y de los tenientes coroneles José María Peralta y F. Soriano, al edificio de la Comandancia, donde se nos obsequió con cerveza y cognac. Allí me indicaron que se me había arreglado pieza en el hotel, adon-

de nos dirijimos todos a comer, a las seis de la tarde.

La pieza que se me había arreglado era la de la esquina, en el segundo piso, y su me-naje consistía en una cama usada, tela de lona, sin pabellón, un lavatorio ordinario, mesa de madera, y una mesa redonda de madera en el centro del cuarto, con una car-peta de tela ahulada, vieja y llena de man-chas.

Con el señor Ugarte hablamos ese día ge-neralidades sobre la unión, y únicamente le oí una frase, malsonante para mí, que fué: “Si logramos desarmar a los Estados, ya es-tá todo”, lo cual me pareció desfavorable, desde luego que la unión se trataba de efec-tuar, por su libre y espontánea voluntad.

El día 20 esperé en vano alguna visita, y de mi parte dirigí por telégrafo un saludo respetuoso a los Presidentes de Honduras y Nicaragua, el cual fué contestado inmedia-tamente, con expresiones de congratulación y aprecio. Por la tarde, dispuse visitar al Doctor Ugarte, y fui en unión de los Gene-rales Hurtado y Aguilar al edificio de la Comandancia, donde aquél se estaba insta-lando. La visita fué amistosa, y durante ella, insinué al Doctor Ugarte el deseo de que fué-semos ocupándonos desde luego de nuestros trabajos preliminares, a lo cual se mostró deferente, pero me invitó a que hiciésemos el día siguiente un paseo alrededor de la Isla, en el vaporcito de la Comandancia,

aplazando para después el principio de nuestros trabajos. Efectivamente, el 21, a las 8 a.m. salimos todos los de mi comitiva, con el Doctor Ugarte, el Doctor Gasteazoro y el General Ortiz, que había llegado recientemente a ponerse a las órdenes del Gobierno Federal, dando la vuelta en el vaporcito a la Isla, en dos horas y media, y realizando así un agradabilísimo paseo. El resto del día, esperé alguna indicación para reunirnos con el Doctor Ugarte y empezar nuestros trabajos, y como no llegó, mandé el siguiente día 22 al Coronel Peralta para invitar a aquél con ese objeto, dejando a su elección el lugar y hora. Contestó indicándome la Comandancia para que ocurriese allá a la hora que lo tuviese a bien, lo cual verifiqué en el acto.

Al llegar a la Comandancia, noté a primera vista, que el Doctor Ugarte, se hallaba perfectamente instalado, en amplias habitaciones, con mobiliario completo, espléndida cama, mesa de noche, mecedoras, cuadros, etc., etc. Después de las frases generales de costumbre, propuse en concreto al Doctor Ugarte, que nos ocupásemos del Reglamento Interior, y convenimos en que todos nuestros trabajos se considerasen como meros proyectos mientras se daba conocimiento de ellos al Doctor Matus, que se esperaba de Nicaragua. Presenté un proyecto de Reglamento que había formado sobre los puntos principales, y el Doctor Ugarte lo aceptó



con ligeras observaciones, en todas sus partes, dejándolo en su poder para que lo completase en los detalles que se habían omitido. Estudiamos después la organización financiera del Gobierno Federal, y se aceptó la que propuse, tomando nota de ella. Siendo ya las once y media de la mañana, propuse que suspendiésemos el trabajo para continuarlo el siguiente día, y ya de despedida, en la puerta exterior, me habló el Doctor Ugarte de los Ministerios que debían organizarse, manifestándome que tenía ya un magnífico Ministro de Relaciones, de acuerdo con el Doctor Matus, que lo era el Doctor don Rafael Severo López. Sin rechazarlo traté de eludir el asunto, reservándolo para el siguiente día, pero insistiendo sobre el particular el Doctor Ugarte, indiqué a mi vez, que únicamente deseaba que el Ministerio de la Guerra fuese ocupado, por ahora, por un salvadoreño en consideración a la importancia del ejército de El Salvador, y al carácter de sus habitantes, a fin de prevenir toda dificultad y hacer simpática en la generalidad la idea de la unión, en aquel Estado. Ugarte, en el acto, me manifestó que nó: que para el Ministerio de la Guerra ya había pensado en el General Reina, actual Ministro de la Guerra en Honduras, el cual era inmejorable; y viendo yo su actitud resuelta, no insistí sobre el particular, procurando mejor aplazar el asunto para otra oportunidad. De pasada, lancé al Doctor

Ugarte, la idea de que, como que estaríamos mejor en el puerto de La Unión, adonde podríamos trasladar la capital del Distrito Federal, dadas las comodidades que dicha ciudad ofrece, para la residencia de las autoridades de la Federación, pero el Doctor Ugarte, en el acto me dijo que nó: que de ninguna manera, pues La Unión era un pueblo viejo, de casas sucias, que no ofrecía ninguna ventaja respecto de Amapala; que para el caso, mejor nos trasladáramos a Corinto, y que sólo en último lugar podría señalarse el puerto de La Unión.

De momento sentí alguna contrariedad, y procuré contradecir al Doctor Ugarte, violentándome para hacerlo con serenidad; pero insistiendo en que, tanto en consideración de la salubridad, como por las comodidades, me parecía preferible La Unión, para residencia del Consejo Ejecutivo; llamándole la atención respecto de Amapala, donde apenas se había podido conseguir para mobiliario de mi habitación en el hotel, una humilde tijera de lona. Ugarte eludió el tiro, desentendiéndose de mi observación, y después de este deshaoguito, procuré que aplazásemos esos puntos para mejor ocasión, y me despedí, llevando en mi espíritu muy desagradable impresión acerca de las disposiciones de que se hallaba animado el Doctor Ugarte, según resultaba de esta primera conferencia.

El domingo 23, ni yo ocurri donde el Doc-

tor Ugarte, ni él se dió por entendido de nuestros trabajos, pero en la tarde, procuré que el General Argüello y el General Aguilar nos invitasen, al Doctor Ugarte y a mí, para hacer un paseito al puerto de La Unión; y aunque aquél procuró al principio esquivarlo o demorarlo siquiera, al fin aceptó, y el lunes, a las nueve y media, a.m. salimos todos, en el vaporcito "22 de Febrero", gozando de un tiempo magnífico y de una travesía encantadora, por la vista de las islitas de la Bahía. Llegamos a La Unión a las 11 a.m., y aunque allí nadie nos esperaba, ni estaba el Comandante, Capitán Martínez, salió a recibirnos, y en el acto se reunieron las autoridades del puerto y vecinos de mayor importancia, atendiéndonos, obsequiándonos, haciendo preparar un magnífico almuerzo, etc., etc.

Con una comitiva de doce personas, recorrimos las principales calles de la población, visitando las oficinas nacionales y municipales, y a las cuatro p.m. regresamos a Amapala, con la más grata impresión. Con frecuencia los compañeros de viaje hacían comparaciones entre Amapala y La Unión, desfavorables naturalmente a la primera, y el Doctor Ugarte callaba o eludía, y yo, observando su embarazo me regocijaba. Aproveché este viajecito a La Unión para mandar de allí una clave al señor General Gutiérrez pues cada vez más veía la necesidad de comunicarnos reservadamente con él ya que

así lo hacía frecuentemente el Doctor Ugarte con el Gobernador de Honduras, don Policarpo Bonilla, según me informaron, y que, la actitud del expresado señor Ugarte, no era en manera alguna, franca y amistosa conmigo.

El martes, veinticinco de octubre, me ocupé principalmente de preparar un discursito para el acto de la inauguración del Gobierno Federal, considerando muy natural que, sea como miembro del Consejo Federal por parte de El Salvador o en nombre de aquél, si fuese designado al efecto, pudiera corresponderme pronunciar alguno. En la mañana del siguiente día, recibí la primera visita de los señores Ugarte, quienes durante ella, se mostraron muy expresivos y atentos para conmigo. El Coronel don Manuel, aprovechó esa ocasión para disculparse de no haber preparado nada para mi alojamiento, lo mismo que para el del Doctor don Manuel Coronel Matus, Delegado por parte de Nicaragua al Consejo Ejecutivo, manifestándome que el señor don Pedro H. Bonilla, miembro de la Dieta, había sido el comisionado para disponer todo lo relativo a la instalación del Consejo, sobre lo cual les dejó sus órdenes, y que, en cuanto a arreglos para el alojamiento de los Delegados, le había dicho aquél que no hiciese nada, y que cada cual se arreglase como mejor le pareciese. Por supuesto, acepté de buen grado las excusas.



El mismo día veintiséis, amaneció en Amapala el señor don Rafael Meza, que había sido enviado por el General Gutiérrez, como Agente Confidencial ante los Gabinetes de Nicaragua y Honduras, General don José Santos Zelaya y don Policarpo Bonilla, para uniformar la opinión respecto de la candidatura del Doctor don Rosa Pacas, para la Presidencia de la Federación. El señor Meza me manifestó la mala impresión que traía respecto del Doctor Bonilla, quien se había mostrado muy celoso por haber llegado conmigo a Amapala, una guarnición de cien hombres de la Brigada de línea, juzgando que era muy irregular que no se le hubiese comunicado la llegada de esa fuerza, sino cuando ya estaba embarcada. Además, el señor Bonilla se manifestó opuesto a la candidatura del Doctor Pacas, según me dijo el señor Meza, alegando que ella había sido acogida en Honduras por la prensa de oposición a su Gobierno por lo cual la consideraba hostil. En general, el Doctor Bonilla se había mostrado receloso y desconfiado respecto del General Gutiérrez, lo cual me confirmó ese mismo día, el señor General don Manuel Bonilla, que estuvo a visitarme y a ofrecerse para coadyuvar de la manera que el Consejo lo juzgase conveniente, en la grande obra de la Unión nacional. El General Bonilla me fué sumamente simpático, quizá por la franqueza y since-

ridad que me pareció advertir en su conversación.

También tuve una confirmación acerca de la sospechosa conducta del Presidente don Policarpo Bonilla, de parte del Doctor don Coronel Matus, quien me manifestó haber visto los telegramas de aquél al General Zelaya, agregándome que el doctor Bonilla procuró que el Lcdo. Meza no fuese a Managua, lo cual de momento, le pareció bien al General Zelaya, pero desistió de ese parecer al oír las observaciones que, sobre el particular, le hizo el mismo señor Matus. Tanto este caballero, como el General don Manuel Bonilla me manifestaron su convicción acerca de que el Doctor don Policarpo Bonilla abrigaba la esperanza de llegar a ser el primer Presidente de la Federación centroamericana, y que, defraudada tal esperanza, buscaba los medios de embarazar la marcha del Consejo Ejecutivo Provisional, y aun de romper el pacto de unión, si le fuere posible verificarlo sin que se advirtiera su trabajo para ello. Desde que el Lcdo. Meza llegó a Honduras, tuvo a su lado un espía que lo fué el joven mexicano N. Carrera, quien acompañó a aquél a Comayagua y en su regreso a Amapala, bajo la apariencia de pedir y obtener su protección para colocarse en Amapala. Don Policarpo además tuvo encerrado en palacio a un sujeto que llegó de El Salvador, bajo nombre fingido, y lo

hizo regresar misteriosamente, quizá con instrucciones reservadas.

(Datos que me comunicó el Doctor Matus, refiriéndose al General Bonilla).

Por otra parte, el Doctor Matus me refirió que, en la primera conferencia que tuvo con el Doctor Angel Ugarte, a su llegada a Amapala, éste le indicó claramente, que juzgaba conveniente mantener un acuerdo absoluto entre ambos, aprovechando la situación inquieta y medio revuelta en que se encontraba El Salvador, con motivo de aproximarse las elecciones, a fin de contrarrestar con ventaja la acción que pudiera yo ejercer en el Consejo, y juntos adquirir preponderancia que convenía a Nicaragua y Honduras, en el Gobierno Federal, la cual podía pretender El Salvador. El Dr. Matus, sin secundar las inspiraciones interesadas del Doctor Ugarte, se colocó en el terreno de la conveniencia pública, acogiéndose a la armonía que debía mantenerse entre los Delegados. En la misma conferencia, Ugarte pretendió que se le diera la presidencia del Consejo Ejecutivo Federal, lo cual rechazó el Doctor Matus alegando la igualdad de nuestro carácter y representación; y cediendo terreno el Doctor Ugarte, limitó entonces su exigencia a obtener por lo menos, la presidencia, fundándose, decía, en la práctica general, por ser a la primera letra de su nombre, anterior, en el alfabeto, a la M, y a la S. que corresponden a los nuestros

Manuel y Salvador; por ser H la primera letra de Honduras anterior a la N y a la S que corresponden a los otros dos Estados de Nicaragua y El Salvador, y, en fin, por haber sido electo él, el Doctor Ugarte, primero que nosotros como Delegado al Consejo Ejecutivo Provisional, en el Congreso de Managua. El Doctor Matus, en vista de esta nueva pretensión, dispuso que este punto se tratase entre los tres, aceptando en general que se observaran para resolverlo las prácticas y usos de las naciones, en casos semejantes.

El Doctor don Rafael Reyes, Presidente de la Dieta de la República Mayor que había ocurrido a Amapala, para la inauguración del Consejo Ejecutivo Provisional, estuvo a verme el mismo día para manifestarme las pretensiones del Doctor Ugarte, de que dejo hecha referencia, las cuales a mi vez rechacé con la mayor energía; y a instancia sde dicho señor me dirigé con él a conferenciar sobre el particular con los señores Matus y Ugarte. Este reprodujo con toda franqueza sus pretensiones, a presencia mía, agregando, además, como precedentes en su favor, que El Salvador había tenido en su seno, el primero, a la Dieta de la República Mayor, y que el Presidente de ésta había sido siempre un salvadoreño; que la primera Presidencia del Congreso Constituyente reunido en Managua, había sido pretendida y concedida a un salvadoreño, y



que todo ésto revelaba una superioridad pretendida en todo por El Salvador, la cual creía de su deber rechazar, y por lo cual creía también, que de derecho le correspondía hoy la presidencia en el Consejo al Delegado de Honduras. A estos argumentos contesté, por mi parte, alegando la igualdad política de los Estados, base de la Federación, y el establecimiento de un nuevo orden de cosas ante el cual no podía alegarse precedencia alguna. Supliqué, además, que alejásemos toda referencia localista que pudiera inducirnos a otras consideraciones apoyándose en la desigualdad efectiva de los Estados, y propuse que en los actos de representación oficial y en la firma de autógrafas del Consejo, alternásemos los Delegados indistintamente o siguiendo un orden, pero sin reconocer nunca derecho a precedencias, quedando, así acordado.

En esta misma conferencia, se trajo a colación la necesidad de que algunos de los miembros del Consejo contestase el discurso que debía pronunciar el Presidente de la Dieta en el acto de la inauguración de aquél; manifestando el Doctor Matus que por haber estado enfermo desde su llegada a Amapala, no se había preparado para este caso, ni podía hacerlo, descansando en lo que dispusieran los señores Ugarte y Gallegos. Manifesté yo, entonces, que sin pretensiones de ser el que llevase la palabra oficial en aquella solemnidad, habiendo permanecido va-

rios días en Amapala sin poder efectuar con el señor Ugarte ningún trabajo preparatorio, salvo los que yo mismo le había comunicado en nuestra primera conferencia, me había ocupado, posteriormente, de formular un pequeño discurso para aquel acto, en previsión de que pudiera corresponderme el encargo de pronunciarlo, en mi carácter de Consejero de Estado, o en representación del Consejo; y a excitativa, de mis dos colegas leí el discurso en referencia por si encontraban en él algo bueno, sin perjuicio de que se modificase de común acuerdo para ser leído en nombre del Consejo. El Doctor Ugarte dijo, desde luego, que le llamaba la atención que yo tuviese preparado ya el discurso oficial y que por su parte no lo aceptaría por contener algunas ideas sobre las cuales no estaba de acuerdo, como la de reconocer una acción providencial; y que aunque él no tenía preparado ningún discurso, juzgaba que eso podía arreglarse con facilidad en un momento, sin necesidad de preparación. El Doctor Matus tomó mi defensa, reproduciendo como justas las razones por las cuales manifesté tener arreglado ese discurso, y dijo por su parte que le parecía muy bueno y que no tenía inconveniente en aceptar aún lo relativo a la Providencia: que si alguna idea pudiera no estar enteramente de acuerdo con las que él profesaba, sería únicamente la relativa a censurar el empleo de la fuerza para realizar la unión

nacional, pues él era nacionalista incondicional. En este estado agregué yo, que no pretendía se aceptase mi discurso, ni me oponía a que se modificase en armonía con las ideas comunes, si hubiera de leerse en nombre del Consejo, pues si hubiera de pronunciarlo en mi propio nombre, nunca consentiría en modificar lo relativo a la Providencia; y que puesto que el Doctor Ugarte juzgaba que el discurso de contestación al del Presidente de la Dieta, podía hacerse en un momento, sin ninguna preparación, a lo cual no se prestaban mis aptitudes, que podía a mi juicio confiarse al mismo Doctor Ugarte ese trabajo, revisarlo colectivamente y designar de alguna manera quién debía llevar la palabra oficial en la toma de posesión del Consejo. El Dr. Ugarte usó entonces un lenguaje evasivo, y para terminar la discusión propuse yo que el mismo Doctor Reyes, Presidente de la Dieta, redactase la contestación de su discurso en términos apropiados y bajo ideas de general aceptación, lo cual quedó así convenido. He aquí el discursito a que he hecho referencia:

Señor Presidente de la Dieta:

Señores:

“Poseído de la más viva emoción, y confiando en las inspiraciones del patriotismo, mucho más que en la eficacia que pudieran tener nuestros esfuerzos, acabamos de prestar la solemne promesa que la Constitución exige, como prenda de lealtad y síntesis su-

prema de nuestros deberes, al inaugurarse el Gobierno Provisional de la República de Centro América.

La reorganización de nuestra querida patria, iniciada con tanto suceso, por los Gobiernos de El Salvador, Honduras y Nicaragua, es un acontecimiento, digno por su significación y trascendencia de las manifestaciones más espléndidas, entusiastas y cordiales, pudiendo considerarse como el nuncio venturoso de la época feliz presentida por nuestros padres, en que las antiguas provincias de la América del Centro, realizarían por la unión, sus nobles aspiraciones de libertad, de engrandecimiento y de progreso.

“Desligadas de su antigua metrópoli por modo enteramente providencial, después de tres centurias de una dependencia y sumisión absolutas, y habiendo adoptado como consecuencia del proceso de su emancipación, una forma de Gobierno que se halla ligada a condiciones históricas y sociales de las cuales carecían por completo nuestros pueblos, parece natural que en sus primeros ensayos de organización, hayan consumido, de una manera estéril, gran parte de su fecunda savia y de sus generosos esfuerzos, prevaleciendo siempre, con más o menos intensidad, los elementos anárquicos o tradicionales, que en breve las condujeron al más lamentable fraccionamiento.

“Luchando, desde entonces, las secciones



centroamericanas, por constituirse políticamente, en medio de la incertidumbre de una situación rudimentaria, han tenido que pagar el doble tributo de su debilidad y de su inexperiencia, logrando apenas señalarse como entidades microscópicas, en la esfera de las nacionalidades y agitándose siempre en el torbellino de las disenciones y discordias, que les han impedido hasta hoy dar consistencia y respetabilidad a sus instituciones.

“En lugar de empeñarse la acción de los partidos en fortalecer por el desarrollo de las luces y la cultura moral la influencia benéfica de la razón y de los sentimientos de fraternidad y de justicia, para ir preparando gradualmente un firme sostén a la libertad y reparar nuestros quebrantos, parece más bien, como que hubiera tenido deliberado propósito de hacer más profundas sus desavenencias y de fomentar la violencia de las pasiones políticas, que han mantenido a nuestras sociedades en constante zozobra, asfixiándolas con el aliento inflamado de la revolución y haciendo cada vez más difícil la consolidación del orden, sin el cual en vano podían pretender desarrollar sus valiosos elementos de progreso.

“La idea misma de la reconstrucción nacional, que nuestros pueblos han acariciado con fervor, cifrando en ella la clave de sus venturosos destinos, ha llegado a hacerse altamente sospechosa y a mirarse con recelo, desde que, a su amparo, se han defraudado

tantas veces, las más halagüeñas esperanzas del patriotismo, poniendo el contingente de sus prestigios al servicio de mezquinas y funestas ambiciones.

“La perversión del sentido político, ha conducido hasta el vértigo de pretender, que si la unión hace la fuerza, también la fuerza podía realizar la unión, amenazando ahogar en la sangre generosa de los defensores del derecho, la idea sagrada de la nacionalidad.

“En presencia de este cuadro sombrío, cuya exactitud, lo mismo que los detalles están en la conciencia de todos los centroamericanos, parece inexplicable que haya podido verificarse pacíficamente una transformación política tan radical como la que ahora contemplamos, cuando aun palpita la desconfianza, y se hace sentir la acción deletérea de bastardas aspiraciones; mas tenemos igualmente que reconocer, en honra del buen sentido y de la virilidad de nuestros pueblos, que en medio de las vicisitudes que han experimentado durante las agitaciones de su política, han venido desenvolviendo, poco a poco, los gérmenes de las virtudes republicanas depositados en lo íntimo de su constitución por los ilustres próceres de nuestra independencia; que ante los excesos de la arbitrariedad y de la licencia, se han avivado cada vez más, el ardiente deseo de que la justicia predomine en todas las relaciones sociales, bajo la fórmula concreta de la ley, y la aspi-

ración generosa de que, al desaliento que han infundido nuestras luchas insensatas, sucedan los nobles estímulos de una franca y sincera confraternidad, que afiance el reinado de la paz entre los Estados centroamericanos, y los disponga convenientemente para la realización de sus magníficos destinos.

“De los mismos excesos que con justicia lamentamos, ha surgido, pues, mediante estas favorables disposiciones el principio de una saludable reacción en el orden político; y los dignos representantes de las tres secciones que hoy se disponen llenas de fé y de entusiasmo a seguir su marcha progresiva por el nuevo derrotero que les traza la República Federal, han adquirido alto renombre y merecido los homenajes de la gratitud nacional, por la fecunda iniciativa que, con patriótica inspiración, tomaron en el puerto de Amapala, para la reorganización de nuestra patria. Mediante su eficaz apoyo, esa idea redentora, secundada por la perseverante labor de la Honorable Dieta, se ha abierto campo propicio en la opinión de los pueblos, preparándose el éxito más espléndido en las instituciones fundamentales, obra magnífica de la razón serena que resplandeció en las deliberaciones colectivas de la Asamblea Nacional Constituyente, donde armonizándose los diversos intereses bajo una aspiración común, y estableciéndose la solidaridad del orden, se han sentado bases fir-

mes para la reorganización y el progreso de nuestra patria.

“Reconozcamos, señores, en el desarrollo de estos sucesos, la influencia providencial que regula y dirige la marcha de las sociedades. Penetrémonos del espíritu que las vivifica y de sus tendencias finales que deben servir de nexo a los diferentes partidos, para que atrayéndonos el concurso de todas las fuerzas de conservación y de progreso que animan en su seno, podamos establecer firmemente el orden que es la primera de las necesidades de los pueblos, y aspirar a la realización completa de la feliz evolución que ha empezado a operarse, viendo agrupadas todas las secciones de la América del Centro bajo el pabellón federal, que es la gloriosa enseña y la poderosa égida de nuestra regeneración y libertad!”

El día primero de noviembre, a las diez de la mañana, se había designado para la toma de posesión del Consejo Ejecutivo Provisional, y una hora antes, mandó el Doctor don Rafael Reyes a mi casa, a mostrarme la contestación que había formulado de parte de los señores Delegados, Matus y Ugarte, que se designase por sorteo, quien de los Consejeros, Ugarte o yo, debía leer dicha contestación. Yo manifesté mi aprobación del discursito, agregando que por mi parte, podía omitirse el sorteo, pues no tenía inconveniente alguno en que lo leyera el Doctor Ugarte, proponiendo, además, que al diri-



girnos al salón donde debía verificarse la solemnidad, lo mismo que al regreso, ocupase el puesto de honor el Doctor Matus. La ceremonia se efectuó en la forma convenida, con la sola diferencia de que el Doctor Matus me exigió ocupase a la ida el puesto de honor que tomó el solo al regreso.

En los días 2 y 3, después de varias medidas perentorias que hubieron que tomar, abordamos la cuestión de los ministerios, respecto de la cual, el Doctor Matus me contó reservadamente que el Doctor Ugarte había estado a hablarle privadamente, y le había presentado una lista de candidatos que tenía ya preparada, para Ministros y Subsecretarios, figurando entre los primeros, personas que consideraba absolutamente inaceptables, como un Doctor Rivas, el señor N. Callejas y don Pedro H. Bonilla. El Doctor Ugarte pretendía obtener el acuerdo del Doctor Matus sobre el particular, para imponerme sus candidaturas, pero éste se limitó a indicarle la necesidad de que tratásemos entre los tres este asunto. Reunidos, pues, para el referido objeto les manifesté yo desde luego, que no tenía compromiso alguno con ninguna persona, ni candidatura premeditada; y que únicamente tenía que hacer referencia de que, el General Gutiérrez, Presidente del Salvador, hablando conmigo sobre el particular, juzgó lo mismo que yo, que era conveniente que el Ministerio de la Guerra fuese ocupado por un salvadore-

ño, y al efecto me indicó al citado General y Doctor don Ricardo Moreira, cuyo candidato era de mi aprobación, y le hizo llamar a su despacho para recabar su aceptación la cual esquivó éste dar, hasta no conocer las disposiciones del Consejo a este respecto. Solicité pues, que en atención a los deseos del Presidente del Salvador, al carácter belicoso de los habitantes de ese Estado, al poder militar de éste, que podía poner sobre las armas doble número de fuerzas y que contaba con doble número de elementos de guerra que Honduras y Nicaragua juntos, se tuviese la deferencia de ceder ese Ministerio al Salvador, en cuyo caso, yo a mi vez, accedía con mi voto, en favor de las personas que mis colegas designasen, de acuerdo, para las demás carteras. El Doctor Ugarte, se mostró en el acto, vivamente contrariado, manifestando que siempre El Salvador pretendía cierta preponderancia, bajo cuya base sería imposible ningún acuerdo: que por su parte, él no podía condescender con los deseos que había manifestado, y que más bien juzgaba de su deber combatir toda pretensión que pudiera colocar a un Estado en mejores condiciones que a los demás: que su candidato para el Ministerio de la Guerra, era el señor General Reyna, sujeto muy caracterizado, que había estado desempeñando igual puesto en el Gobierno de Honduras, y que por lo mismo, estaba en las mejores

condiciones para continuar ejerciendo esas funciones en el Gobierno Federal.

El Doctor Matus manifestó que él no tenía candidato especial para ese Ministerio: que reconocía los méritos distinguidos de los señores Generales Moreira y Reyna, y que por su parte, no había inconveniente en que la cuestión se resolviera entre los señores Ugarte y Gallegos, aceptando él el resultado a que se llegase: pues no cabía duda de que El Salvador tenía un poder militar muy superior al de Honduras y Nicaragua juntos, lo cual bien podía justificar mis deseos. El Doctor Ugarte, insistió cada vez con más ardor, en sus ideas al respecto, lo cual hizo que se demorase la resolución, hasta el día seis en que, después de reproducirse argumentos más o menos semejantes a los relacionados, el Doctor Matus propuso una disyuntiva que yo acepté, quedando pendiente de la aprobación del Doctor Ugarte. Tal disyuntiva consistía en que, o aceptaba el Doctor Ugarte al Doctor don Rafael Severo López, para el Ministerio de Guerra, puesto que ya había un compromiso moral para traer a este señor al Ministerio, o presentaríamos el Doctor Ugarte y yo, tres candidatos cada uno para el expresado Ministerio, y el Doctor Matus rubricaría uno de ellos definitivamente.

Para comprender el primer miembro de la disyuntiva, hay que recordar lo que me dijo el señor Ugarte, en nuestra primera en-

trevista, y que me ratificó después el Doctor Matus, manifestándome que, al despedirse este último del Doctor Ugarte le había preguntado qué le parecía el Doctor Severo López para Ministro del Consejo Ejecutivo Federal, agregando un elogio del candidato; a lo cual el señor Matus contestó, que le parecía un sujeto muy caracterizado y propio para el puesto que se le designaba; indicando entonces Ugarte, que si le parecía, que le propusiera desde luego el Ministerio, por medio del Doctor Moreira, y que él contestó, que por su parte no había inconveniente, si es que, por la mía tampoco pudiera haberlo, pues, teníamos que proceder los tres de acuerdo.

Pues bien: refiriéndome a este incidente, que tanto el Doctor Matus como el Doctor Ugarte habían ratificado en mi presencia, en los términos que quedan referidos, hice presente, entonces a mis colegas, que, aunque nada se me había comunicado por el Doctor Ugarte, antes de proponer la candidatura al Doctor López, consideraba que, después de lo ocurrido, había hasta cierto punto, un compromiso moral entre los señores Ugarte, Matus y el Doctor López, el cual, no tenía inconveniente en ratificar por mi parte, si se aceptaba la solución que a mi vez proponía, de que para el Ministerio de la Guerra se nombrase un salvadoreño. De aquí nació sin duda, la proposición del Doctor Matus, que yo acepté como medio de



determinar el incidente, reservándose el Dr. Ugarte resolver sobre cuál de los dos miembros de la disyuntiva aceptaba, para lo cual pidió se le esperase hasta las tres de la tarde del mismo día. Este término expiró, sin que el Doctor Ugarte resolviese nada, y el día siete por la mañana, hablando con el Dr. Matus sobre estas cosas, me manifestó reconocer, como lo creía yo, que había en el Doctor Ugarte cierto espíritu de oposición sistemática. Por lo demás, el Doctor Matus juzgaba que Ugarte se decidiría por presentar su terna de candidatos, lo mismo que yo, pues al Doctor López le había mandado ofrecer el Ministerio de Relaciones Exteriores: pero yo pensé que más bien aceptaría al Dr. López, para el Ministerio de la Guerra, a fin de conciliar en lo posible, sus pretensiones con las mías, y que le quedase más amplio campo en los demás Ministerios. Para este evento, hablamos largamente con el Dr. Matus sobre candidatos aceptables, y entre los salvadoreños distinguidos de que yo le hablé, me pareció advertir que le merecía alto concepto el Doctor don Camilo Arévalo, de quien me dijo tenía muy favorables referencias. Esto, como se verá adelante, tuvo un efecto favorable al Salvador.

Reunidos el mismo día siete, en el salón del despacho, el Delegado Dr. Ugarte inició de nuevo el asunto de Ministerios, manifestando que aceptaba al Doctor don Rafael Severo López para el Ministerio de la Gue-

rra, y entonces, resuelto este punto, propuse que los tres Ministros restantes, los proveyésemos designando uno por cada Delegado, a lo cual se opuso en el acto el señor Dr. Ugarte, alegando que tal procedimiento era injusto, pues, habiendo obtenido ya El Salvador el Ministerio de la Guerra, que bien equivalía por dos, correspondía a Honduras y Nicaragua el nombramiento de los otros Ministros: que lo contrario resultaría que El Salvador designaba en el Gabinete dos Ministros y los demás Estados solamente uno cada uno. A esto contesté, que yo no había designado al Doctor López, por parte del Salvador, y que más bien podía decirse que lo habían hecho los Delegados de Honduras y Nicaragua, puesto que por ellos se inició el nombramiento del Doctor López sin mi consentimiento, y que el Doctor Ugarte había confirmado su designación, eligiéndole libremente, al aceptar ese miembro de la disyuntiva propuesta por el Doctor Matus. Agregué a esto, que mi condescendencia para salvar el compromiso moral contraído por mis colegas con el Doctor López, no implicaba en manera alguna, una renuncia de tomar participación en el nombramiento de los demás Ministros, y que por consiguiente creía poder insistir, con justicia, en mi proposición. El Señor Doctor Matus apoyó mis argumentos, pero el Doctor Matus para zanjar la dificultad, propuso, como lo había hecho antes, que se resolviese la diferencia por la suerte, en lo cual, no es-

tuvimos de acuerdo. Prolongada la discusión, se convino finalmente, en que el Delegado por Honduras propondría un candidato para el Ministerio de Gobernación, el de Nicaragua otro para el de Relaciones Exteriores, y que, uno y otro me presentarían una terna cada uno, para que yo escogiera entre los designados, el que debiese servir el Ministerio de Hacienda.

Aceptada esta base, el Doctor Ugarte dijo que designaba por su parte, el General Reyna, el Doctor Matus al Doctor Joaquín Sanzón, y uno y otro me presentaron su terna para Ministro de Hacienda, la de Ugarte, compuesta de los Señores Don César Bonilla, Don N. Callejas y Don Pedro H. Bonilla y la del Doctor Matus, no recuerdo quiénes eran los dos primeros candidatos, siendo el tercero el Doctor Don Camilo Arévalo. En el acto, designé a este último y así quedó concluida la elección y organización del Ministerio.

Había omitido referir, que el día dos de Noviembre, se juzgó conveniente en el Consejo elegir un Inspector del Distrito Federal, un Comandante de la Plaza y Puerto, y creo que un Jefe de Estado Mayor. Para lo primero propuse yo al General Don Próspero Aguilar, y fue aceptado; para lo segundo, indicó el Doctor Ugarte al General don Máximo Rosales y quedó nombrado, y para lo último, el mismo Doctor Ugarte indicó al

General don Julián López García, y fue en el acto aceptado.

En la noche del mismo día, me contó el Doctor Matus, que había llegado donde él el Doctor Ugarte, muy excitado por haberse destituido al Coronel don Manuel Ugarte, su hermano, de la Comandancia del Puerto que había estado ejerciendo: a lo cual, aquél le replicó, que no había habido tal destitución: que él mismo, el señor Ugarte, había propuesto al señor General Rosales, para la Comandancia de la Plaza y Capitanía del Puerto, y que siendo un sujeto caracterizado e idóneo, desde luego se le aceptó. No obstante esto, el señor Ugarte insistió en que se había efectuado una verdadera destitución de su hermano, agregando que, por delicadeza no podía él haber propuesto a su hermano, a lo cual replicó el Doctor Matus, que por lo mismo, no debía ahora hablar sobre el particular. Así terminó ese incidente, quedando muy desagradados a causa de él los señores Ugarte; pero el acuerdo relativo a este objeto se modificó tres días después, por haber dirigido su renuncia el Coronel Ugarte, la cual se aceptó nombrando para sucederle a éste, al General Rosales.

El Coronel Ugarte se dirigió inmediatamente a la República de Nicaragua, donde supimos algunos días después que interpuso sus quejas y las de su hermano el Doctor don Angel, ante el General don Santos Zelaya, Presidente o Gobernador de dicho Es-



tado, asegurándole que el Doctor Matus se había aliado enteramente conmigo, prescindiendo de los intereses generales que estaba llamado a representar; que había renunciado el derecho de que algún nicaragüense ocupase un Ministerio y que abogaba por la preponderancia del Estado del Salvador. Informes como el referido, llegaron muchos otros al General Zelaya, contra el Doctor Matus, según se nos informó; mas éste a su vez, dirigió por vías seguras, telegramas y correspondencia al General Zelaya, dando las explicaciones del caso y logrando así desvanecer todo cargo y mantener la confianza de aquel funcionario.

Desde que el Consejo Ejecutivo Federal empezó a ejercer sus funciones, indiqué la conveniencia de nombrar inspectores seccionales en los Estados, a fin de dar unidad a la organización militar, y poder prevenir o sofocar, en un caso dado, cualquier movimiento sospechoso, contando con secciones indispensables. El Delegado de Honduras aceptó al principio este pensamiento, con sus reservas, juzgando que al dictar sus medidas, se legislaba, o por lo menos, se introducía una reforma en las Ordenanzas, mas, yo le repliqué que la organización de zonas militares era una ley en El Salvador, y que, aunque no lo fuera, la Ordenanza autorizaba el nombramiento de inspectores militares seccionales, cuyas atribuciones llenaban el objeto que se trataba de obtener. Después

de estas explicaciones, todos quedaron de acuerdo con la conveniencia de dictar tal medida, y desde luego el Dr. Ugarte indicó para San Salvador, o sea la zona central de dicho Estado, al señor General Ricardo Moreira, asegurando que éste aceptaría tal nombramiento, pues ya se había entendido con él a este respecto, por medio del Dr. López, de quien tenía correspondencia en sentido satisfactorio. El Doctor Matus, lo mismo que yo, condescendimos en aceptar este nombramiento, por razones de consecuencia, chocándonos sin embargo, que ésto lo tuviese arreglado ya el Doctor Ugarte, sin nuestro conocimiento. Designamos pues, al Doctor y General Moreira, para la Sección central del Estado del Salvador; para la de Occidente nombramos al General don Francisco Hurtado, y no encontrando de momento un candidato para la de Oriente, dispusimos consultar sobre el particular al General Gutiérrez, informándole de las otras. Este funcionario contestó, que no le parecía oportuno el nombramiento de Inspectores, antes de que se verificaran las elecciones, que ya estaban próximas, a causa de división de los partidos, pero indicando que le gustaría el General Hurtado para la Sección del centro, el Coronel Morán para Occidente, y para Oriente, en el caso de que no triunfase el General Villavicencio, que era uno de los candidatos, al General Próspero Aguilar.

Como uno de los objetos que teníamos en

mira, para considerar urgente el nombramiento de Inspectores, era precisamente el de tener en cada una de las secciones del Salvador un jefe en cuanto fuera posible imparcial, para evitar la intervención política de los Comandantes y atender a las quejas que había contra ellos, dispusimos hacer los nombramientos como se había empezado antes, aceptando al General Aguilar para la inspección de Oriente.

El Doctor Ugarte dispuso ese mismo día, hacer un viaje a Tegucigalpa, para traer a su familia, con motivo de haber dispuesto el Consejo trasladar a Chinandega la capital del Distrito Federal, con cuya disposición no estuvo de acuerdo el Doctor Ugarte, por considerarla impolítica; mas, como el Doctor Matus y yo insistimos en dictarla, el Doctor Ugarte salvó su voto.

Las razones que nos movieron para considerar de toda conveniencia la traslación del Consejo a Chinandega, fueron principalmente, la de tener más libertad de acción, pues, en Amapala el Doctor Ugarte que tenía de su parte a todos los empleados, especialmente a los de telégrafo, se informaba, por este medio, de todas nuestras comunicaciones, de las cuales daba cuenta al Presidente o Gobernador de Honduras, don Policarpo Bonilla, embarazando de este modo la expedición de los negocios, y manteniendo sobre nuestros actos, una especie de inspección extraña, bajo todos conceptos inconveniente. Por

otra parte, el Gobierno seccional de quien podíamos recelar algo, era únicamente el de Nicaragua, pues, el General Zelaya, aunque se mostraba decidido partidario de la Unión, en sus hechos, daba lugar a que se sospechase de su fidelidad. Por ejemplo, al inaugurarse el Consejo Ejecutivo Federal, pedimos a todos los Gobiernos de los Estados, un informe acerca de las fuerzas y elementos de guerra de cada uno, todo lo cual debía estar, desde esa fecha, a cargo del Gobierno Federal, conforme a la Constitución nacional. Pues bien, el General Zelaya nos manifestó en contestación, que Nicaragua tenía sobre las armas, unos 500 hombres, me parece, y que había de policía, como dos mil o más, no recuerdo el número; y, en cuanto al vapor Momotombo, que generalmente era conocido como vapor de guerra, teniendo a su bordo, una fuerte guarnición, y numerosa oficialidad, cañones y otros elementos de guerra, nos informó que dicho navío era un vapor mercante. Varias veces llegó este vapor a Amapala, y al escuchar el toque de sus clarines, decía yo al Doctor Matus, en tono de broma, o de ironía: oiga al mercante, compañero!

Por lo demás, Amapala, como ya lo he apuntado, no ofrecía ninguna comodidad, salvo para el Doctor Ugarte, y temíamos mucho de la insalubridad de la Isla, al ver las playas cubiertas de mariscos en descomposición, que, por lo pronto, debido quizá a



la acción de las lluvias que los lababan, no desarrollaban sus gérmenes infecciosos; mientras que Chinandega, donde se nos espera con entusiasmo, las conveniencias, lo mismo que la razón política, la hacían de una superioridad incontestable.

Varias fueron las disposiciones que se dictaron, tanto para la organización de los servicios administrativos de la nación, como para el afianzamiento del orden, que considerábamos como la primera de las necesidades sociales. Así es, como informados de que entre las fronteras del Salvador y Honduras, había una partida numerosa de mero-deadores y criminales, que mantenían la intranquilidad de las poblaciones, y que eludían la acción de la autoridad, traspasaban la frontera, para no poder ser perseguidos, dispusimos acabar de una vez con esos bandoleros organizados, mandando en su persecución al General Aguilar con una fuerza considerable, la cual, tenía ya rodeados a los malhechores en la montaña del Merendón, donde trataba de darles el golpe de gracia, cuando sobrevino el movimiento de rebelión del General Regalado, por lo cual se ordenó regresar a dicha fuerza, quedando nulificado el laudable propósito del Consejo Ejecutivo Provisional.

El día 14 de noviembre, el Consejo se ocupaba del nombramiento de delegados fiscales, para lo cual, se acababa de designar, a propuesta mía, al señor don Baltasar Cas-

tro por el Estado del Salvador, cuando recibimos un telegrama de San Miguel. Anexo 1. Sucesivamente nos llegaron otros telegramas, que confirmaban la noticia, por lo cual dispusimos inmediatamente, trasladarnos al puerto de La Unión, para atender más directamente a los sucesos. Allí supimos la resistencia organizada por el ex-Ministro del Presidente Gutiérrez, Doctor don Prudencio Alfaro, quien se puso de acuerdo con el General don Salvador Avila, Comandante de Sonsonate, nombrado recientemente por el Consejo, a virtud de renuncia del General don Francisco Salaverría; y allí mismo recibimos del General don Rafael Antonio Gutiérrez telegramas dirigidos de la frontera de Honduras, poniéndose a la disposición del Gobierno Federal.

Hablamos en el acto, con el General don Horacio Villavicencio, por telégrafo a San Miguel, para que nos informase con qué elementos podíamos contar en esa plaza, y él nos contestó, que únicamente había allí unas cajas de parque de rifle Remington, pero que no había más armas que las pocas indispensables de la guarnición, y que en el Cuartel no había quedado ni el cañón de las salvas, pues, el Doctor López, en visita reciente, como Ministro del General Gutiérrez, había ordenado la concentración de todos los elementos a San Salvador. El General Villavicencio nos confirmó, al día siguiente, de palabras, estos informes, ocurriendo a La

Unión, lo mismo que el General Monedero y otros jefes y oficiales, al ponerse bajo las órdenes del Gobierno Federal.

El mismo día que llegamos a La Unión, recibí allí un telegrama del General don Tomás Regalado, informándome que en mi familia no había ocurrido novedad y aprovechando la ocasión, le contesté dándole las gracias y recordándole sus promesas; haciendo al propio tiempo, un llamamiento a su patriotismo para que, por lo menos, limitase los efectos de su movimiento revolucionario al Estado del Salvador, pero manteniendo sus deberes respecto de la Federación, Anexo N° 2. El General Regalado nada me replicó directamente, pero indudablemente mostró mi telegrama a mi hermano Jesús María Gallegos, con quien mantenía íntima amistad, pues, este me dirigió un despacho telegráfico, el día 19 del mismo mes, concebido en los términos siguientes: "La familia, conmigo, desea vivamente regreses pronto, vapor. Tu telegrama del 15 a Regalado, carece de fundamento: acontecimientos obligáronle a obrar ineludiblemente así; siendo Gobierno causa inmediata de los sucesos. Ministros Guerra y Hacienda nombrados, traslación capital Chinandega, remoción Comandantes, medidas todas contrarias a las ofrecidas por Gutiérrez, y anarquía que aquí venía sustituyendo al orden, precipitaron a aquéllos: colocado tú en la misma falsa posición Diputados salvadoreños Ma-

nagua, dominados numéricamente en el voto, hallándonos imposibilitados defender intereses salvadoreños. Vente, pues, con compatriotas que te acompañan, obsequiando deseos nuestro Gobierno, y en particular de la familia y tu hermano, J. M. Gallegos”.

La lectura del anterior telegrama causó la más penosa impresión, tanto por venir de mi hermano mío, el menor de mis hermanos, a quien yo había formado, como por los conceptos en él contenidos. Ni yo había conocido, ni tenía qué ver con los compromisos que pudiera haber contraído el General Gutiérrez; y ya he consignado las razones que se tuvieron en cuenta y la lucha que precedió a las medidas objetadas del Consejo Ejecutivo Provisional, en las cuales siempre fui guiado por el patriotismo más sincero y más leal en pro de los intereses de Centro América, y, especialmente, del Salvador. De los Comandantes de armas, no se removió a ninguno y solamente se nombró por el Consejo al señor General don Salvador Avila, como Comandante del Departamento de Sonsonate, por renuncia que presentó de ese empleo, el señor General don Francisco Salaverría. Probablemente si como sólo nombramos al Comandante de Sonsonate, hubiéramos cambiado a todos los de los demás departamentos, o siquiera los principales, las cosas hubieran ocurrido de otro modo. De la misma manera, en los relatos que dejo consignados, cualquiera puede reconocer, que si algún



voto se sobrepuso en las resoluciones del Consejo Ejecutivo Provisional, éste fué el del Delegado de El Salvador, quien, quizá por su rectitud e imparcialidad, supo atraer siempre a su favor el del Delegado de Nicaragua.

El General Regalado deja comprender en los cargos lanzados por medio de mi hermano Jesús, que entraba en sus miras mantener inalterable la situación militar del país para poder disponer de la de éste, a su voluntad, llegando el momento de las elecciones; y al ver el cambio efectuado en Sonsonate, y, sobre todo, el nombramiento de Inspectores militares, dependientes directamente del Consejo Federal, se anticipó a prevenir que siguiese afirmándose un orden de cosas que podía redundar en daño de sus proyectos, optando, desde luego, por el partido más radical, el de la rebelión, aunque para llevarlo a efecto, tuviera que pasar sobre sus promesas, sobre su buen nombre, y su lealtad. Dejo a la historia justiciera, el fallo sobre mi conducta, lo mismo que sobre la del General Regalado.

Volviendo a los sucesos, aunque la situación se presentaba llena de dificultades para el Gobierno Federal, dispusimos hacer todos los esfuerzos que fuese posible para conjurarlos. Desde que tuvimos las primeras noticias del movimiento de rebelión promovido por el General Regalado, el Gobierno Federal se dirigió a todos los Comandantes

de los Estados de Honduras y Nicaragua, ordenándoles hacer reclutamientos, y dispuso que se alistasen las tropas de los Estados, para lo cual dictó un Decreto solicitando de los Gobiernos de éstos el auxilio necesario para poner sobre las armas cuatro mil hombres en cada uno de ellos, proveyendo a su sostenimiento durante un mes y autorizó a aquellos funcionarios para comprometer, si fuere necesario, la renta federal de aduanas, con el objeto indicado. Los Comandantes de Honduras unánimemente contestaron que se les mandaran fondos de que carecían para cumplir a la orden del Consejo, y éste se dirigió al Gobernador del Estado, excitándolo para hacer efectivo su concurso en todos sentidos, desde luego que el Consejo le ofrecía las facilidades que estaba en su mano prestarle. El Gobernador del Estado don Policarpo Bonilla, insinuó entonces al Consejo la idea de que se le confiriese el mando militar de las fuerzas del Estado, con lo cual creía que su acción sería expedita y eficaz, contando con la adhesión de los jefes militares que estaban acostumbrados a acatar sus órdenes. El Consejo objetó que tal providencia era inconciliable con lo que disponía la Constitución, y que por lo mismo, no se podía acceder a ella: cruzándose al respecto, entre el Consejo y el señor Bonilla varias comunicaciones telegráficas, en las cuales, cada cual insistía en su opinión, hasta que el Consejo, finalmente, dispuso

comunicar a aquél, que solamente podía acceder a sus deseos, si por su parte, depositaba previamente la Gobernación del Estado, en el designado por la ley, para ocupar entonces sus servicios, en concepto de simple militar de la Federación. El Doctor Bonilla manifestó, que se reservaba resolver en su oportunidad, si convenía en hacer el depósito propuesto, protestando, en todo caso, ayudar, en cuanto le fuese posible a la Federación. Entretanto, los Comandantes se escudaban siempre con la cuestión de fondos, pero manifestando acatar las disposiciones del Consejo.

Para vigorizar las operaciones contra el Estado del Salvador, el Consejo Ejecutivo dispuso nombrar al señor General don Terencio Sierra, General en Jefe del Ejército Federal, y éste, al posesionarse de su mando y recibir del Consejo Ejecutivo los informes de la situación, respecto del Estado de Honduras, manifestó, que creía poder contribuir decisivamente, a que dicho Estado y su Gobierno, se pusiesen de lleno, con sus elementos y recursos al lado del Gobierno Federal, y empezó a impartir sus órdenes para reclutamientos, logrando desde luego, que de Choluteca se le mandase una fuercecita como de 200 hombres, al mando del General Maldonado, con 20 cartuchos de dotación, cada uno.

El Doctor Bonilla se manifestó muy complacido por el nombramiento del General

Sierra, y su acción se hizo sentir, cada vez más, en los hechos, hasta llegar a convencerse el Consesjo de que, realmente se hacía, por parte de dicho Estado, cuanto las circunstancias permitían.

Respecto de Nicaragua, el Gobierno, se dirigió igualmente a los Comandantes de armas de Managua, y de Granada, ordenándoles hacer listamientos militares, y partir una batería a Corinto; y comunicó al Señor General Zelaya, Gobernador del Estado, el Decreto en que el Consejo pedía el auxilio de 4,000 hombres, autorizándolo para comprometer, si fuere necesario, la renta federal, a fin de atender a su sostenimiento. Los Comandantes contestaron que no podían cumplir tales órdenes, por no habérselas dado el General Zelaya, que era su Jefe, y éste a su vez, manifestó su extrañeza de que el Consejo Ejecutivo se hubiese dirigido directamente a los Comandantes de armas, aunque indicando al propio tiempo, que se le remitieran fondos en cantidad suficiente para atender al alistamiento de las fuerzas. El Consejo tuvo por lo pronto, que guardar silencio sobre la contestación de los señores Comandantes, tan irrespetuosa como subversiva, atribuyéndola más bien a ignorancia que a malicia; y respecto del General Zelaya, le llamó la atención hacia las disposiciones legales que justificaban las órdenes dadas por el Consejo, excitándole a hacerlas cumplir. El General Zelaya indicó en-



tonces, al Consejo, como medio que conceptuaba seguro para lograr el objeto referido, que se le nombrase General en Jefe del Ejército del Estado, a lo cual se le replicó lo mismo que se había hecho con el Gobernador del Estado de Honduras, que tal disposición no podía adoptarse sin violar la Constitución de la República.

El General Zelaya acogió muy entusiasta el nombramiento del General Sierra, como General en Jefe del Ejército nacional, pero continuando siempre en esquivar el auxilio que se le había pedido, el Consejo se vió en el caso de requerirlo perentoriamente, como las circunstancias lo exigían, solicitando de él una contestación categórica, la cual por lo pronto no se obtuvo de él, que procuró esquivarla, limitándose de nuevo a alegar la necesidad de fondos.

Tales eran las circunstancias en que se encontraba el Consejo Ejecutivo, cuando llegaron al puerto de La Unión, el Doctor don Rafael Severo López, Ministro de la Guerra del Gobierno Federal, y los señores Lcdo. don José Flamenco y don N. Girón, procedentes los dos últimos de la República de Guatemala, quienes inmediatamente se anunciaron por escrito al Consejo, manifestándole ser Agentes confidenciales de su Gobierno y solicitando de aquél una audiencia. Se les recibió el mismo día, habiendo presentado ante todo la nota oficial de su nombramiento; y en la entrevista que con ellos tuvo

el Consejo Ejecutivo, se limitaron a saludar a sus miembros, de parte del señor Presidente de Guatemala, y a manifestar, que cumplida esta formalidad, tenían orden de dirigirse por el mismo vapor que los había traído, al puerto de Corinto, donde debían esperar sus instrucciones. Aunque esta misión se mostraba amistosa, todos los miembros del Consejo la consideramos sospechosa en alto grado, pero no creíamos prudente embarazar su marcha, que continuó el mismo día como se había anunciado. Respecto del Doctor López, se juzgó conveniente mandarlo a Nicaragua, para que informando por extenso al General Zelaya de la situación, procurase decidirlo a dar al Consejo los auxilios que se habían pedido. El 24 de noviembre, el General Zelaya comunicó, que informado de la verdad en la situación del Salvador, había manifestado al Ministro López, las razones que lo obligaban a no poder contribuir a la defensa de la Federación, en lo cual obedecía además, a las inspiraciones de la opinión pública del Estado, manifestada unánimemente aun por la prensa.

Como el Gobernador de Honduras seguía atentamente la conducta del de Nicaragua, y aun excitó al Consejo varias veces, para que procurase que aquella se manifestase con claridad al informarse de lo comunicado últimamente por el General Zelaya, manifestó al Consejo Ejecutivo, que estaba

siempre dispuesto a acatar sus disposiciones; que contaba ya con un ejército como de cinco mil hombres, que estaban movilizándose hacia los puntos de la frontera indicados por el General en Jefe; que había mucho entusiasmo en las tropas, pero que también podía sobrevenir pronto la reacción; y que consideraba, que aunque podía sostenerse allá por mucho tiempo la defensiva, Honduras solo, sin la concurrencia de Nicaragua, tendría al fin que sucumbir en la guerra con El Salvador. Protestando al propio tiempo su sumisión a las disposiciones del Consejo Ejecutivo, indicó la conveniencia de declarar disuelto éste, para que recobrase Honduras toda su soberanía y pudiese enfrentar la situación, bajo la banda federal.

El Consejo deliberó extensamente sobre esta proposición, oyendo al mismo tiempo el parecer del Señor General Sierra, como General en Jefe, y a propuesta de éste se dispuso aplazar la resolución definitiva, indicanda por el Doctor Bonilla, mientras el mismo General Sierra, se dirigía a Nicaragua, a conferenciar con el General Zelaya, y a procurar influir en el ánimo de éste, lo cual tenía por seguro el General Sierra, para que diese al Consejo Ejecutivo una ayuda de mil rifles, que podían ponerse en el acto en mano, con dotaciones respectivas en la cantidad que se juzgase necesario, y, si fuese posible, también, una batería de cañones.

El día 25 en la noche, el General Sierra

salió en efecto, en el vapor Momotombo para el puerto de Corinto, a conferenciar con el General Zelaya, regresando el 26 en la noche, a Amapala. Al llegar tuvimos con él una entrevista, y nos informó que el General Zelaya le había ofrecido los mil rifles pedidos, con una dotación de cincuenta tiros cada uno, y cinco cañones, más mil hombres que quedó de mandar después, mostrándose de este modo bien dispuesto, en favor de la federación, por lo cual, creía que no debía acordarse la disolución del Consejo Federal. El día 27 en la mañana, nos renovó los mismos informes, en el salón del Consejo adonde lo llamamos para conferenciar, y ese mismo día salió de nuevo el Momotombo para Corinto, pues, estaba a la orden del General Sierra, según nos dijo, para traer los elementos de guerra ofrecidos, por lo cual, el Consejo dispuso esperar todavía.

El día 28, el Gobernador de Honduras, Dr. Bonilla, instaba de nuevo por que el Consejo tomase una resolución pronta, pues, estaba gastando \$ 8,000 diarios en las fuerzas alistadas, que llegaban ya a ocho mil hombres, y el General Zelaya no le había dicho nada acerca de sus disposiciones. Se le informó lo que ocurría, y continuamos esperando, hasta en la tarde del mismo día, en que el Delegado Doctor Matus, recibió un telegrama cifrado del General Zelaya, manifestándoles que eran ciertos los ofreci-



mientos hechos al General Sierra, pero que, al regresar a Managua, donde le esperaba el Ministro de Guatemala, Licenciado don José Flamenco, éste le manifestó de parte de su Gobierno, que si Nicaragua no se abstenia de toda intervención contra El Salvador, su Gobierno intervendría a favor de este, contra el de Honduras y la Federación, en cuya virtud, había dispuesto no dar ya los auxilios ofrecidos, y abstenerse de apoyar con las armas a la Federación, la cual, sólo podía conservarse al amparo de la Paz. En vista de tan terminante declaración, el Consejo resolvió declarar disuelta de hecho, la Federación de los Estados Unidos de Centro América, cesando el Consejo Ejecutivo Provisional en el ejercicio de sus funciones, pues no podía aceptarse el sacrificio del Estado de Honduras y las desgracias consiguientes, quedando ella sola fiel al Gobierno Federal. Al propio tiempo, declaramos la responsabilidad, en primer término sobre el General don Tomás Regalado, y jefes rebeldes, y, en segundo, sobre el General don Santos Zelaya y jefes militares de Nicaragua, por no haber cumplido sus deberes para con la Federación. Se ordenó que los documentos del Consejo se mandasen al Gobierno de Honduras, para que los conservase en sus archivos, atendiendo a la conducta correcta que había observado. El acta se firmó a las once de la mañana del día 29 de noviembre, y se comunicó en el acto.— Este documento

redactado por los doctores Matus y Ugarte,

.....  
El mismo día de la disolución del Consejo, ocurrieron dos pequeños incidentes que, aunque insignificantes, me causaron viva sorpresa; y los consigno aquí como final de la narración que dejo hecha, por más que aparentemente, no tengan relación alguna con la Federación. En la tarde del día mencionado, recibí una tarjeta del señor General don Terencio Sierra, convidándome para su matrimonio con doña Carmen Alemán, ese mismo día, en la noche, y solicitando que le sirviese de padrino, en la ceremonia religiosa. Con gusto acepté, concurriendo a la hora señalada a la casa del General, quien suplicó a los concurrentes dispensasen la demora que ocasionaba el no haber llegado todavía el Doctor Ugarte, que también debía servir de padrino. Transcurrió algo más de una hora, en espera de este caballero, y a medida que transcurría el tiempo, se hacía más visible el desagrado del General quien por fin estalló en denuestos e improprios contra el señor Ugarte, revelando tener el concepto más desfavorable de éste, por quien manifestaba el más profundo desprecio.

De acuerdo con el Doctor Matus mandamos un emisario a buscar al señor Ugarte, para encarecerle la urgencia de su llegada, la cual, al fin se efectuó cuando ya se había procedido a la ceremonia; y con algún trabajo, logramos calmar el desagrado del Ge-

neral y que aceptase, aunque de mal grado, las excusas del Doctor Ugarte.

La atmósfera desagradable que había producido el incidente relacionado, se fué despejando poco a poco, y hasta haciéndose simpática, con las copas de champagne y los brindis de felicitación a los recién casados; y hallándonos todos en lo más culminante de estas demostraciones, se me acercó el General de manera misteriosa, y echándome el brazo sobre los hombros, me invitó a acompañarle un momento hacia el interior de la casa, conduciéndome por el corredor hasta llegar a una pieza que había al frente de él, y allí, haciéndome sentar en una hamaca, y sentándose también él mismo, me propuso sin muchos preámbulos, pero con encarecimiento, de parte del General Zelaya, que aceptase la Presidencia del Salvador, ofreciéndome, siempre de parte de aquél, el concurso más completo y eficaz para lograrlo. Tan inesperada proposición me causó viva sorpresa, y aunque sin alcanzar a comprender a qué plan podía obedecer, me asaltaron de momento diversas sospechas respecto de Guatemala y las consideraciones más tristes sobre la condición política de los países centroamericanos, juguetes de las pasiones y de los caprichos de algunos de sus Gobernantes. Por supuesto, rechacé la proposición, de plano, como se me hizo, terminando así este incidente; y pocos días después, regresé al Salvador, lleno de desengaños y de de-

cepciones, que me han producido la convicción de que, las ambiciones y las intrigas de los Gobernantes de Centro América, son el principal obstáculo para la reconstrucción pacífica de la Nacionalidad, la cual, sólo podrá obtenerse y ser sostenida por la fuerza.

A mi regreso al Salvador, supe del pronunciamiento efectuado desde el 14 de noviembre en la noche, en el Cuartel del Palacio, o sea de la primera Brigada, del cual había sido Comandante el General Regalado, entonces al mando del General Jacinto Castro, y del Coronel Francisco Gómez, Mayor del Cuerpo; de la actitud leal y resuelta del Capitán Juan Amaya, en el Cuartel del Zapote, en favor del Gobierno Federal; de la salida ridícula del General Gutiérrez, de esta capital, a pié, haciéndose acompañar, de paso, del General don Ricardo Moreira, quien salió en ropas menores; de la adhesión que protestó al General Regalado, en unión de otros Jefes militares, el General don Francisco Hurtado, a quien el Consejo había mandado recientemente de Amapala con el carácter de Inspector militar de la Zona de Occidente; de los incidiosos halagos y de las amenazas que el Doctor don Eugenio Araujo, Ministro General del General Regalado, hizo a mi esposa, para que influyera en mi ánimo, a fin de abandonar la Federación y dejar campo libre a los traidores. En fin, de muchas otras cosas me informé, que dan una triste idea de lo que vale para algunas



personas el patriotismo, ante los atractivos de la riqueza y del poder. Ambiciosos vulgares, que deben ocupar lugar prominentes en la picota de la historia.

#### ANEXO N° 1.

*Un telegrama de Sr. Miguel, concebido en los términos siguientes:*

San Miguel, 14 de Noviembre 1898.

Consejo Federal:

Parece que el General Regalado ha tomado los cuarteles en San Salvador, pues el Dr. Eugenio Araujo, comunica al General don Fermín Velasco, a Sensuntepeque, estar al lado del General Regalado en la capital y ordenando a los Clubs se reconcentren a Cojutepeque en donde, según dicen hay 12,000 hombres y 3,000 en la capital. Se necesita poner el ejército en pie de guerra. El General Villavicencio está conmigo. Sería bueno mandar armas y municiones a La Unión y ordenar para el desarrollo de las operaciones. Su afectísimo, P. Aguilar.

#### ANEXO N° 2.

He aquí el telegrama a que me refiero:

“De La Unión, Noviembre 15, 1898.

Sr. General don Tomás Regalado,

San Salvador.

Agradezco a Ud. mucho el informe que me da de mi familia. Siento que no haya sido sincero conmigo en las conferencias que

celebramos, y que, debido en gran parte, a esa circunstancia, me coloque ahora el deber en una línea enteramente opuesta a la que Ud. sigue. Confié en las ideas que me manifestó y en su cordura. Los hechos me demuestran que aquellas no correspondían a sus verdaderos propósitos o que han extrañado su buen juicio. En todo caso, apelo todavía a su amistad para que haga cesar o que a lo menos atenúe el escándalo que se está dando ante el mundo, procurando en cuanto le parezca conveniente, que se concilie su actitud y sus disposiciones con lo que el deber le impone hacia el Gobierno de la Federación. Su Affo., Salvador Gallegos."

#### CONFERENCIAS DE PAZ EN SAN JOSE DE COSTA RICA

El año de 1907 fué fecundo en acontecimientos políticos de gran trascendencia para Centro América, amenazando al principio producir una conflagración de todas las Repúblicas, con motivo de la expedición armada que el Gobierno de Nicaragua lanzó sobre el Puerto de Acajutla y plaza de Sonsonate, y resolviéndose al fin, en las Conferencias de Paz celebradas en Washington por Delegados de todos los Gobiernos centroamericanos. Preparaba yo un viaje a San Francisco Cal., con el objeto de ver a mi hijo Fernando que permanecía allá enfermo, desde hacía algunos años, y aunque el señor Presidente, General don Fernando Fi-

gueroa se empenaba en que fuese a Costa Rica, donde estaba acreditado como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, desde el mes de septiembre del año anterior, tomé el primer vapor de julio, en unión de mi hijo Salvador, para realizar mi propósito de familia, ofreciendo al General Figueroa regresar cuanto antes y seguir inmediatamente a Costa Rica. Pero, no contaba, como dice el dicho, con la suegra, pues, al fondear en San José de Guatemala, recibí, por medio del Comandante del Puerto, un saludo que me dirigía el señor Presidente, Lcdo. don Manuel Estrada Cabrera, invitándome además aquel funcionario, para saltar a tierra, lo cual efectué cediendo a sus instancias. Me hallaba en el hotel, de San José, cuando se me presentó el señor Ministro de Relaciones Exteriores del Supremo Gobierno presentándome una carta del Sr. Presidente, la cual conservo, y que dice: "Guatemala, 8 de junio de 1907.—Sr. Doctor don Salvador Gallegos.—Puerto de San José.—Distinguido señor y amigo: Pasa mi amigo, el señor Ministro Licenciado don Juan Barrios M. a darse el placer de saludar a Ud. en mi nombre y a expresarle también mis deseos por su buen viaje y feliz éxito en su misión. El le expresará asimismo, todos mis afanes por la paz de Centro América, y no dudo que Ud. se servirá acoger al señor Barrios M. con la consideración con que siem-

pre ha distinguido a su afectísimo servidor y amigo.—M. Estrada C.

Mi sorpresa ante esta misiva y ante la persona que me la presentó, fué muy grande y me hizo concebir la sospecha de que el General Figueroa se hubiera entendido por telégrafo, con el señor Presidente de Guatemala para frustrar mi viaje a San Francisco, adonde no llevaba misión alguna sino únicamente el encargo de conseguir, si fuese posible, algún vaporcito propio, según nuestras condiciones económicas, para prevenir nuevas expediciones piráticas de parte del Gobierno de Nicaragua, como la efectuada en Acajutla, por el vapor Mcmotombo. El señor Barrios, estuvo muy atento y obsequioso, y asegurándome que bien podría hacer un corto paseo a Guatemala, pues el vapor tardaría el suficiente tiempo en San José, me hizo resolverme a corresponder a sus deseos, tomando inmediatamente el tren. Se me recibió allá, espléndidamente, conduciéndome al Gran Hotel, como huésped del señor Presidente, y en la misma noche de mi llegada, se dió en mi obsequio una comida en dicho establecimiento, habiendo invitado para ella, el Ministro de Relaciones, en nombre del señor Presidente Constitucional.

Muy temprano del día siguiente, tuve una entrevista con el señor Presidente, quien se empeñó vivamente en comprometerme para desistir de mi viaje a S. Francisco, juzgando del mayor interés que fuese desde luego



a Costa Rica. Hablamos extensamente de la situación de Centro América en especial de la tirantez de relaciones entre El Salvador y Nicaragua a consecuencia de la expedición que lanzó el General Zelaya sobre Sonsonate, y mostrándose el señor Cabrera como amigo y aliado del Salvador, me manifestó que hacía causa común con él, y que concurriría con sus elementos y recursos a vindicar el ultraje que se le había causado. Tanto insistió el señor Presidente Cabrera en la conveniencia de mi viaje a Costa Rica, que al fin me ví obligado a empeñar mi palabra: mi equipaje se pidió por telégrafo y se arregló mi expedición, por la vía de Puerto Barrios y Limón, para lo cual se contrató la llegada del vapor Elena, frente a Puerto Barrios, saliendo de Guatemala, el día 11 de julio, en unión del señor don Víctor Sánchez Ocaña, nombrado Agente Confidencial del Gobierno de Guatemala. Tomamos un tren expreso en El Plantón, llegando el día 12 a Zacapa, de donde salimos el día siguiente, en tren expreso, hasta llegar a la milla 3, donde nos separamos de la vía férrea, tomando bestias que allí estaban listas esperando para conducirme a Santo Tomás. De este Puerto salimos el 14 a Livingston, donde permanecemos hasta principios de agosto, a causa de haber pasado el vapor Elena, sin advertir las señales convenidas, lo cual ocasionó una notable demora que aprovechamos para expedicionar por el río

Dulce hasta llegar a Izabal, admirando las ruinas del antiguo fuerte San Felipe y los numerosos bananales que se cultivan en el litoral. De Livingston, regresamos a Zapapa, pasando por Puerto Barrios, en espera de algún vapor y el señor Presidente de Guatemala, mandó a ese lugar a su Ministro de Relaciones para que arreglara todo lo relativo a mi demorado viaje, hasta que al fin, el día 8 de agosto llegué por Puerto Limón a San José de Costa Rica.

Se produjo notable ansiedad a mi llegada a dicha República, temiendo quizá que les llevase el contagio revolucionario en que se hallaban envueltas las demás de Centro América, alterando así su modo de ser fundamental. Costa Rica es una República centroamericana casi solamente por su situación geográfica y por haber sido una de las Provincias del antiguo Virreynato de Guatemala, durante la dominación española; mas, en realidad, su población, de raza homogénea, sin indios primitivos —salvo los guatuzos y talamancas, que casi se han conservado en estado salvaje,— sin mezclarse con los habitantes de las poblaciones; y, sobre todo, sus costumbres, su sobriedad y amor al trabajo, que se armonizan perfectamente con las prácticas de un Gobierno de leyes, de conducta transparente y respetuoso de las libertades y derechos de los asociados, difieren tanto de las condiciones de los demás pueblos centroamericanos, que

bien podrían asegurarse que apenas tiene con ellos puntos de contacto, o afinidades especiales, siendo muy débil la solidaridad de sus intereses.

Inmediatamente fui visitado por las personas más distinguidas y por los miembros más señalados del Gobierno tratando todos de inquirir cuál era la situación, y sobre todo, si debía abrigarse algún temor de que se alterase el orden en aquella República, o de que se tratase de complicarla en el conflicto centroamericano que se veía en ciernes. De mi parte procuré tranquilizar a todos, en mis conversaciones y reportajes de prensa, donde sin desconocer ni negar que la conducta del Gobierno de Nicaragua respecto del Salvador constituía un caso de guerra, a la cual podía llegarse si se agotaban infructuosamente los medios pacíficos para obtener una satisfacción, siempre hacía resaltar que mi Gobierno amaba la paz y deseaba no tener necesidad de emplear sus elementos y recursos contra el de Nicaragua, por lo cual, había dispuesto que permaneciese en esa República, donde reinaba siempre una atmósfera propicia a sus sagrados intereses, y donde podrían sin duda alguna encontrarse los medios más a propósito para que se restableciese y afianzase en las demás Repúblicas del Centro.

Desde el principio pude comprender que se hacía justicia a El Salvador y que se condenaba severamente la conducta del Gobier-

no de Nicaragua, quien con la invasión efectuada sobre Acajutla y Sonsonate, había roto brutalmente los arreglos de paz celebrados recientemente en Amapala, e inferido una grave ofensa a aquel Gobierno; y después de algunas conferencias que tuve con el señor Presidente Lcdo. don Cleto González Víquez sobre el particular, este alto funcionario, reconociendo que era inevitable un conflicto armado si no se satisfacía de algún modo al Gobierno del Salvador; y deseando por otra parte aprovechar la favorable disposición en que éste se encontraba para obtener por medios pacíficos la satisfacción que le era debida, me indicó el pensamiento de aprovechar la idea que se iniciaba a la sazón en Washington y en los Estados Unidos Mexicanos de invitar a las Repúblicas Centroamericanas para establecer bajo su égida, bases permanentes de una paz duradera, arreglando antes las diferencias que pudiera haber entre ellas, de una manera pacífica y conciliadora. Aunque no me inspiraba entera confianza el medio propuesto, no obstante que no tenía motivo para desconfiar de la política de los Gobiernos Norteamericano y Mexicano, que siempre la consideré desinteresada, o más bien sinceramente interesada, pero sólo en beneficio de la paz, acepté el pensamiento, conviniendo con el señor Presidente, en que éste se dirigiera al Ministro de Costa Rica en Washington, dándole instrucciones que él había pedido,



para constatar afirmativamente, por parte de su Gobierno, la iniciativa hecha por aquellos al respecto indicado.

Entretanto, se propagaba en Costa Rica el rumor de que la conducta del General Zelaya, Presidente de Nicaragua, en el incidente de Acajutla, obedecía a un plan de unión centroamericana, que aquél acariciaba, para llevarla a efecto por la fuerza de las armas, y al propio tiempo me llegaban noticias procedentes de Guatemala, confirmando y ampliando, de modo increíble esos decires, e informándome del fracaso de tan descabellados proyectos. De lo primero se hizo portavoz autorizado el señor don Federico Mora, quien, en una hoja suelta publicada el día 11 de agosto, a propósito de mi llegada y la del señor don Víctor Sánchez Ocaña, manifestaba los siguientes conceptos “No conocemos el objeto de la misión que traigan los señores Gallegos y Sánchez Ocaña, pero creemos probable que ella se relacione con la crítica situación en que se hallan las Repúblicas del Salvador y Guatemala, respecto de la de Nicaragua, situación que no puede ni debe prolongarse, porque ella afecta gravemente el bienestar y el buen nombre de toda la América Central”...

“Cuando un ideal se enseñorea del cerebro de un hombre, lo convierte en una individualidad benéfica o nociva, según que ese ideal sea noble, levantado, o bien rastrero y bastardo”.

“Si Zelaya fuera hombre capaz de concebir un ideal generoso y desinteresado; si fuera capaz de dirigir la gestión de los asuntos públicos con serenidad y templanza, Nicaragua no habría llegado al último punto de oprobio y de infortunio en que hoy se encuentra. ¿Es este el gobernante ideal que sus partidarios desean para Centro América?”

“La ambición desmesurada de poder y de riqueza, que caracteriza a Zelaya, es una obsesión que lo ha convertido en una amenaza continua contra la paz y bienestar de estas naciones. Ese delirio insano lo indujo a lanzar contra El Salvador un ejército reclutado en los presidios de Nicaragua, cometiendo un atentado, que el mundo civilizado ha mirado con indignación”.

“Proclamar la teoría de que la Unión de Centro América debe llevarse a cabo, aunque para ello sea necesario cometer crímenes de lesa humanidad, es canonizar principios de disolución y escándalo, y hacer aparecer a estos pueblos como hordas salvajes, indignas del bien supremo de la autonomía”.

“Los pueblos de Centro América están tan íntimamente ligados entre sí, que los errores que cualquiera de ellos cometa, afectan hondamente la reputación y el buen nombre de los demás. Las cinco Repúblicas bogan en la misma barquilla, y juntas deben flotar o hundirse”.

“La conducta atrabiliaria, desleal y agresiva de Zelaya contra las demás Repúbli-

cas hermanas, constituye un problema que demanda pronta solución. Esto pide la paz de Centro América, esto exige el buen nombre de estos pueblos, seriamente comprometidos ante las naciones civilizadas por los excesos del mandatario nicaragüense”.

Respecto de los proyectos del General Zelaya, en relación con las Repúblicas del Norte, persona autorizada, me escribía, de Guatemala, con fecha 15 de julio, lo siguiente:

“Parece que el *Tío Sam* quiere que México saque las castañas del fuego. Sucede que el Sindicato o Factoría Americana que ha formado Zelaya en la Costa del Bluefields, introduce actualmente en México intrigas para la Unión Centroamericana, con Zelaya en cabeza. Esta Factoría o Sindicato ha recibido del Gobierno de Nicaragua QUINCE MIL CABALLERIAS, “como base de capital y de futuras grandezas”; es decir, Zelaya, para su intentona de dominar a Centro América, no ha vacilado en disgregar el territorio de Nicaragua, en favor del enemigo común; y luego, con un cinismo pasmoso, se quiere exhibir como contrario al yankee, amenazándolo hasta con hacer alianzas con el Japón, a efecto de que el Mikado costee el canal por Nicaragua, en competencia con los Estados Unidos; y esto precisamente en momentos que sus Agentes en los EE. UU. piden de rodillas el Protectorado para la Unión, haciéndola por medio del Gobierno mexicano!!”

En carta de 18 del mismo mes, y como complemento de la carta expresada, me dice el mismo sujeto, refiriéndose a los trabajos de Unión emprendidos por los agentes del General Zelaya, lo siguiente:

“Escrita mi anterior, he sabido, por el señor Presidente Estrada Cabrera, leyéndome sus comunicaciones, que el señor Gámez recibió CALABAZAS en las gestiones que hacía en México. El señor Presidente Díaz le desaprobó la conducta del General Zelaya, y la misma repulsión obtuvo en Washington, tanto que el Ministro de Nicaragua, señor Corea salió para Europa. Está pues, derrotado el Presidente Zelaya en Chapultepec y en Washington. Actualmente, ya podemos apreciar también, hasta en sus últimas consecuencias, lo que costó al General Zelaya su conducta dudosa respecto de Estados Unidos, y sobre todo, sus sospechosas relaciones con los japoneses.

Respecto del asunto principal que motivaba mi permanencia en Costa Rica, además de haber podido apreciar la opinión de aquella República y el sentimiento favorable que predominaba hacia El Salvador, la correspondencia que recibí de esta República, me reveló al mismo tiempo la disposición en que se hallaba el Gobierno del General Figueroa, de entero acuerdo en el propósito de exigir una satisfacción por la ofensa recibida en la invasión de Acajutla, y en el de procurar después, un arreglo perma-



nente de paz, entre las Repúblicas de Centro América. Así lo deduje de la carta del señor Presidente, fecha 28 de julio, 1907, en la cual, entre otras cosas me decía. “El señor Sánchez propuso en México, fueran sometidas al arbitraje del señor General Díaz las dificultades pendientes con Nicaragua. De aquí se contestó que el ultraje a nuestra honra por la ruptura inopinada del Pacto de Amapala, hecho que está en la conciencia de todas las naciones cultas, era un punto que no admitía discusiones y no podía ser objeto de un laudo arbitral; pero, en consideración a la honorabilidad y buenas relaciones con el señor Presidente Díaz, se aceptaba que este alto dignatario resolviera la forma y modo de la reparación de la ofensa inferida y se le admitía como mediador, para llegar, después de la satisfacción exigida, a un arreglo sólido de paz entre todas las Repúblicas de Centro América. El señor Sánchez se negó a aceptar nuestras condiciones y con ello, todo ha terminado”. “Aquí seguimos preparándonos para toda eventualidad, de tal manera que nuestro nombre ocupe siempre, el mismo alto puesto que siempre ha tenido. Puedo asegurarte que todo estará listo muy pronto y que nuestro honor nacional quedará ileso”.

En carta del 3 de septiembre el General Figueroa, entre otras cosas, me decía: “Ya esperaba yo que tu llegada produciría inquietud, pues, conozco las ideas y tenden-

cias de esa República. La conducta que has observado merece toda mi aprobación y se halla a la altura de tu habilidad y competencia". Desde que llegó aquí el vapor de guerra, no se ha vuelto a saber que la INVENCIBLE de Zelaya se acerque a nuestras costas. Ya ves que entre nosotros, hasta en esta materia hay mucho platonismo. "Por los cables que ha recibido ese Gobierno y por el que te puse hoy, vía New York, sabes ya que se reunirá una Conferencia Centro Americana para el arreglo de las dificultades y el afianzamiento de la paz. Esta conferencia es de grandísima importancia para el porvenir de estos países y mucho te agradecería me dijeras qué es lo que piensas tú sobre esto. Aunque no dudo que la Conferencia tenga buen resultado, creo conveniente permanezcas en ésta, en previsión de cualquier evento y para influir en ese Gobierno en favor de nuestros intereses, que, como comprendes, son los intereses de los pueblos centroamericanos". Los conceptos anteriores me tranquilizaron respecto de lo convenido con el señor Presidente González Víquez, aunque en el intervalo, habían ocurrido otros acontecimientos, relacionados con el mismo asunto, los cuales paso a referir.

Desde fines de agosto se anunciaba públicamente en Costa Rica, que el Gobierno de Nicaragua mandaba a dicha República, un Agente Confidencial cuya verdadera misión

era vigilarme e informar a su Gobierno de lo que averiguase tocante a mis gestiones; y efectivamente, a principios de septiembre, llegó al mismo hotel en donde me hallaba hospedado el señor Doctor don Rodolfo Espinosa, agente del General Zelaya, quien inmediatamente visitó al señor Presidente y se le veía rodeado constantemente de algunos nicaragüenses y por el señor Presidente supe que llegaba como Agente Confidencial de Nicaragua, y aunque nada había manifestado en sus dos primeras visitas que revelasen el objeto de su misión el señor Espinosa era un médico distinguido y un joven bajo todos conceptos apreciable, lo cual se revelaba en su porte y en sus maneras. Me agregé, además, aquel funcionario, que dicho señor se manifestaba muy deseoso de que cesase la situación anormal en que se hallaban los Gobiernos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, haciendo temer que se llegase a un conflicto armado; manifestándose decidido partidario de la paz, e intérprete, en este sentido, de las ideas dominantes en su Gobierno. El señor Presidente, al manifestarme sus impresiones a este respecto, consultó mi parecer, sobre si no sería una circunstancia que pudiéramos aprovechar, la llegada del Agente de Nicaragua, para procurar con él algún arreglo de las dificultades pendientes, llegando así a una situación de paz; y juzgando que, en realidad, eran propicias las circunstancias para

procurar por algún medio poner término, en familia, a las dificultades, acepté que se iniciase con el señor Espinosa, una serie de conferencias, bajo la amistosa mediación del Gobierno de Costa Rica, si por su parte el Gobierno de Nicaragua mandaba u ofrecía mandar al señor Doctor Espinosa, credenciales que le acreditasen como Plenipotenciario, para tratar con el Ministro del Salvador, dándole además las instrucciones correspondientes. El señor Presidente acogió mis ideas, estimándolas correctas, y por telégrafo se aseguró de su aceptación de parte de Nicaragua; y seguro de que se cumpliría mi condición, formuló su mediación en debida forma, invitando al doctor Espinosa y a mí, para iniciar cuanto antes nuestras conferencias, bajo la presidencia del señor Ministro de Relaciones, Lcdo. don Luis Anderson. Así se verificó, desde el día 12 al 17 de septiembre, y, para abreviar esta relación, tomo de la Memoria del expresado señor Ministro el Protocolo relativo a estas conferencias, malogradas desgraciadamente, en los precisos momentos en que me prometía alcanzar el mejor éxito, según se verá en la última acta levantada a este respecto.

Agrego que, entre mis borradores relativos a las conferencias celebradas con el Dr. Espinosa, he encontrado uno que me parece de alguna importancia y que no figura en el Protocolo publicado por el señor Ministro Anderson. Sea que a última hora no se



haya tomado en cuenta o que se haya extrañado después, me parece conveniente reproducirlo aquí, siendo su tenor literal como sigue: "San José, septiembre 19 de 1907— Señor Ministro: La Legación del Salvador hace presente, con todo respeto, a V. E., que desde el día trece del corriente, El Honorable señor Doctor don Rodolfo Espinosa se dirigió por telégrafo al Gobierno de Nicaragua, preguntando si el Convenio secreto de que ha hecho mérito, fué firmado o no por Mr. Phillip Brown, Encargado de Negocios de los EE. UU. ante los Gobiernos de Honduras y Guatemala; y que el hecho de no haber recibido hasta hoy respuesta alguna, lo considera como señal evidente de que el Representante americano no intervino en dicha estipulación, pues, de otra manera, no se explica ese silencio, estando expedita, como lo está la comunicación telegráfica con esta República y tratándose de un asunto de tanta importancia. Corrobora, esta conclusión, la circunstancia de que, dada la alta e indisputable honorabilidad del Gobierno americano y el respetuoso interés que siempre ha manifestado por la soberanía e independencia de los pueblos centroamericanos, no se concibe que hubiera interpuesto sus buenos oficios y su autoridad moral, como lo hizo en el Tratado de Amapala, si esta importante estipulación se hallase ligada o hubiese de quedar sujeta a un Convenio secreto, en que se menoscaba evidente-

mente y aun se ultraja la soberanía del pueblo hondureño. El Gobierno americano no podía patrocinar una causa semejante, sin desvirtuar su propia autoridad, y rebajar su buen nombre del elevado concepto de que disfruta, como representante de una Nación civilizada. Agrega la Legación del Salvador que, si bien, juzgando que en todo terreno tiene que resplandecer definitivamente la justicia y la verdad, ha mantenido hasta hoy la discusión, limitándose a combatir el argumento propuesto por el Honorable señor Doctor Espinosa, para explicar la invasión de Acajutla y Sonsonate, por la violación del Convenio secreto y en consecuencia del Tratado de Amapala, de parte del Salvador, quiere que por lo menos conste en el acta, que desde en la primera discusión que tuvo lugar ante V. E. la noche del 12 del corriente, hizo presente que, a raíz de la invasión de Acajutla y Sonsonate, se dieron dos explicaciones distintas, de carácter oficial, para justificar la conducta del Gobierno de Nicaragua; una, por su Ministro de Relaciones, señor don Dolores Gámez, en la capital de México, atribuyéndola a haberse apoderado los emigrados salvadoreños del Vapor Momotombo, según lo publicó la prensa de aquella República, y otra por el mismo Gobierno de Nicaragua, al Cónsul General de los EE. UU. señor Olivares, fundándola en el deseo de efectuar la unión centroamericana, de cuya idea se consideraba como uno

de los caudillos principales al Doctor don Prudencio Alfaro; estimando que la ocasión era propicia y aun dando a entender que se contaba con la cooperación del Gobierno de México, lo cual motivó una rectificación del Embajador de dicha República en Washington, según lo ha publicado en sus cablegramas la Prensa Asociada. Sobre tan diversas explicaciones del mismo hecho, el Honorable señor Espinosa ha guardado absoluto silencio, lo mismo que acerca del hecho respecto del cual le interpeló el Plenipotenciario salvadoreño, en la misma sesión, de que, entre las fuerzas que condujo el Momotombo para la invasión de Acajutla, figuraban cien presidiarios de las cárceles de Managua. Todo esto conduce a demostrar, a juicio de la Legación del Salvador, que la invasión de Acajutla y Sonsonate, efectuada y confesada por el Gobierno de Nicaragua, no admite explicación alguna que la justifique, y constituye en sí misma y por las circunstancias en que se efectuó, una grave ofensa inferida al Pueblo y Gobierno del Salvador quienes demandan, con justicia, una satisfacción y reparación.

Concluye la Legación del Salvador pidiendo que la amistosa mediación del Gobierno de Costa Rica, se dirija en lo sucesivo a escogitar los medios que juzgue más a propósito para que esa satisfacción y reparación se efectúen de la manera más equitativa y fraternal, a fin de que renazca entre los Go-

biernos del Salvador y Nicaragua, la cordialidad de sus amistosas relaciones.— Salvador Gallegos.— Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores, Pte.”

¿Cuál haya sido el verdadero motivo de que el General Figueroa dispusiese que en el acto suspendiera las conferencias con el Doctor Espinosa, no lo sé con seguridad, mas, a mi juicio, aquél se juzgó comprometido a someter el asunto a las determinaciones de las Conferencias de Washington, en virtud de haber aceptado la invitación respectiva y de haberse firmado el mismo día 17 de septiembre el Protocolo preliminar de ellas. Sea de esto lo que fuere, yo recibí gran contrariedad, y la tuvo también el Gobierno de Costa Rica, que tanto empeño tomó por que se arreglase bajo su mediación, el incidente, en el cual me prometía ya un triunfo completo, desde luego que la ofensa hecha al Salvador era manifiesta, en toda su gravedad, y se hallaba confesada por la parte contraria, sin que se hubiese podido establecer la excepción con que se pretendía excusarla, que era la infracción de un tratado secreto que hacía parte integrante del Tratado de Amapala, habiéndose comprobado más bien lo contrario, desde luego que el Representante americano, bajo cuya mediación se había celebrado dicho Tratado, no había suscrito el referido pacto, así como lo hizo respecto del Tratado celebrado.

Cerradas las conferencias, el señor Pre-



sidente Lcdo. don Cleto González Víquez, en quien veía reanimarse los mejores deseos de llegar a un arreglo pacífico de las dificultades y a procurar se estableciesen firmes bases de una paz permanente y digna, me instó para que aceptase la Delegación del Salvador en las próximas conferencias que debían celebrarse en Washington, sobre lo cual, él se entendería con el Gobierno del Salvador, y dispuso que desde luego me ocupase con el señor Lcdo. Anderson, a quien se proponía designar por su parte para la Delegación de Costa Rica, en formular las bases que juzgásemos a propósito para que sirviesen de instrucciones uniformes a ambas Delegaciones. Accedí a la palabra insinuante y amistosa del señor Presidente de Costa Rica, y celebré efectivamente dos entrevistas con el Lcdo. Anderson, discuriendo largamente sobre las causas más generales que ordinariamente producían la perturbación del orden en las Repúblicas Centroamericanas, para procurar en lo posible extirparlas o contrarrestarlas siquiera, insinuando por mi parte, desde en esa oportunidad, la conveniencia de declarar neutral el territorio de Honduras, y la de establecer alguna autoridad que velase por el cumplimiento de las estipulaciones que se adoptasen, a fin de procurarles una sanción efectiva indicando para este último objeto, la acción colectiva de los diplomáticos centroamericanos que deberían establecerse en

alguna de las Repúblicas interesadas. El Lcdo. Anderson acogió con simpatía el pensamiento relativo a la neutralidad del territorio hondureño, mas, en cuanto a los Plenipotenciarios a quienes proponía yo investigar hasta cierto punto de atribuciones judiciales, el señor Anderson me manifestó lo ineficaz que sería tal medida, recordándome el fracaso de esta idea, en el Congreso de Panamá, convocado por el Libertador Bolívar. Por lo demás, conforme al Memorandum formulado por el Lcdo. Anderson, convenimos en que las causas que ordinariamente influyen en las perturbaciones que han mantenido en agitación a los pueblos centroamericanos, son principalmente: los trabajos de los emigrados, la inobservancia del principio de alternabilidad en el poder y la falta de garantías suficientes para el ejercicio de los derechos individuales.

No teniendo otra cosa de qué ocuparme en Costa Rica, aproveché el generoso ofrecimiento del Ministro americano Mr. Merry para regresar inmediatamente al Salvador, a bordo del Crucero americano Albany, que me condujo en dos días al Puerto de Acajutla. Inmediatamente di cuenta al Supremo Gobierno del cumplimiento de mi misión, en los términos siguientes:

San Salvador, octubre 8 de 1907.—Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Supremo Gobierno.—Presente.—Sr. Ministro: Honrado por el Gobierno de la República

con el elevado carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno de Costa Rica, desde en el mes de septiembre del año próximo pasado; y habiéndose dispuesto últimamente que pasase a dicha República donde se juzgase conveniente mantener y fomentar lo más posible las relaciones cordiales que felizmente se hallan establecidas con El Salvador, al propio tiempo que procurar por su perfecta inteligencia sobre los intereses de la paz y los mejores medios de asegurarla de una manera permanente en Centro América, buscando una solución honrosa a las dificultades que han sobrevenido últimamente con el Gobierno de Nicaragua, cumpla con el grato deber de informar, por el digno intermedio de Ud. al Supremo Gobierno de la República, acerca del resultado de mis gestiones, en el cual espero se sirva contemplar principalmente, la decidida y eficaz cooperación del ilustrado Gobierno de Costa Rica, quien con el más elevado y patriótico criterio, ha podido pesar la situación política de la América Central, en los difíciles momentos que atraviesa, prever las nuevas complicaciones que podrían surgir, alejando a nuestras Repúblicas de los justos anhelos que abrigan por su tranquilidad y bienestar y finalmente, ejercitar su acción, de modo altamente benéfico y siempre de entero acuerdo con la Legación confiada a mis modestos esfuerzos, para lograr que se conjure el peligro in-

minente de llegar a un conflicto armado entre El Salvador y Nicaragua, procurándole una solución honrosa, y que, despejada la situación de las repúblicas centroamericanas, pudiesen congregarse y establecer entre sí bases permanentes de paz, bajo una garantía moral que asegure su firmeza y estabilidad. Debo ante todo, consignar en este informe, que mi llegada a Costa Rica, se esperaba ya con ansiedad, para formar concepto de la trascendencia y alcance que podía tener la repentina y reciente invasión efectuada por fuerzas del Gobierno de Nicaragua, sobre las indefensas plazas de Acajutla y Sonsonate, hecho que, verificado a raíz de los arreglos de paz que se celebraron en el Puerto de Amapala, no tenía explicación satisfactoria, y había sido conocido con tanta sorpresa por el Gobierno de Costa Rica, como con general indignación de parte de la sociedad de dicha República. El pueblo costarricense, en quien el sentimiento de la paz se halla tan profundamente arraigado, se sentía como amenazado de un peligro próximo, ante las complicaciones que pudieran sobrevenir de un acontecimiento de tan marcada gravedad, y el ilustrado Gobierno de aquella próspera República, que se halla del todo identificado con su pueblo, y que considera esa paz como la primera de las necesidades a que tiene que atender, se preocupaba con razón de las dificultades sobrevenidas, recibiendo con señalada atención y



marcado interés, a la Legación Salvadoreña. Ante las explicaciones que dí desde mi llegada, de una manera oficial, lo mismo que por la prensa y en los numerosos círculos que me rodearon, el Gobierno lo mismo que la opinión pública pudieron formar concepto exacto, tanto de la actitud enérgica en que se hallaba el pueblo y Gobierno del Salvador para vindicar su dignidad ultrajada, como de la disposición que prevalecía en sus consejos, de aprovechar cualquier oportunidad que se le presentase para obtener por medios decorosos y humanitarios, la satisfacción a que creía tener derecho perfecto antes de resolverse a exigirla por las armas, arrojando las funestas consecuencias de la guerra. Tan liberal propósito, calmó desde luego la justa ansiedad del pueblo pacífico de Costa Rica y sugirió al ilustre Magistrado que preside sus destinos y a su ilustrado Gabinete, la idea de iniciar ante el Gobierno Americano, el pensamiento que ya se agitaba en aquella Cancillería y en la de los EE. UU. Mexicanos, aunque sin forma definida de convocar a los Gobiernos Centro Americanos, para establecer, bajo la garantía de dichas Naciones, bases permanentes de una paz duradera, arreglando antes de la manera más prudente y conciliadora que fuese posible, el incidente de la satisfacción reclamada por el Gobierno del Salvador. Se me propuso desde luego esta solución, invitándome a esperar su resultado, y

aunque sin gran fé en el éxito, por encontrar muy dudoso que por este medio pudiera obtenerse la solución que se deseaba, sobre el incidente ocurrido entre El Salvador y Nicaragua, acepté que se adoptase la generosa iniciativa del Gobierno de Costa Rica, en el sentido indicado, la cual si bien no condujo a una resolución inmediata, sobre la ofensa inferida al Gobierno de El Salvador, tuvo sin embargo la ventaja de interesar definitivamente a los Gobiernos Americano y Mexicano, en el arreglo de bases permanentes de paz entre los Gobiernos de Centro América, y de que se adoptase como obligatorio, someterse a su decisión arbitral, antes de llegar a las Conferencias de paz, todas las cuestiones pendientes entre ellos, que pudieran estorbarlas. No tenía todavía conocimiento de estos resultados cuando el 2 de septiembre supe que acababa de llegar a San José de Costa Rica, el señor Doctor don Rodolfo Espinosa, Agente Confidencial de Nicaragua, y que se manifestaba ansioso de que se arreglase con el de El Salvador la paz, que era el desec más vehemente de su Gobierno y de su país. De nuevo el Excmo. señor Presidente de Costa Rica, que seguía tomando empeño afanoso por ver asegurado ese beneficio en las demás secciones centro-americanas, aprovechó la oportunidad que se le presentaba de la llegada del señor Espinosa, joven de sanas ideas y de levantados sentimientos, para invitarlo a que solicitase

instrucciones y credenciales que le permitiesen tratar con el Representante de El Salvador, bajo su mediación, sobre los medios de dar solución satisfactoria a las dificultades pendientes entre esta República y la de Nicaragua; y obtenida la seguridad de que llegarían dichas credenciales e instrucciones, formalizó el ofrecimiento de su generosa mediación, iniciando para ello una serie de conferencias que se verificaron desde el 12 de septiembre, bajo la presidencia del Excmo. señor Secretario de Estado, Lcdo. don Luis Anderson. Presentó en copia autorizada al señor Ministro el Protocolo formalizado, con la advertencia de que, aunque el 17 del mismo mes, recibí orden cablegráfica de suspender toda discusión sobre el asunto a que se refiere, lo cual se verificó en el acto, por mi parte, se convino en la última sesión celebrada el mismo día, que, si bien quedaba cerrada la discusión, se conservaría abierto el Protocolo, para dar cuenta de él a los Gobiernos de El Salvador y Nicaragua, a fin de que ellos directamente resolvieran si se cerraba del todo, o se insistía en tomarlo por base para someter la cuestión al arbitraje de algún alto funcionario de Costa Rica, agregando sólo los alegatos y documentos que quisiesen pre-

sentar ambas partes, como es el deseo manifiesto del Gobierno de Costa Rica. Someto el documento referido al conocimiento del Supremo Gobierno para lo que tenga a bien disponer; y acompaño al propio tiempo un programa de bases permanentes de paz, que elaboré de acuerdo con el Gobierno de Costa Rica, para preparar la perfecta inteligencia de ambos Gobiernos en las próximas conferencias de Washington. Concluyo, señor Ministro, haciendo merecido elogio de la alteza de ideas y del empeño patriótico de que ha dado nuevas y señaladas muestras el ilustrado Gobierno de Costa Rica, al procurar por cuantos medios han estado en sus manos, dar una solución decorosa y pacífica al desgraciado incidente que ha interrumpido bruscamente las relaciones de fraternal amistad entre los Gobierno del Salvador y Nicaragua. De mi parte, no puedo aspirar a otra satisfacción que la de obtener la aprobación de mi Gobierno acerca de la conducta que he observado en el desempeño de la misión que se me confió ante el pacífico y progresista de Costa Rica, en lo cual empuñé en cuanto me fué posible, todos los esfuerzos que me sugirió el patriotismo, para corresponder a la alta confianza depositada en mí, por el Gobierno del Salvador. Acepte, señor Ministro las protestas de la consideración más distinguida de su Atto. y S. servidor.—Salvador Gallegos.

He aquí el Protocolo de las conferencias



celebradas con el Representante de Nicaragua Doctor don Rodolfo Espinosa:

República de Costa Rica, América Central.

---

MEMORIA DE RR. EE., JUSTICIA,  
GRACIA, CULTO Y BENEFICENCIA

Presentado al Congreso Constitucional  
por el

Secretario de Estado en el Despacho de  
esas Carteras Lcdo. don Luis Anderson

1908

---

PROTOCOLO

de las conferencias celebradas por los  
Excelentísimos señores Representantes  
de El Salvador y Nicaragua.

En la ciudad de San José a las nueve de la mañana del trece de septiembre de mil novecientos siete, reunidos en la Casa Presidencial por invitación de S. E. el señor Presidente de la República, el Excelentísimo Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, el Excelentísimo Dr. don Salvador Gallegos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de El Salvador y el Honorable Dr. don Rodolfo Espinosa, Agente Confidencial del Gobierno de Nicaragua, con instruccio-

nes bastantes de su Gobierno para tratar en su representación del asunto que motiva esta Conferencia, y a quien le llegarán en breve las credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario necesarias para firmar el acuerdo o acuerdos a que haya de llegarse. El señor Presidente de la República manifestó: que próxima a celebrarse la Conferencia de Plenipotenciarios Centroamericanos iniciada por los Excelentísimos señores Presidentes de los Estados Unidos de América y de los Estados Unidos Mexicanos, con el objeto de sentar las bases de una Paz Perpetua entre estas Repúblicas, no creía que pudiera llegarse al fin altísimo de armonía y concordia duraderas que se propone realizar aquella Conferencia, en tanto que haya cuestiones pendientes entre algunos países centroamericanos que demanden un arreglo previo mediante el cual se asegure la recíproca buena inteligencia en que es conveniente que concurren todos ellos a la reunión; que sería para él y para el pueblo de Costa Rica sumamente grato el que las cuestiones que desgraciadamente mantienen hoy a los países hermanos de El Salvador y Nicaragua en desacuerdo, se trataran y arreglaran en Costa Rica aprovechando la ocasión de la presencia aquí de los distinguidos diplomáticos, Salvadoreño y Nicagüense, a fin de que las cinco secciones del Istmo Centroamericano se presenten a las

Conferencia que se proyecta sin quejas que exponer ni ofensas que recordar.

El Excelentísimo señor Doctor Gallegos expuso en nombre del Gobierno Salvadoreño que estaba de acuerdo con lo manifestado por el señor Presidente de Costa Rica, y que su Gobierno, siempre dispuesto a cooperar en cuanto tienda a la prosperidad y buen nombre de Centro América, acepta con gusto los buenos oficios que el de Costa Rica ofrece para que mediante su amistosa intervención se solventen las dificultades pendientes, entre El Salvador y Nicaragua y se llegue a un estado de cordialidad y mutua confianza entre ambos Gobiernos.

En el mismo sentido se expresó en nombre del Gobierno de Nicaragua, el Honorable señor Doctor Espinosa; y en tal virtud se dispuso, de común acuerdo, lo siguiente: iniciar desde luego Conferencias para llegar si posible fuere, al fin deseado; que con el objeto de fijar los puntos en discusión, tanto el Excelentísimo señor Gallegos como el Honorable señor Espinosa, expongan a la Secretaría de Relaciones Exteriores los cargos que cada Gobierno tuviere contra el otro, en memorándum que será comunicado inmediatamente, el del señor Gallegos al señor Espinosa y el de éste al señor Gallegos; que hoy a las ocho de la noche se celebrase la primera reunión en el Ministerio de Relaciones Exteriores, para que, con vista de las respectivas contestaciones, se procure llegar

a una solución honrosa y satisfactoria para los dos países en conflicto; y, por último que las discusiones se consignen en el Protocolo que se abre con la presente acta.

El señor Presidente dió las gracias a los dignos Representantes de El Salvador y Nicaragua por la manera cordial y llena de patriotismo como han acogido su excitativa, y manifestó la esperanza, de que las Conferencias tan felizmente iniciadas ahora lleguen a tener el resultado que la civilización y los más caros intereses de Centro América demandan.

El Excelentísimo señor Gallegos y el Honorable señor Espinosa manifestaron a su vez su reconocimiento y el de sus respectivos Gobiernos, al señor Presidente de la República por su generosa iniciativa y todos firman.—Cleto González Víquez.—Luis Anderson.—Salv. Gallegos.—Rodolfo Espinosa R.

---

#### MEMORANDUM

De las quejas que respetuosamente presenta el Gobierno de Nicaragua, por medio de su Representante, ante el Gobierno de Costa Rica, contra el de El Salvador, representado por el Honorable señor Ministro Dr. don Salvador Gallegos.

1<sup>a</sup>—En la recién pasada campaña contra el Gobierno de Honduras, presidido por el señor General don Manuel Bonilla, el Go-



bierno de El Salvador desde en los principios del conflicto, prestó auxilio a aquel Gobierno, de armas, hombres y dinero, no obstante de hacer al Gobierno de Nicaragua, aun en los precisos momentos de la lucha, en los ensangrentados campos de Namasingüe, las más formales protestas de completa neutralidad.

No fué sino cuando en el mismo campo de batalla recogimos la prueba evidente de la participación activa en contra nuestra, que el Gobierno de Nicaragua se penetró claramente de que la decantada neutralidad no existía. Si á esto se agrega que no había antecedente alguno que hiciera suponer esta determinación del Gobierno Salvadoreño, cuando por el contrario, por razones históricas, el pueblo nicaragüense corrió años atrás la suerte del heroico pueblo salvadoreño, se comprenderá la honda impresión que su conducta produjo.

2º—Como consecuencia de esa mala inteligencia, nuestro Encargado de Negocios ante el Gobierno de El Salvador, señor don F. Neri Fernández, se vió perseguido no obstante el carácter de que estaba investido, teniendo que ponerse bajo la protección del señor Cónsul de los Estados Unidos en San Salvador, para poder salir del país.

3º—Es bien sabido que el Tratado último de Amapala, suscrito por los Gobiernos de El Salvador y Nicaragua, tenía por fundamento, para poder cumplirse, el Pacto Secre-

lo por el cual el Gobierno Salvadoreño se comprometía a apoyar con sus ejércitos la proclamación del General Sierra como Presidente de Honduras. Sin embargo de esto, el Gobierno Salvadoreño retiró sus tropas; no dió ningún apoyo al pensamiento que él mismo había iniciado, deseoso únicamente de romper los vínculos que nos unían con el nuevo Gobierno de Honduras, que antes fuera decididamente apoyado por el de Nicaragua, rompiendo así el Pacto que poco antes había suscrito para poner término a toda diferencia.

Tales son, pues, los motivos de queja que el Gobierno de Nicaragua tiene contra el de El Salvador, motivos tan poderosos como para producir la ruptura de relaciones y las probabilidades de un conflicto de consecuencias funestas para el progreso y bienestar de la patria centroamericana, y que muy a su pesar obligaron al de Nicaragua a desviar de su acentuado espíritu de centroamericanismo tan arraigado en su pueblo y su Gobierno, a punto de constituir para él su más legítima aspiración.—Rodolfo Espinosa.

*Al señor Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores del Gobierno de Costa Rica.*

San José, 13 de setiembre de 1907.

---

MEMORANDUM  
Correspondiendo la Legación Salvadore-

ña a la amistosa excitativa del señor Presidente de esta República, para que se condensen en un memorándum las quejas que tenga el Gobierno de El Salvador, contra el de Nicaragua, y viceversa, a fin de encarrilar ordenadamente su discusión y la de los medios que se juzgue más adecuados para satisfacerlas, de modo que se restablezca, si fuere posible, bajo su mediación amistosa, la buena armonía que desgraciadamente se halla alterada entre esas dos Secciones Centroamericanas, cumple por su parte, presentando a la consideración de aquel digno Magistrado de la República, el hecho de que, hallándose arregladas, por el Convenio celebrado en Amapala a 23 de abril del corriente año, las dificultades que sobrevinieron entre El Salvador y Nicaragua, con motivo del conflicto últimamente ocurrido entre Nicaragua y Honduras; y en ocasión en que bajo la fe del referido Pacto, el Gobierno de El Salvador había desarmado su ejército, y la República había vuelto tranquila a las saludables tareas de la paz, repentinamente y sin que precediera antecedente alguno, el Gobierno de Nicaragua invadió el territorio de El Salvador, con fuerzas y elementos nacionales que hizo conducir en el vapor de guerra Momotombo, al mando de jefes nicaragüenses, asociando a la expedición algunos de los principales emigrados de El Salvador y Guatemala y a cien de los presidiarios de las cárceles de Nicaragua.

Esta invasión dió por resultado la ocupación violenta, aunque momentánea, del puerto de Acajutla y de la ciudad de Sonsonate, donde apenas pudo hacerse una débil aunque heroica resistencia, por las pequeñas guarniciones y la policía de dichos lugares; pudiéndose apreciar como efectos inmediatos de la expedición, numerosas víctimas, aun entre los pacíficos moradores, que han dejado la desolación y la miseria en sus hogares; la sustracción de algunas cantidades de dinero y otros objetos de algunos establecimientos y asociaciones del país, y sobre todo, una herida profunda en el sentimiento nacional, que ha considerado violada, de una manera inusitada y violenta, la fe pública empeñada en el Pacto de Amapala, falseando al propio tiempo los altos deberes de lealtad, de justicia y de respeto que se deben entre sí los Gobiernos regularizados, y que les obligan a respetar las obligaciones contractuales. Los hechos referidos exigen a juicio del Gobierno de El Salvador, una satisfacción y reparación, que le permitan reanudar, salvados su decoro y dignidad, las amistosas relaciones desgraciadamente interrumpidas con el Gobierno de Nicaragua, y volver, bajo la égida protectora del Derecho Internacional, al cultivo de los sentimientos de fraternidad y de concordia, que deben li-



gar invariablemente á los pueblos Centroamericanos.—Salvador Gallegos.

San José de Costa Rica, setiembre 13 de 1907.

El Representante de Nicaragua, deseoso como ya lo ha manifestado de poner todas sus energías y su buena voluntad, interpretando así los deseos del señor Presidente de Nicaragua y obsequiando de igual modo los no menos vehementes y loables del Excelentísimo señor Presidente de Costa Rica, en el sentido de que la paz vuelva a reinar entre pueblos hermanos como los de El Salvador y Nicaragua, después de leído el pliego de quejas que el Honorable señor Ministro Doctor don Salvador Gallegos ha presentado y a las condiciones que a su juicio serían indispensables para llegar a rehacer las interrumpidas relaciones entre ambos pueblos, pasa a contestar así:

Lanzado el Gobierno de El Salvador, sin justificación alguna, sobre el pueblo y Gobierno de Nicaragua en la recién pasada campaña contra el Gobierno de Honduras, la participación activa que tomó trajo a Nicaragua, como fácilmente podrá comprenderse, graves e irreparables perjuicios, haciéndole gastar ingentes sumas de dinero, deteniendo su marcha progresiva que al amparo de la paz alcanzaba; derramando la sangre de sus hijos y sobre todo hiriendo el sentimiento nacional, al ver á un pueblo

sin motivo alguno que lo justificase, lanzarse á una guerra tan desigual como infundada, violando “los altos deberes de lealtad, de justicia y de respeto que se deben entre sí los Gobiernos regularizados, que descansan bajo la égida protectora del Derecho Internacional”. No es del caso reseñar los inmensos perjuicios que el pueblo y Gobierno nicaragüense recibieron como consecuencia funesta de una lucha así buscada; ni tampoco es del caso hacer sentir nuestra pena al ver al mismo Gobierno ante quien iban a dirimirse nuestras controversias con el de Honduras, en donde iba a desempeñar el honorífico puesto de Juez, siendo parte integral de una de las quejas en virtud de una alianza reservada y contraída mucho antes de que los acontecimientos llegasen a requerir la intervención del Supremo Tribunal de Arbitros. Todo esto fué olvidado por el Gobierno de Nicaragua, cuando triunfante en Honduras, se le llamó a la paz y allí, en esa memorable Conferencia de Amapala que produjo el Tratado de su nombre, Nicaragua, que era la ofendida, no pronunció ni por un momento las palabras *satisfacción*, *reparación*, porque juzgó que entre pueblos hermanos, cuyas disenciones, ocultas deben quedar, tales bases eran inaceptables e improponibles, porque era sentar un precedente funesto. Y se llegó a una inteligencia buscando el medio de no ofender el honor de las partes contratantes.

Roto el Pacto de Amapala de 23 de abril del año corriente por la falta de cumplimiento de parte del Gobierno salvadoreño, según lo manifestado en el memorándum de quejas, y siendo ésta la segunda vez que el hermano Gobierno de El Salvador se alejaba de la sinceridad que debe existir en las relaciones de pueblos cultos y amigos y eludía un formal compromiso que dañaba grandemente los intereses de Nicaragua, en vista de tan notorios hechos y dudando de que pudieran rehacerse relaciones que con tanto afán se trataba de romper; y pensando que solamente un cambio en aquel Gobierno podría cambiar tal situación, apoyó una revolución encabezada por los Generales doctor don Prudencio Alfaro y don Manuel Rivas, quienes iban con muchos salvadoreños y algunos nicaragüenses que voluntariamente se engancharon con tal fin, sin que en esto último tuviera ingerencia el Gobierno de Nicaragua. Si esta revolución hubiese dispuesto, como asegura el señor Ministro Gallegos, de la cooperación en soldados del Gobierno de Nicaragua, no habría tenido indudablemente el fin que tuvo, pues bien conocidas son las energías de aquel pueblo y de aquel Gobernante para creer que en pocos momentos de lucha y con débiles resistencias, hubiesen retrocedido tan fácilmente. Si hay algo en esto que signifique un cargo para Nicaragua, hay que pensar también que esto no era sino la consecuencia de anteceden-

tes tales que no pudieron conducirnos sino allí.

Hechas estas salvedades y atendiendo á que el Gobierno de Nicaragua, en su ocasión, jamás habló de *satisfacción* ni menos de *reparación*, aun teniendo razones para exigirlo, declaró en nombre de mi Gobierno que sobre tales bases es imposible entrar en una negociación que nos condujera a la paz, de manera estable, no obstante la buena voluntad que le anima.

Sólo el mutuo olvido de nuestros comunes yerros puede ser el lema del problema que anhelamos resolver.—Rodolfo Espinosa.

San José de Costa Rica, setiembre 13 de 1907.

---

Réplica al memorándum presentado por el Representante de Nicaragua en Costa Rica, sobre los motivos de queja que el Gobierno de aquella República alega respecto del Gobierno de El Salvador.

Respondiendo a los artículos de queja contra el Gobierno de El Salvador, señalados por el Honorable señor Doctor don Rodolfo Espinosa, Representante del Gobierno de Nicaragua, en el memorándum que ha presentado ante el Gobierno mediador de Costa Rica, la Legación de El Salvador, sin aceptar que haya habido de parte de su Gobierno, protestas de completa neutralidad, en



el conflicto armado que desgraciadamente sobrevino entre Nicaragua y Honduras, hace presente que, en el mismo Pacto de Amapala, donde se arregló el restablecimiento de la paz entre la primera de dichas Repúblicas y la de El Salvador, se reconoció expresamente que el Gobierno de esta última se había visto obligado a intervenir en la contienda de aquéllas, por razón de su alianza con el Gobierno de Honduras que presidía el señor General don Manuel Bonilla, agregando que, tal intervención se hizo de una manera manifiesta y pública, que no podía dar lugar á que se hiciesen protestas de neutralidad, ó á que se tomasen en serio, si algunas hubo. Así, el incidente de la intervención de El Salvador, en la contienda que sostuvieron con las armas Nicaragua y Honduras, no puede ser al presente un capítulo de queja, con tanta mayor razón, cuanto que, precisamente, para restablecer la paz alterada por dicha intervención, fué que se celebró el Tratado de Amapala, de cuya ruptura violenta se queja el Gobierno de El Salvador.

Alega el Representante de Nicaragua, que, a consecuencia de la mala inteligencia sobrevenida entre Nicaragua y El Salvador, el Sr. don Felipe Neri Fernández, Encargado de Negocios de su Gobierno se vió sujeto a persecuciones en El Salvador, no obstante el carácter de que estaba investido, teniendo que ponerse bajo la protección del señor

Cónsul de los Estados Unidos de América, para poder salir del país; y la Legación de El Salvador, sin tener ni remotamente el ánimo de inferir injuria, por una contradicción franca, a su Honorable contendor, se ve en el caso de afirmar, con entero conocimiento de los hechos, que no podrá citarse acto alguno de persecución directa ni indirecta de parte del Gobierno de El Salvador, contra el Encargado de Negocios de Nicaragua, no obstante que el Gobierno de aquella República tenía pleno conocimiento de que el señor Neri Fernández no hacía misterio de su actitud manifiestamente hostil a El Salvador, particularmente en el Consulado de los Estados Unidos, que frecuentaba, y en sus relaciones con el Agente Confidencial de Nicaragua, que había entonces en El Salvador, quien, dicho sea de paso, desde su llegada al país, ha podido verificarse que se empleó constantemente en trabajos revolucionarios. El señor Neri Fernández, pudo en cualquier momento pedir su pasaporte, que no se le habría negado como es práctica corriente, y si prefirió salir del país, acompañado del Cónsul de los Estados Unidos, tal circunstancia no puede en manera alguna, alegarse como efecto de una persecución, pues es bien sabido que los Cónsules no gozan de inmunidades, que pudieran proteger al Encargado de Negocios de Nicaragua.

Finalmente el Representante de Nicara-

guada por sentado que el Tratado de Amapala, tuvo por fundamento para poder cumplirse, un pacto secreto en que el Gobierno de El Salvador se comprometió a apoyar con sus armas, la proclamación del General Sierra, como Presidente de Honduras, no obstante lo cual, retiró sus fuerzas, sin dar apoyo alguno al pensamiento, con la mira de romper los vínculos que unían al Gobierno de Nicaragua con el nuevo Gobierno de Honduras, que antes era apoyado decididamente por aquél. A esto contesta la Legación de El Salvador, que quizá por ser secreto el Pacto á que se refiere el Honorable señor Espinosa, no había tenido hasta hoy conocimiento de su existencia: mas en ningún caso cree que un Pacto de tal naturaleza pueda considerarse como principal fundamento del Tratado de Amapala, y como condición obligada para el cumplimiento de éste, desde luego que no hay entre ambas estipulaciones ninguna relación que las ligue, y que el objeto del referido Pacto Secreto, tal como lo refiere el Honorable señor Espinosa, conduciría, si se hubiese realizado, á sojuzgar a un pueblo hermano, sin ningún respeto a su soberanía e independencia, imponiéndole, por la fuerza de las armas, un Gobernante que él no había adoptado libremente. Penoso es á la Legación Salvadoreña, que se atribuya á su Gobierno la iniciativa de un Pacto, como el Secreto á que se hace referencia; de la misma manera que, lamenta sincera-

mente, que un pensamiento atentatorio contra los sagrados derechos del pueblo hermano de Honduras, fuese suficiente estímulo para “romper los vínculos que ya unían a Nicaragua con el nuevo Gobierno de Honduras a quien antes había apoyado decididamente”; y que la no realización de un Pacto semejante se haya estimado como causa suficiente para romper, de hecho y de una manera violenta, las relaciones con El Salvador. En todo caso, en efecto, si el no cumplimiento de ese Pacto Secreto —dado que haya existido— pudiera haber conducido a la ruptura del Tratado de Amapala, único en que descansaban francamente las nuevas relaciones de amistad establecidas entre El Salvador y Nicaragua, natural era, á juicio de la Legación Salvadoreña, que para declarar roto dicho Tratado, se procediera en la forma ordinaria que establece el Derecho Internacional, cruzándose las reclamaciones y explicaciones del caso, y llegando finalmente, si no se obtenía un resultado satisfactorio, á someter esa diferencia, que podía alterar, como en efecto ha sucedido, las buenas relaciones entre Nicaragua y El Salvador, al arbitraje estipulado como obligatorio, sin excepción alguna, de los Presidentes de los Estados Unidos y de México, conjuntamente, según lo dispuesto en el artículo 3 del referido Tratado de Amapala. Así se habrían evitado, de una manera decorosa, hasta las probabilidades de llegar á un conflicto.



to armado, como el que amenaza estallar actualmente entre El Salvador y Nicaragua, y el Gobierno de esta última República no se habría visto obligado a desviarse de su *acentuado espíritu de centroamericanismo*, como lo manifiesta en su memorándum el Honorable Representante de dicha República.

Espero que las razones expuestas, lleven a la consideración del ilustrado Doctor Espinosa, el convencimiento de la justicia que asiste al Gobierno de El Salvador, en el incidente que ha producido la ruptura de sus relaciones con el de Nicaragua, para procurar, por su parte, con un arreglo conciliador y digno que se tribute el debido homenaje á la justicia, honrando al propio tiempo, la mediación fraternal del Gobierno de Costa Rica.—Salvador Gallegos.

San José de Costa Rica, setiembre 13 de 1907.

*Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Costa Rica.*—  
Ciudad.

---

En San José de Costa Rica, a las ocho de la noche del día trece de setiembre, reunidos en el despacho del Ministro de Relaciones Exteriores, los señores Doctor don Salvador Gallegos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de El Salvador, y

el Doctor don Rodolfo Espinosa, Agente Confidencial del Gobierno de Nicaragua, y con ellos el Licenciado don Luis Anderson, Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno de Costa Rica, con el fin de proseguir en la noble tarea empezada de dar solución pacífica a las diferencias existentes entre los Gobiernos de El Salvador y Nicaragua procedieron a tratar de aquel importante asunto en la forma siguiente:

1º—Se dió lectura a los memorándums que presentaron los señores Representantes de aquellas Naciones hermanas, en que exponen los cargos recíprocos que son causa del desacuerdo, y las contestaciones a sus cargos;

2º—Ambos honorables Representantes de El Salvador y de Nicaragua hicieron declaración expresa de que las aseveraciones que hagan en el curso de esta discusión no tendrán el carácter de definitivas, sino que pueden estar sujetas a rectificación, según los datos o argumentos que se aduzcan en la discusión misma;

3º—En vista de los memorándums de cargos y de las respectivas contestaciones, el señor Anderson, Ministro de Relaciones Exteriores, manifestó que creía que las reclamaciones de una y otra parte, podrían concretarse así:

Por parte de Nicaragua contra El Salvador: la participación que las tropas regulares de este último país, tomaron contra las de Nicaragua en la reciente guerra con Hon-

duras, y el no cumplimiento por el Gobierno Salvadoreño de un Tratado Secreto, que según expresa el Honorable señor Espinosa suscribieron en Amapala los Plenipotenciarios de El Salvador y Nicaragua, para colocar en el Gobierno de Honduras al General Terencio Sierra, con el esfuerzo armado de los ejércitos de ambos países contratantes.

Por parte de El Salvador contra Nicaragua: la queja se funda en la expedición revolucionaria que salió de Corinto en el vapor nicaragüense *Momotombo* y que invadió a Acajutla y Sonsonate.

El Honorable señor Espinosa dijo: que el Gobierno de su patria prestó auxilio franco a la expedición revolucionaria en referencia, y que procedió así como acto consecencial de los males inferidos á Nicaragua por la participación de El Salvador en la guerra que aquella Nación tenía con Honduras, porque si bien el Tratado de Amapala puso fin a la diferencia surgida con motivo de esa participación, toda vez que el Tratado Secreto antes referido era condición esencial del Tratado público, el que daba vida a éste, desde luego que se faltó a su cumplimiento por parte de El Salvador, puesto que éste, en vez de aunar sus esfuerzos con Nicaragua para apoyar al General Sierra, licenció sus fuerzas y se abstuvo de toda participación, quedó violado el Tratado público, y se determinó entre los dos países una situación

igual á la que había quedado á raíz de la batalla de Namasigüe.

El Excelentísimo señor Doctor Gallegos replica: que por su parte él ignoraba la existencia del Tratado Secreto que menciona el Honorable señor Espinosa, y que seguramente lo ignora también el Pueblo Salvadoreño; pero que aun admitiendo, como debe admitir en honor á la palabra del señor Representante de Nicaragua, la existencia del referido Tratado, juzga que no era obligatorio su cumplimiento, por tener un objeto ilícito, cual era el de imponer á un país hermano un Gobierno por la fuerza de las armas, con menoscabo de su soberanía; que en todo caso la falta de cumplimiento al Pacto Secreto sólo daría derecho, á su juicio, al Gobierno de Nicaragua para recurrir al arbitraje de los Estados Unidos de Norteamérica y de México, según se establece en el Tratado de Amapala para dirimir las diferencias que pudieran surgir entre los dos países contratantes; que no puede aceptar que el alma del Tratado, cuyo fin fué llegar, al amparo de la mediación amistosa del Honorable Phillip Brown, representante del Gobierno Americano, á la reconciliación de dos países hermanos con olvido de sus recíprocas quejas, pudiera tener como base esencial ese otro acto destituido de moralidad política que se menciona como Pacto Secreto.

Después de larga y madura discusión el señor Anderson interrogó a los Honorables



Representantes si el Pacto Secreto de que se habla fué firmado por las mismas personas que firmaron el Tratado público, á lo cual el Excelentísimo Doctor Gallegos contestó que siempre ignoró la existencia de ese Pacto, y el Honorable Doctor Espinosa manifestó la creencia de que el Honorable señor Brown no tomó parte en él, pero que trataría de cerciorarse de este detalle y lo comunicaría en la próxima conferencia.

El señor Ministro Anderson expresa en aquel momento, que para determinar el alcance y trascendencia que pueda tener la falta de cumplimiento por una de las partes del Tratado Secreto, conviene establecer si éste es parte esencial del Tratado público sin cuya ejecución éste quedaría invalidado; y como no hubiera á este respecto acuerdo entre los dos Hon. Representantes, los invita del modo más cordial, á estudiar la manera de resolver esa cuestión previa, que considera de la mayor importancia.

Con esta insinuación terminó el acto, dejando convenido que se reunirán nuevamente en el Despacho del Ministerio de Relaciones Exteriores mañana, catorce de setiembre, á la una de la tarde.—Luis Anderson.—Salv. Gallegos.—Rodolfo Espinosa.

---

En la ciudad de San José, á las tres de la tarde del día dieciocho de setiembre de mil novecientos siete, reunidos en el Despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores,

los señores Doctor don Salvador Gallegos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de El Salvador, y el Doctor don Rodoifo Espinosa, suficientemente autorizado por el Gobierno de Nicaragua y en representación de éste procedieron, con asistencia del Licenciado don Luis Anderson, Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores de Costa Rica, á conferenciar sobre el asunto á que se refieren las anteriores actas.

El señor Ministro Anderson presentó en primer lugar la nota que pasó á su Despacho el Honorable señor Doctor don Rodolfo Espinosa, en representación del Gobierno de Nicaragua, y que dice así:

“Excelentísimo señor Ministro: — Hasta hoy me permito dirigirme a Vuestra Excelencia para reanudar nuestras conferencias con el Excelentísimo señor Ministro de El Salvador, por no haber recibido sino hasta muy tarde de este día contestación de la Cancillería nicaragüense á la pregunta que con fecha catorce del corriente me permití hacerle para mejor dirigir nuestra discusión. Esa contestación textualmente dice: Palacio, el 16 de setiembre de 1907, a las 4 p.m. Recibido en San José el 17 de setiembre de 1907, á las 5 p.m. A Rodolfo Espinosa. El Tratado Secreto solamente fué firmado por los Presidentes y el General Sierra.— Su Affo. amigo, José D. Gámez”. Espero, señor Ministro, que el conocimiento de este

detalle nos permitirá continuar, mediante la valiosa cooperación de Vuestra Excelencia, nuestras labores de paz.—Rodolfo Espinosa R.—San José, 17 de setiembre de 1907.—Al Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Costa Rica”.

En seguida el mismo señor Anderson presentó la nota que le fué dirigida por el Excelentísimo señor don Salvador Gallegos, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de El Salvador, concebida en los siguientes términos:

“San José de Costa Rica, setiembre 17 de 1907.—Señor Ministro:—Juzgando de mi deber en consonancia con los más altos intereses de la República que represento, que debía dar una franca acogida á la espontánea y patriótica iniciativa del Excelentísimo señor Presidente de la República, sobre iniciar y si fuere posible concluir, bajo su mediación amistosa, un arreglo de las dificultades pendientes entre los Gobiernos de El Salvador y Nicaragua, con motivo de la invasión armada que este último efectuó sobre las plazas indefensas de Acajutla y Sonsonate, á principios del mes de junio último, aprovechando la llegada á esta República de un Representante del Gobierno de Nicaragua, acepté sin vacilación, no obstante carecer de instrucciones especiales para ello, ofreciendo concurrir a las Conferencias que se han empezado a celebrar sobre el particu-

lar, y formulando al efecto, en la forma acordada, la minuta de las quejas que mi Gobierno tiene contra el de Nicaragua, por razón del suceso antes referido, y la contestación de las que, a su vez, ha manifestado tener el Representante de aquella República. Al proceder así, correspondía, ante todo, a los nobles propósitos manifestados por el Primer Magistrado de esta República, que no me era dado desatender, mas, al propio tiempo, juzgué de toda necesidad, para dar firmeza a mis gestiones, someter lo expuesto al conocimiento de mi Gobierno, solicitando su aprobación y sus instrucciones. Por cablegrama que recibo, en estos momentos. (las 3 y  $\frac{3}{4}$  p. m.) se me ordena, cerrar inmediatamente toda discusión sobre el asunto de que dejo hecha referencia, y cumpliendo por mi parte con tan terminante mandato, tengo la pena de manifestar, por el digno intermedio de Vuestra Excelencia al Supremo Gobierno de esta República, que, por mi parte, doy por terminadas las Conferencias iniciadas con el Representante del Gobierno de Nicaragua, lamentando que, por motivos que debe tener mi Gobierno y que no me es dado apreciar, se vean de momento frustrados los levantados propósitos que animaron al Excelentísimo señor Presidente de esta República, para promoverlas. Rogando a Vuestra Excelencia que si lo tiene a bien, se sirva mandarme extender una copia autorizada del Protocolo que al efecto se ha redactado, tengo la honra de repetir-



me, con la consideración más distinguida, de  
Vuestra Excelencia, muy atento y seguro ser-  
vidor.—Salvador GALLEGOS.

Excelentísimo señor Licenciado don Luis  
Anderson, Secretario de Estado en el Des-  
pacho de Relaciones Exteriores.

Dada lectura a las notas que preceden, el  
señor Ministro Anderson expresó en frases  
de la mayor cordialidad, cuánto era el sen-  
timiento del señor Presidente de la Repúbli-  
ca y el suyo propio, por la suspensión de es-  
tas Conferencias sin que se hubiese corona-  
do el fin patriótico que con ellas se perseguía,  
pero que estaba persuadido de que los ilus-  
trados Gobiernos de El Salvador y Nicara-  
gua autorizarían en breve a sus dignos Re-  
presentantes para continuarlas, y que se lle-  
garía pronto a la solución fraternal que su  
Gobierno, como mediador entre los países  
hermanos, ha deseado y procurado con tan  
decidido empeño.

En seguida el Excmo. Sr. Dr. Gallegos ma-  
nifestó: que las instrucciones terminantes  
recibidas de su Gobierno, eran las de cerrar  
la discusión sobre el asunto que se ha empe-  
zado a ventilar en estas Conferencias; pero  
que esto no obsta para que el Protocolo for-  
mado hasta ahora quede abierto, para rea-  
nudar lo tan luego como él haya conferencia-  
do con su Gobierno, si éste lo creyere conve-  
niente, y que para ese fin marchará a la ma-  
yor brevedad posible para la República de El

Salvador, y de allí comunicará al Gobierno de Costa Rica lo que el suyo resolviere.

El Honorable señor Doctor Espinosa, manifestó: que el Gobierno de Nicaragua deplora la resolución que ha venido a suspender estas negociaciones de paz, particularmente por no corresponder desde luego a los buenos oficios del Gobierno amigo de Costa Rica, que de tan generosa manera ha propuesto su mediación para zanjar la dificultad de que se trata, y que no teniendo instrucciones especiales de su Gobierno, considera por su parte abierto este Protocolo, mientras no le lleguen instrucciones en contrario, las cuales solicitará por escrito a la mayor brevedad posible; y que hoy mismo mandará al Despacho de Relaciones Exteriores de Costa Rica una nota, de la cual quiere se deje constancia en este Protocolo.

En consecuencia, se resolvió:

1º—Dar al Excelentísimo señor Doctor Gallegos y al Honorable señor Doctor Espinosa copia certificada de todo lo actuado.

2º—Que este Protocolo quede abierto hasta tanto no manifiesten los Gobiernos interesados su resolución en contrario;

3º—Hacen constar de común acuerdo los señores Representantes de El Salvador y Nicaragua que consignan un voto de la más expresiva gratitud al Gobierno de Costa Rica por su mediación amistosa, la cual esperan que en definitiva tendrá el éxito que con ella se proponía.

Con lo cual se suspendió este acto, aplazando por tiempo indeterminado la continuación de este Protocolo o su clausura definitiva, según queda expresado antes.

Nota: El despacho a que se refiere el Honorable señor Doctor Espinosa, en su manifestación de la plana anterior, dice literalmente:

\*Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores:—Al tener conocimiento de la causa que el señor Ministro de El Salvador, el Honorable Doctor don Salvador Gállegos ha manifestado para cerrar nuestras discusiones sobre los asuntos salvadoreño-nicaragüenses, empezados a tratar mediante la intervención amistosa del Supremo Gobierno de Costa Rica, bajo cuyos auspicios se abrieron nuestras Conferencias, no puedo menos que deplorar este incidente que nos detiene en el curso de las negociaciones.—Conforme a los deseos del Honorable señor Ministro de El Salvador, y no teniendo por el momento instrucciones de mi Gobierno en el sentido contrario, me uno a los del señor Ministro en el sentido de que, aun cuando clausuradas nuestras discusiones, permanezca abierto el Protocolo, a fin de poder reanudar nuestros trabajos; salvo decisión en contra de nuestros propios Gobiernos. También suplico a Vuestra Excelencia, si para ello no hubiese inconveniente se sirva darme copia autorizada del Protocolo abierto, para mejor información de mi Gobierno. Séz-

me permitido significar aquí el alto agradecimiento de mi Gobierno hacia el Gobierno amigo de Costa Rica por la intervención que en este asunto ha tomado: que aún cuando desgraciadamente no llegara al término feliz columbrado por él, siempre tendrá el reconocimiento más sincero de parte de Nicaragua que ve en el de Costa Rica los anhelos de paz y bienestar de un pueblo hermano.—San José, 18 de septiembre de 1907.—Rodolfo Espinosa— Al Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Costa Rica.—Luis Anderson.—Salv. Gallegos.—Rodolfo Espinosa.

Excelentísimo señor Ministro: Para que obre en el Protocolo que se ha formado sobre las dificultades existentes entre los Gobiernos de El Salvador y Nicaragua, abordadas por decisión de ambos países mediante la intervención amistosa del Supremo Gobierno de Costa Rica; me permito adjuntarle el telegrama de la Cancillería nicaragüense en que se me autoriza para entrar en las negociaciones de paz. Soy de Vuestra Excelencia atento servidor, (f) Rodolfo Espinosa R.—San José, 25 de septiembre de 1907. A Su Excelencia el señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Costa Rica. El despacho telegráfico dice: "Depositado en Palacio el 16 de setiembre de 1907, á las 4 p. m. Recibido en San José el 17 de setiembre de 1907, á las 9 a. m.



A Rodolfo Espinosa. El Tratado Secreto solamente fué firmado por los Presidentes y el General Sierra. Ayer le mandé certificados los Plenos Poderes para tratar con Costa Rica y El Salvador. Su Affmo. amigo, José D. Gámez”.

Es conforme.

Ministerio de Relaciones Exteriores.—Palacio Nacional, San José, á 25 de setiembre de 1907.

Luis Anderson.

## **SEGUNDA PARTE**

### **MIS ESTUDIOS Y COMPAÑEROS**

Durante los años de 1861 a 1869, seguí, en la Universidad de El Salvador, los cursos de Ciencias y Letras, y los de la Facultad de Derecho, coronando mi carrera literaria en julio de este último año, con el título de Licenciado en Derecho y obteniendo en el mes de octubre, subsiguiente, el de Abogado, ante la Corte Suprema de Justicia. Los estudios elementales y los de enseñanza secundaria, los verifiqué en las escuelas del Maestro Ramírez y de don José Dolores Larreynaga, en el Liceo del señor don Fernando Sanclemente, y en el Colegio Tridentino, que se estableció en Santa Tecla, bajo la dirección del ilustrado Sacerdote español, Presbítero don Manuel Alcaine.

Muy corto resulta el tiempo empleado en los estudios universitarios; pero hay que considerar que, tanto mi grado en Filosofía,

como el Bachillerato en Derecho y el recibimiento en dicha Facultad, los hice todos por suficiencia, por más que ahora reconozca que, para todos y para cada uno de dichos actos, era insuficiente. Entonces, como ahora, predominaba esa funesta ansiedad de llegar pronto, sin preocuparse de los peligros que ordinariamente ofrece la precipitación. No obstante esto, es justo consignar también, que, en la época de mis estudios, había más seriedad y más dedicación. Entonces no se conocían las huelgas de estudiantes, por ningún motivo, y mucho menos por causas políticas; los estudiantes eran muy respetuosos y aplicados, influyendo quizá para esto, por una parte, que no nos permitían permanecer fuera de la clase —por supuesto, nunca en la calle— y durante la época en que fué Rector de la Universidad el doctor don Manuel Gallardo, nos hacían asistir a dicho Establecimiento, de levita y chistera, lo cual influía, sin duda alguna, en la consideración que se nos dispensaba y en nuestra propia conducta. Por otra parte, se mantenía cierta emulación, a lo menos en mis clases de matemáticas, entre estudiantes —que así se llamaba a los externos—, y colegiales. Cada sábado alter-nábamos durante la clase en la condición de réplicas y en la de sustentantes, lo cual nos mantenía, a unos y otros, en una excitación tan viva, para sobreponernos a nuestros rivales en los adelantos que, aun durante

nuestros cortos paseos por la tarde o temprano de la noche, el asunto de nuestras conversaciones eran las materias de la próxima conferencia, y muchas veces convertíamos en improvisada pizarra, el piso de la habitación donde nos encontrábamos reunidos, para la resolución de problemas que mutuamente nos proponíamos, manteniéndonos así, en una constante gimnasia intelectual.

Durante la pasantía de Derecho además de nuestras clases oficiales, si puede decirse así, teníamos clases particulares, prácticas, donde tramitábamos expedientes imaginarios, propuestos por el Profesor y Magistrado doctor don Máximo Araujo, completando de este modo, y aun ampliando, la práctica de los Tribunales. En fin, éramos a mi juicio, más estudiantes de lo que lo son en la actualidad, los que llevan este título.

Entre los compañeros de matemáticas, nos distinguíamos cinco estudiantes, a saber: don Alonso Izaguirre, don Juan Barberena, don Camilo Escobar, don Antonio Guevara Valdés, y yo. Los tres primeros, sobre todo, eran lo que se llamaba navajas, y bien afiladas que lo eran; mas, no por eso dejábamos, los segundos, de cuando en cuando, de darles sus golpecitos, o como decíamos entonces, una patiada moral, porque, a la verdad, todos trabajábamos con la mayor dedicación e interés, ejercitándonos y rebuscando cuanto nos era posible, para so-

breponernos a los demás. Los cinco estudiantes mencionados cultivábamos especial amistad, pero de un modo muy señalado, mantenía yo intimidad de relaciones con Guevara Valdés, con quien nos dedicamos al estudio del Derecho obteniendo los otros tres compañeros por el de la Medicina.

Guevara Valdés, era de un espíritu inquieto, de un talento brillante, terrible en la crítica, chispeante en su conversación y buen escritor. En cambio, era descuidado en su persona y en su conducta, y a veces, hasta inconsecuente, si bien me refiero, al consignar esto último, a cosas de poca monta, que quizá dependían más bien, de las exigencias de la amistad, que de su carácter. Voy a referir un caso, entre varios, por la impresión que produjo a mi referido amigo, aunque en sí, no reviste ninguna importancia. Nos habíamos acostumbrado con Valdés, a estudiar juntos, en los mismos libros, y a hacer juntos nuestros exámenes, cuando era esto posible, como sucedía en los exámenes de curso, que se efectuaban por tandas de tres en tres; y para los casos en que esto no podía tener lugar, como tratándose de los exámenes de grado o de recibimiento, presentábamos juntos nuestra solicitud, para que fuera el Rector quien decidiese, sin poner nada de nuestra parte, quién debía examinarse primero. Pues, bien, en el examen de la licenciatura, le correspondió a Valdés examinarse un día antes que yo, sim-



plemente por la designación del Rector de la Universidad, pues nos presentamos juntos, solicitando día y hora; y, en los momentos en que se verificaba mi recibimiento, Valdés, impaciente quizá, por salir cuanto antes de la Corte, o llevado de su espíritu inquieto, que no le permitía aguardar con paciencia, el caso es que, sin esperar mi salida de la Universidad, formuló su escrito de presentación ante el Supremo Tribunal; y cuando yo, libre ya de mis exámenes universitarios, propuse a mi amigo que nos presentásemos a la Corte, tuve la pena, correspondida por el remordamiento en él, de que me informase que, cediendo a instancias de su familia se había presentado, desde el día anterior. Sufrí una verdadera decepción con tal noticia, y sin recriminar a mi amigo, cuya inconsecuencia veía manifiesta, hice mi escrito, y triste por ser ésta la primera vez que me presentaba solo, ocurría a la Corte solicitando se me señalase día y hora para el examen de Abogado. Transcurrieron varios días, para nosotros y especialmente para mi amigo, llenos de ansiedad, hasta que al fin, fuimos llamados para notificarnos, que el día ocho de octubre de 1869, sería yo examinado en Corte Plena, y el día nueve, lo sería mi amigo, de la misma manera. Valdés no pudo disimular su desagrado, el cual consideraba yo, como castigo de su inconsecuencia; mas, le faltaba todavía, a mi querido amigo, experimentar otra sanción.

la más penosa tal vez de las que había sufrido.

Nuestros exámenes de Abogado, ante la Corte Suprema de Justicia, se verificaron en la oportunidad debida, asegurándose que tales actos revistieron marcado lucimiento; y alegres y satisfechos por ese resultado, mi amigo y yo dispusimos ir juntos, como siempre, a dar las debidas gracias a nuestro querido Maestro, el doctor don Máximo Araujo, a cuyas sabias lecciones, debíamos principalmente el resultado alcanzado. Fuimos, pues, y el doctor Araujo nos recibió con su genialidad acostumbrada; y a poco de estar en conversación, ¿cómo ha sido eso, nos dijo, que el señor Guevara se presentó primero a la Corte, y el señor Gallegos, que se presentó por último, resultó examinándose primero? Pues, señor, fué que la Corte resolvió primero el escrito de mi compañero, contestó Antonio; pero, el doctor Araujo le replicó inmediatamente: No, señor; es que siempre se ha de cumplir la máxima del Evangelio de que LOS PRIMEROS SERAN LOS ULTIMOS Y LOS ULTIMOS LOS PRIMEROS.

El doctor Araujo había sabido quizá la inconsecuencia de uno de sus discípulos queridos, y quiso, sin duda, castigarla, de la manera referida.

La lealtad, en las relaciones con nuestros amigos, nunca será bastante recomendada.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD Y EL  
GRAL. DON ESTANISLAO PEREZ  
EN SANTA ANA

Con motivo de la ruina de San Salvador, ocurrida a consecuencia del gran terremoto del 19 de marzo de 1873, tuve que trasladarme con mi familia a la ciudad de Santa Ana, pues, la casa de mi familia, única propiedad de que disponía, lo mismo que una pequeña casita que había yo comprado para ir realizando mis primeras economías, mediante la amortización por partes, de su valor, habían quedado convertidas en un montón de escombros; y como era yo, el único hombre de la casa, reputado como el jefe de la familia, y ésta era numerosa, componiéndose de la abuelita, doña Indalecia Malespín, de mi mamá doña Sotera Valdés de Gallegos, mis cuatro hermanas, Dolores, Carmen, Concepción y Chepita, y mi sobrina Trinidad como de dos años de edad, fuera de mi hermano enfermo, Jesús, y un sobrino, como de once años de edad, Josecito, que había traído yo de Nicaragua, juzgué que debía elegir para mi traslado una ciudad grande, populosa y rica, donde pudiese ejercer ampliamente mi profesión de Abogado y auxiliarme, en cuanto fuese posible, con el trabajo de ésta, para su sostenimiento decente, la educación de los menores y la acumulación de algunos ahorros, en previsión del porvenir.

Mi salida de San Salvador, con la familia, se verificó en las circunstancias más tristes, mitad a pie, mitad en carretas y solo yo, en mi caballito, con una señora en ancas, la tarde del propio día 19 de marzo, en medio de la gran procesión de emigrantes de la capital arruinada, que se dirigían a Santa Tecla, o sea la Nueva San Salvador. Llevaba por único capital, CIEN PESOS, que mi compañero y amigo, don Antonio Guevara Valdés me consiguió prestados en San Salvador, y todo el equipaje de la familia consistía en lo que llaman un tanate o motete de ropa, de la más indispensable para el vestir y el dormir. Don Ascención García, antiguo amigo de la casa, nos recibió cordialmente en la suya, donde dormimos, continuando 4 días después nuestra peregrinación para Santa Ana. Dormimos en la Hacienda de San Andrés, el 24, acomodándose la familia en los corredores de la casa de la hacienda, lugar donde nos concedieron la posada, y al día siguiente, auxiliado con algunas bestias y algunos realitos que me llevó mi antiguo amigo y compañero, don Cornelio Lemus, hicimos nuestro ingreso en la ciudad de Santa Ana, donde lo primero que eché de ver fué, que en San Andrés me habían sustraído los cien pesos que constituían todo mi patrimonio, quedándome de ellos sólo un triste recuerdo, además de la deuda.

Santa Ana, se mostró espléndida y generosa conmigo, mucho más de lo que yo me



había prometido. Mi amigo Lemus, que era a la sazón el Juez de Primera Instancia, hizo que un señor Acevedo, a quien le había depositado una casita regular, me la alquilase por ocho pesos mensuales, y allí instalé el mismo día de mi llegada, mi bufete de Abogado, con dos cajones de vino, por silla y mesa, un tintero, unas plumas y un poco de papel. El propio día de mi llegada, se otorgaron ante mí, dos escrituras públicas, y los honorarios que por ello devengué, fueron como un tesoro valiosísimo con cuyo valor nos proveímos de unas tijeras para dormir y algunos petates. El trabajo continuó en aumento, haciendo aumentar también las comodidades de mi familia, proporcionándome los medios de satisfacerlas. Yo era, al cabo de poco tiempo, el Abogado de la generalidad en Santa Ana, y no bastaban las 24 horas del día, para dar cumplimiento a los negocios en mi despacho. En corto tiempo, desde mi llegada, era yo el representante de las principales casas de Santa Ana, y mi clientela era inagotable, como lo eran también los recursos que me proporcionaba. A los cuatro años, poseía en sociedad con don José María Vides, una hermosa finca de café, tenía una amplia y hermosa casa de habitación, pues había comprado las ruinas de la casa quemada de los señores Arcías, y la había hecho reconstruir, y además, mi mamá y hermanas manejaban una surtida tienda de comercio, en el portal.

Para alimentar este negocio, en buenas condiciones, y para procurarme a bajo precio algunas partiditas de billetes de crédito público, que yo realizaba de manera favorable y pronta en mis escrituras, pues, la alcabala interior se pagaba en esa época, al 10% en billetes, efectuaba frecuentes viajes a la capital, procurando al propio tiempo vender algo de las maderas de la casa arruinada, que se habían convertido en su mayor parte, en objeto de libre ocupación. Pues bien: aprovechando, en uno de tantos viajes, la circunstancia excepcional de encontrarse en San Salvador, recién venidas de México, de donde habían sido expulsadas, algunas Hermanas de Caridad y el Superior de ellas; y juzgando que nada podría, encontrar más a propósito, para corresponder de algún modo a la generosa acogida que en Santa Ana se me había dispensado, como llevarle el valioso presente de algunas Hermanas, para el servicio de los enfermos en el Hospital, resolví intentar celebrar una contrata con el Superior a quien visité, y después de asegurarle que, aunque sin autorización para el efecto, tenía plena seguridad de que mi iniciativa sería acogida, hasta con entusiasmo por la Junta de Caridad de Santa Ana, celebramos un convenio para la colocación de tres Hermanas, en aquel Establecimiento, quedando de mandar cuanto antes, después de mi regreso, el ejemplar autorizado del contrato y las bestias

y conductores necesarios para la traslación inmediata de las Hermanas.

Regresé lleno de entusiasmo y de alegría a Santa Ana, y para reforzar más mi contrata, ocurri donde Fray Felipe de Jesús Moraga, sacerdote de gran mérito, muy popular y querido en Santa Ana, con quien cultivaba muy amistosas relaciones, e informándole del asunto que tenía entre manos, el cual acogió con el más vivo interés, logré que firmase conmigo el contrato original, como si ambos lo hubiésemos celebrado, y apoyado con tan valiosa firma, me presenté inmediatamente a la Junta de Caridad, exponiéndole lo ocurrido, y que, aunque sin autorización para ello, quise aprovechar la ocasión que se presentaba para el establecimiento de las Hermanas, en beneficio de los pobres enfermos; sometiendo a su aprobación el contrato que había firmado con el Superior. La Junta de Caridad, de la cual era Hermano Mayor, don Tomás Medina y Secretario mi compañero y amigo don Cornelio Lemus, después de deliberar ampliamente sobre el particular, resolvió desaprobar el contrato en referencia, manifestando que estaba satisfecha del servicio que prestaban sus enfermeros, y que yo había procedido sin autorización alguna. En los momentos en que se dictaba esa resolución, que echaba por tierra todas las ilusiones que me había forjado en la imaginación, viendo cumplida, con la llegada de las Hermanas,

una demostración de mi gratitud hacia el pueblo de Santa Ana; en esos momentos, digo, recibía, junto con la notificación de mi fracaso, ante la Junta, un telegrama del Superior de las Hermanas, en el cual, bajo el supuesto de la aprobación del contrato, sobre lo cual yo había manifestado tanta confianza, me pedía que le mandase cuanto antes las bestias, que había estado esperando, para la traslación de las Hermanas, suplicándome le informase en el acto, cuándo salía el avío. Ya podrá calcularse el efecto que me produjo una y otra cosa, alternando en mi ánimo, ya la pena inmensa de no hallar qué contestar al Superior, ya la vivísima contrariedad que me produjo la inconsulta resolución de la Junta. En circunstancias para mí tan apuradas, y no hallando qué hacer, salía de casa inconsciente, caminando a la ventura por la calle, cuando me sorprendió la voz del señor General don Estanislao Pérez, Gobernador y Comandante del Departamento de Santa Ana, quien, con el carácter amistoso y campechano que le distinguía en sus relaciones, me decía: Qué anda haciendo, Licenciado, y por qué va tan triste? En el acto sentí como que aquella voz era providencial y me llamaba; y así, acercándome inmediatamente al General: Ay, amigo, le dije. Viera, General que me ha pasado una mala mano y no sé qué hacer. Pues, ya sabe, Licenciado que si en algo le puedo ayudar, no tiene más que decírmelo,



repuso el General, y animado con esas expresiones y sobre todo con el espíritu de sinceridad con que fueron proferidas, vea, General, le repuse, contandole todo lo ocurrido, y como él me excitase a que buscara y le propusiera una solución de las dificultades, de pronto me ocurrió que quizá podrían ocuparse las Hermanas en algún Colegio, para las niñas pobres, y se lo indiqué al General quien me dijo: "Magnífico", vea si puede arreglar con el Superior que se cambie el objeto de la contrata, sustituyendo el Colegio en lugar del Hospital, y la Junta de Instrucción Pública, en lugar de la de Caridad, y entonces, yo le ayudo y le proporciono todo lo necesario. Inmensa fué la alegría que experimenté al oír tan consoladoras palabras, más de repente, se atravesó por mi imaginación, como un fantasma, la necesidad de la aprobación de la Junta de Instrucción Pública, a que acababa de referirse el General y acongojado, como aquel a quien de momento se desvanece una ilusión, le dije: Y si la Junta de Instrucción Pública me resulta desaprobando el contrato, como lo ha hecho la de Caridad? Ah, Licenciado, me contestó: Si la Junta de Instrucción Pública soy yo y mi Secretario y si no quiere aprobar éste, lo quito y pongo otro. Vaya a ver cómo se arregla con el Superior, y no tenga cuidado por lo demás.

Lleno de satisfacción, y después de dar las debidas gracias al General por su bon-

dadoso procedimiento, me dirigí de allí mismo al Telégrafo, para ponerme en relación con el Superior e informarle de lo ocurrido. El, me contestó muy satisfecho, aceptando el cambio, pues, me aseguró que entraba en la institución de las Hermanas, la dedicación a la enseñanza de los niños, con preferencia al cuidado de los enfermos en los Hospitales. Arreglado este punto principal, volví adonde el General quien muy satisfecho del éxito alcanzado, me proporcionó las bestias, para hacer conducir a las Hermanas, y me consiguió con el Gobierno una subvención de \$100 mensuales, para pagar el alquiler de la casa en que se fundó el Colegio! Sor Anselma Cabrera, la Superiora, mujer tan inteligente como virtuosa, y que a primera vista revela poseer el dón del gobierno; Sor Estefanía, joven delicada, pero de gran virtud y energía, y Sor Pascualita, como todos la llamábamos, señora de alguna edad, española, muy humilde y simpática, fueron las primeras Hermanas de la Caridad que hubo en Santa Ana, donde fundaron el Colegio Popular de niñas, que se ha sostenido en estado floreciente. Con posterioridad a dicho Establecimiento, la misma Junta de Caridad, hizo numerosos esfuerzos para conseguir Hermanas para el servicio del Hospital, donde actualmente se encuentra, como Superiora, la fundadora del Colegio, SOR ANSELMA CABRERA.

## MI INGRESO EN LA VIDA OFICIAL

Acaba de cumplir veintitrés años de edad, el 15 de agosto de 1869, cuando me recibí de Abogado y Escribano Público; y coronaba mi carrera literaria, que tantas fatigas, tantos trabajos y penalidades de todo género me había costado, pasados los primeros días en que, las felicitaciones de mis amigos y compañeros y las visitas a mi familia, me mantuvieron en una especie de delicioso letargo, pronto vino algo como el despertar, a colocarme en la realidad de mi situación, produciéndome una tristeza incalculable. Me sentía como decepcionado, pues, de Pasante ganaba mis realitos cómodamente, ya por escrititos o defensas que formulaba, ya como escribiente del Juzgado, ya en fin, por razón de gratificaciones que me daba el señor Juez, a quien le ahorra gran trabajo, con la redacción de algunas sentencias y autos interlocutorios de importancia, que además de expeditar el despacho, producían buenas entradas de dinero, bajo el título de costas procesales; mientras que, ya de Abogado, cuando debían aumentar las necesidades de mi posición social, y que mi familia debía esperar, con razón, que le ayudase, ya que ella había contribuido de manera tan considerable a mi educación, me encontraba de ocioso en casa, sin poder ejercer la profesión alcanzada, pues la ley exigía la edad de veinticinco años, para el ejercicio de la Abogacía, y yo

no tenía más que veintitrés, como manifesté antes.

Pasaba mis días en la lectura, dando consuelo más bien que saludable alimento al espíritu, y al dejar el libro, volvían a atormentarme las consideraciones más tristes, juzgando la mayor injusticia y hasta una especie de burla, que en mi diploma se ordenase reconocirme como tal Abogado, y que se me guardasen los privilegios, honores y preeminencias que corresponden a los que ejercen tan honrosa y útil profesión, y sin embargo, no se me permitiese ejercer esa profesión que tanto me costaba, y con cuyo título me presentaba la Corte Suprema de Justicia ante las autoridades y funcionarios de la República.

En estas y semejantes consideraciones, pasaba mis días primeros de Abogado, contando, cuan largos eran, los dos años que me faltaban, para poder ejercer la profesión, y casi sintiendo haberla adquirido, cuando, un día del mes de diciembre, como a los dos meses de haberme recibido, se presentó un Ayudante en casa, preguntando por mí, de parte del señor Presidente de la República, que me llamaba a su despacho, lo cual, de momento, me llenó de aflicción, sin hallar a qué atribuir esa llamada, que consideraba como el colmo de mi triste situación. Debo advertir, que nunca, hasta ese día, había llegado a casa del señor Presidente, y que, sin antecedentes de ninguna clase



con dicho funcionario, solamente se me ocurría que quisiera el señor Presidente darme alguna reprensión por el pecadillo que se presentaba con insistencia a mi memoria, en esos apurados instantes, de haber mencionado repetidas veces al señor Dueñas, que era entonces el Primer Magistrado de la República, con el seudónimo de "el fraile", como generalmente le decían, a causa quizá de que dicho señor estuvo como profeso, en el convento de Santo Domingo, en Guatemala, cuando la esclaustración de religiosos que se efectuó en aquella sección centroamericana, el año de 1829, me parece.

Bajo tan penosa disposición, que no alcanzaron a desvanecer las reflexiones que me hizo mi mamá, quien, con mejor criterio que yo, trataba de inspirarme confianza e ideas más consoladoras, salí de casa al Despacho Presidencial, que para mí, hacia entonces las veces de un calvario; y aunque me encontraba muy embarazado, pues nunca, hasta ese día, había entrado a las oficinas de Gobierno, lo cual apenas podrán sin duda creerlo los jóvenes de la época, tuve la suerte de que el portero, viniese inmediatamente en mi auxilio, al recibir la tarjeta de mi nombre, introduciéndome al Despacho del Ministerio de Relaciones, donde me encontré con el señor doctor don Gregorio Arbízú, sujeto que me era muy conocido, y a quien profesaba sincero cariño, pues, a la sazón, era también el Rector de la Universidad. El

doctor Arbizú, después de las palabras de cortesía del saludo, me indicó que pasase adelante, que el señor Presidente deseaba hablarme, señalándome con la mano, la puerta de entrada al salón del despacho presidencial, que él mismo entreabrió. El salón tenía como veinte varas de extensión, y en su extremidad, sentado en un amplio sillón, bajo un hermosísimo docel de cortinas rojas, alcancé a ver la figura del doctor Dueñas, que se destacaba inmóvil, teniendo las manos apoyadas sobre una ancha mesa delantera, cubierta también de damasco encarnado, fijos los ojos en mí. Al avanzar, en el salón, no podía desprender mis ojos de los del Presidente, como atraído por éstos de manera irresistible, y al llegar como a ocho varas de distancia, hice una inclinación reverente, avanzando hasta una distancia como de cuatro varas, donde me paré saludando a aquel funcionario, y me quedé allí, con las piernas temblorosas, esperando la filípica que yo había presentado por mis irrespetuosas expresiones.

El señor Dueñas, era un sujeto de baja estatura y algo grueso, entonces ligeramente inclinado hacia adelante; era de color bastante trigueño, labio grueso y ojos redondos, hundidos y de mirada penetrante. No obstante esto, su natural era bondadoso, de conversación animada y amena, que él sabía salpicar de ocurrencias ingeniosas y de buen gusto. El señor Dueñas era hombre de

gran talento y experiencia política, pues, había sido Presidente de la República, durante un período de dos años, en la época pacífica de la alternabilidad invariable, que vino a falsear y a destruir su predecesor en el Gobierno General don Gerardo Barrios, y había figurado antes de ser Presidente, en el Profesorado, en las tribunas de la Asamblea y en la prensa política, revelando en todo, ser un gran Abogado y Estadista de nota, que figuraba, en todos los ramos, en primera línea.

Siéntese, me dijo el señor Dueñas, mostrándome un sillón que se hallaba a mi alcance, y después, con una pausa que aumentaba mi tormento, lo he mando a llamar, me dijo, porque...he sabido...que usted... (por momentos esperaba lo de "el fraile", y la lentitud del señor Dueñas me abrumaba). Porque he sabido, dijo al fin, que usted es un joven inteligente; y yo quiero impulsar a la juventud bien dispuesta, iniciándola en las funciones del Gobierno que ustedes tendrán después que ejercer, en bien de la patria. He dispuesto, pues, nombrarlo Jefe de Sección del Ministerio de Relaciones Exteriores, y espero que aceptará. Háblese allí con Arbizú, dijo, y me señaló como en señal de que había concluido la audiencia, la puerta misma que, a mi llegada, me había mostrado, del otro lado el señor Ministro de Relaciones Exteriores. Ya se imaginará el cambio que se produjo en mi espíritu, ante

las expresiones del señor Presidente; mi tristeza y temor se convirtieron en inesperada alegría y gratitud. Salí de aquel salón, con más fijeza, en las piernas, y sobre todo, en la cabeza; el señor Arbizú, que me esperaba en su despacho, me felicitó, bajo el supuesto de que aceptaba el nombramiento, y me despidió manifestándome, que al día siguiente me llegaría el nombramiento respectivo.

Efectivamente, el día siguiente recibí la comunicación oficial en que se transmitía el acuerdo supremo, en que se me nombraba Jefe de Sección del Ministerio de Relaciones Exteriores, por no haber vuelto a ocupar su puesto mi antecesor, el señor don Mariano Castro, a quien se le había concedido licencia, por dos meses. Desde ese día, empecé a ejercer las funciones de mi empleo, del cual salí hasta que salió del Poder el señor Dueñas, el 10 de abril de 1871, sin que, ni una sola vez, haya dicho desde entonces, "EL FRALLE", tratándose del señor Presidente de la República.

---

### MI PRIMER DIFICULTAD PROFESIONAL

Siempre he tenido en gran concepto y estima la profesión de Abogado, considerando a los que la profesan como baluartes, contra los detentadores de los derechos, y como auxiliares indispensables de la justicia, tan nobles y necesarios como la justicia mis-



ma, cuando ejercen aquélla con entereza y probidad. Por eso, durante los dos años que tuve que esperar, ya recibido de Abogado, para el ejercicio de la profesión, por no tener los veinticinco que requería la ley, juzgaba como una pérdida del tiempo, tener que dedicarlo a otros objetos, por más que siempre me encontré en posiciones elevadas y en el ejercicio de funciones públicas de importancia, primero, como Jefe de Sección del Ministerio de Relaciones Exteriores; después, como Encargado de dicho Ministerio, por defección del señor Ministro y finalmente, como Subsecretario de Gobernación durante la administración del General don Santiago González. Pero, al fin llegó mi ansiada edad, el año de 1871, y al cumplirla, en el acto renuncié mi puesto en el Ministerio y acepté la Judicatura de Primera Instancia, en el Distrito de esta capital, a que me llamó la Corte Suprema de Justicia.

El cambio no podía ser más radical: Dejaba todas las comodidades, por todas las estrecheces y miserias; el buen mobiliario y la abundancia de materiales de escritorio, por unas pocas sillas desvencijadas y uno que otro mueble por el estilo; teniendo que proveer por mí mismo, de las costas del Juzgado, el papel, plumas, tinta, etc., que fuera necesario para el Despacho. Finalmente, al trabajo descansado y libre del Ministerio, tuve que sustituir el fatigoso y forzado del Juzgado, cargado con un rezago inmenso, y

lleno de responsabilidades. No obstante, en aquella posición había mucho de aparente y de precario, cuando en ésta, todas las providencias tenían que ser fruto del estudio, bajo la garantía de la responsabilidad, y, la práctica que el trabajo me imponía, además de ponerme al corriente de todos los negocios, dejaba en mí un fondo considerable de conocimientos, en mi profesión, es decir, me colocaba cada vez, en mejores condiciones para ejercerla con acierto y con provecho, para mí mismo y para la sociedad. Así, estaba satisfecho y me consideraba feliz, en medio de las dificultades y estrecheces de mi nueva posición, aunque inexperto, no alcanzaba a prever siquiera, los sinsabores e intrigas que en la práctica tenía que experimentar.

Pronto empezó a descorrerse el velo: al llegar a mi Despacho, encontré en la mesa, bajo cubierta, un informativo, seguido por desacato a la autoridad, contra don Manuel Trigueros, sujeto de los más distinguidos y adinerados de esta capital, quien además era a la sazón Vice-Cónsul de España; y al propio tiempo, se me presentó por el interesado en la causa, que lo era el señor Alcalde des-acatado, doctor don Enrique Portal, un escrito, solicitando de mi autoridad, que dictase auto de detención provisional contra el indiciado, en virtud de hallarse depurado el sumario respectivo, que era el mismo a que me vengo refiriendo, y de haber mérito bas-

tante para tal providencia. La circunstancia de tratarse de un personaje, como el señor Trigueros contra quien se dirigía la causa, por su posición, influencias y recursos, me hizo comprender desde luego, que debía observar la mayor circunspección y cuidado en el curso de esta causa, y así, emprendí su estudio, con la mayor atención y detenimiento extractando minuciosamente los testimonios que podían servir de prueba del cuerpo del delito y de la delincuencia del procesado.

Concluído mi estudio, tuve que reconocer, que el sumario se hallaba purificado, y que había mérito bastante para la detención; mas, desconfiando de mi parecer, consulté el caso con mi colega, el doctor don Manuel Antonio Mena, que también era Juez de Primera Instancia, y con otro Abogado de mi confianza, que de momento no recuerdo quién fué, y como todos estuviesen de acuerdo en que no quedaba otra providencia que dictar, y que era procedente la detención del indiciado, dicté resueltamente el auto de detención provisional, librando las órdenes del caso, para llevarla a efecto.

El señor Trigueros se hallaba sentado tranquilamente, en una de las glorietas del Parque Central, como a las cinco de la tarde del mismo día en que dicté la providencia, cuando se le presentó un agente de policía, intimándole acompañarle a la sala capitular, donde había ordenado se le condujese a sufrir la detención, atendiendo a su carác-

ter consular; y al regresar a casa, un momento después de la captura del señor Trigueros, encontré alarmada a mi familia, porque habían llegado los ayudantes del señor Presidente a buscarme de precisión, de parte de aquel funcionario, informándose acerca del lugar dónde pudieran encontrarme. Casualmente, ese mismo día había venido de Ahuachapán a San Salvador, mi hermano Valentín, con alguna comisión que desempeñar ante el Presidente de la República, adonde deseaba le acompañase, por lo cual, habíamos convenido en que a mi salida del Juzgado iríamos. Por tal motivo, y atendiendo a la llamada del señor Presidente, me dirigí con mi hermano, inmediatamente a la Casa Presidencial, presintiendo por supuesto, que tendría algún desagrado, pues, consideraba que la prisión del señor Trigueros era la causa principal de que se me buscara con tanta solicitud. Así sucedió, en efecto: el señor Presidente estaba furioso cuando llegué, considerando que la detención de aquel caballero tenía que ser arbitraria, tanto más, que se trataba de un Vice-Cónsul de España y que no era conocida la causa de su detención. Había reunidas en la sala numerosas personas, entre ellas el Dr. don Manuel Méndez, Vice-Presidente de la República, y el Ministro del Gobierno doctor don Manuel Cáceres, y muchos otros que no recuerdo, quienes desde el instante de mi llegada, me rodearon y empezaron a interro-



garme, empleando el señor Presidente un estilo como de recriminación, a todo lo cual contestaba yo, con energía, defendiéndome, y aun apelé una vez, al señor Ministro Méndez, quien tuvo la deferencia de corresponderme con un signo de afirmación.

Hice comprender al señor Presidente, que los Jueces son funcionarios que mantienen sobre su cabeza la espada de la responsabilidad; que, por lo mismo, estudian minuciosamente los autos, antes de dictar una resolución, consultando las leyes que conceptúan aplicables y su recta interpretación; que siempre procuran ayudarse de los compañeros, sobre todo los que son considerados como de más experiencia o competencia, a fin de tener de su parte las mayores probabilidades de acierto, y que de esta manera había procedido yo, en el asunto del señor Trigueros, sin resolverme a dictar su detención, sino, cuando mis estudios y el dictamen de mis colegas, me produjeron el convencimiento de que la detención de aquél, era la única providencia que procedía en el asunto. Llamé la atención del señor Presidente, sobre la circunstancia de que el carácter consular que tenía el procesado, no lo eximía de la jurisdicción de las autoridades judiciales, pues, no gozaba de inmunidad personal, conforme a las leyes, y mis argumentos fueron serinando, poco a poco, al Gral. González, Presidente de la República, especialmente, cuando le manifesté que, en prueba de mi buena

disposición, en favor del señor Trigueros, en cuanto no afectase mis deberes, había ordenado colocarle en la sala capitular, en lugar de mandarlo a la cárcel, y que estaba dispuesto, a conceder su excarcelación bajo de fianza, resolviendo así, en su beneficio, la duda que podía abrigarse legalmente, sobre la procedencia de tal disposición.

El General González, que empezó irascible y colérico nuestra conferencia, concluyó satisfecho y contento; y deseando que la libertad del señor Trigueros se efectuase en el acto, me propuso varios fiadores que tuve que rechazar, por ser funcionarios públicos, aceptando finalmente a uno que reunía las condiciones legales. Se otorgó la fianza, y yo mismo fui, acompañado de algunas personas a poner en libertad al señor Trigueros, a quien manifesté, que, así como tuve la pena de decretar su detención, quería también tener el gusto de ponerle en libertad. El asunto de mi hermano, no lo abordé, por considerarlo extemporáneo, y regresé a casa, teniendo la pena de ver, a mi paso por la casa del señor Trigueros, que su familia estaba en la ventana, y como que quería derretirme con sus miradas de fuego.

La prisión del señor Trigueros, fué el asunto sensacional del día, comentado por todos de diversas maneras, aunque la generalidad me daba la razón, y muchos sentían únicamente que lo hubiese puesto en libertad. El señor Trigueros se presentó ante el

Supremo Tribunal formulando acusación formal contra mí, por medio de su apoderado el doctor don Ireneo Chacón; y aunque al principio, se desplegó gran actividad para lograr alguna resolución en mi contra, tal propósito se fue dificultando, vino la ruina de la capital y mi traslación a Santa Ana, y por fin, se olvidó el asunto, dejándolo trasapelar en el Tribunal. Por mi parte, abrumado por el trabajo del Juzgado, un tanto decepcionado por las molestias que me ocasionó el asunto del señor Trigueros, y sobre todo, por la ingerencia que quiso tomar el Presidente de la República, pedí una licencia para visitar la ciudad de Santa Ana, entonces célebre por su gran movimiento cafetalero, y el departamento de Ahuachapán, donde se hallaba establecido mi hermano Valentín. Poco tiempo después de esta expedición, que me hizo concebir elevado concepto de Santa Ana, y trasladarme después a dicha ciudad, con motivo de la ruina de la capital, el 19 de marzo de 1873, puse mi renuncia del Juzgado, confirmándome en la idea de que, la lucha con los poderosos debe esquivarse, siempre que sea posible, si se estima en algo la tranquilidad, por más que, algunas veces, cuando menos se espera, vengan los mismos ofendidos a robustecer la satisfacción que produce el cumplimiento del deber.

Habían transcurrido cinco años desde la prisión del señor Trigueros, y yo vivía tran-

quilo en Santa Ana, trabajando en mi profesión y en la agricultura, cuando un día recibí telegrama del Presidente, que lo era el doctor don Rafael Zaldívar, llamándome para desempeñar una misión que, decía él, sería de mi agrado. Ocurrí inmediatamente a la capital, y aquel Magistrado me manifestó que la misión que quería encomendarme, era la de llevar a Nicaragua un auxilio pecuniario, para los arruinados por la inundación que últimamente había ocurrido en Managua. Acepté desde luego, y me dispuse al viaje, comprometiendo un asiento de la diligencia que debía salir al siguiente día para el puerto de La Libertad.

A las cinco de la mañana, tomé el coche, el cual pasó después a recoger a los demás pasajeros, y con gran pena fui informado de que mis compañeros de viaje serían el señor don Manuel Trigueros, su señora e hijos, quienes efectivamente tomaron los demás asientos del coche, colocándome en una posición por demás embarazosa y emprendiendo la marcha para el Puerto. Contra lo que yo esperaba, el señor Trigueros se mostró atento y cortés conmigo, desde el primer momento; y al imponerse de que me dirigía a Nicaragua, me manifestó que sentía mucho no haber sabido antes que iba a efectuar ese viaje, pues habría querido aprovecharlo para el arreglo de varios asuntos que tenía allá de alguna importancia, demostrándome de este modo su confianza. Continuó el señor



Trigueros manifestándome que estaba convencido de que en el asunto que motivo su detención, había procedido yo honradamente, con arreglo a las leyes, por más que todo habían sido picardías del tuerto Portal, y que por consiguiente no me guardaba ningún resentimiento. Llegados a Zaragoza, el señor Trigueros se empeñó en que me quedase allí a almorzar con su familia, agregando así los obsequios a las manifestaciones de consideración y amistad.

Ya se comprenderá la satisfacción que experimenté, ante esta inesperada explicación de parte del señor Trigueros y de las atenciones que la acompañaban. Mi vindicación, que antes la encontré únicamente en mi conciencia, era ahora completa, y compensaba sobradamente las molestias y sufrimientos que me habían causado. Las reivindicaciones de la Justicia pueden ser tardías, pero siempre llegan.

---

### TRIUNFOS PROFESIONALES

Tengo en la mayor estima la profesión de Abogado, influyendo, sin duda, en este concepto, tanto su propia importancia, por la elevación del objeto que llena en la sociedad, como las ventajas que me ha proporcionado, compensando sobradamente las penas y fatigas, las dificultades y los gastos que tuve que sobrellevar para alcanzarla. Porque ha de saberse, que, a mi juicio, la Abogacía es un Sacerdocio legal, de paz y de justicia;

una Magistratura de benevolencia, que esclarece los derechos, aconseja y guía para afirmarlos y legalizarlos, y con su arbitraje conciliador, armoniza los intereses, evitando muchas veces los alegatos desagradables y los pleitos dispendiosos, último recurso a que debe apelar para hacer efectivos los derechos que se le confían. Así he comprendido y practicado siempre esta noble profesión, obteniendo grandes satisfacciones morales y beneficios pecuniarios, aun en los casos en que, no pudiendo conciliar los derechos de las partes, que ha sido siempre el objeto principal de mis esfuerzos, he tenido que instaurar o sostener, ante los tribunales, las acciones correspondientes, en defensa de los derechos puestos bajo mi amparo.

Por regla general, siempre que se me ha hablado para encomendarme algún asunto, lo primero que he exigido, después de asegurarme de la justicia, que asiste a mi cliente, es la facultad de arreglarlo, si fuera posible, obteniendo por este medio, en la mayor parte de los casos, la armonía de los interesados, no sólo respecto de sus bienes en disputa, sino también en sus relaciones personales ya resentidas, o por lo menos, expuestas a alterarse.

Varios casos pudiera citar, para confirmación de los conceptos que dejo expuestos; entre los muchos que me han ocurrido en el ejercicio de mi carrera profesional; mas, me limitaré a dos de los más notables, por los

señalados triunfos que me proporcionaron, en uno, la misión arbitral que, ante todo, he tratado siempre de ejercitar, y en el otro, la rectitud de mi conducta, después de agotar los medios que estaban a mi alcance para evitar la controversia judicial.

Cuando me trasladé con mi familia, a la ciudad de Santa Ana, a consecuencia del célebre terremoto del 19 de marzo de 1873, que redujo a escombros la ciudad capital de la República, me guiaba la idea de que, en una ciudad tan populosa y rica, y de tanto movimiento agrícola y comercial, el ejercicio de mi profesión de Abogado, único capital que me acompañaba, sería provechoso, para proporcionarme el sostenimiento de mi numerosa familia y formarme un porvenir. Así, en cuanto llegué, a dicha ciudad, procuré orientarme acerca de la situación relativa a los negocios de Abogado, de cómo marchaban los Juzgados, qué negocios había de importancia, cuántos colegas se dedicaban al ejercicio de la profesión, etc., etc. El doctor don Cornelio Lemus, amigo íntimo mío, desde la época de nuestros estudios, y quien me había prestado muy oportunos auxilios para mi traslación y establecimiento, me informó, entre otros pormenores de que había en aquella metrópoli 18 abogados de nota, distinguiéndose entre ellos el Licenciado don Quirino Escalón, de gran ilustración, experiencia y recursos, el cual contaba entre su clientela al señor don Francisco Figueroa,

alias, MACHO, hombre de pocos alcances, aunque de muchos negocios; terco, como pocos, lo cual había originado y justificaba el apodo con que generalmente era conocido y llamado, pues, todos le decían don Chico Macho, y finalmente, sujeto de valiosas riquezas, pero también de muchos pleitos y negocios enredados. Desde luego me dijo el amigo Lemus, que me preparara para litigar con el Licenciado Escalón, en asuntos contra el señor Figueroa. De la misma manera, me indicó el señor Lemus que había un asunto de testamentaria, entre don Rafael Mendoza y un señor Guevara, me parece, ambos de la ciudad de Chalchuapa, y que probablemente me hablarían para gestionar en él, en nombre de alguna de las partes, por lo cual creía conveniente prevenirme, pues, ese negocio ofrecía graves riesgos y dificultades, habiendo ocasionado ya, muertes, prisiones y últimamente, hasta el destierro de un Abogado, el licenciado Yanuario Cañas. Efectivamente, pocos días después de mi llegada, estuvo en casa uno de los interesados en dicho asunto, a solicitar me hiciese cargo de la defensa de sus derechos ante los Tribunales, y no obstante hallarme prevenido por el señor Lemus, y quizá aguijoneado por el acicate de esta prevención, en lugar de rechazar la solicitud, indiqué al interesado las ventajas de efectuar algún arreglo, única solución posible en negocios como el suyo que han producido ya, durante la litis, tan



irascendentes efectos, los cuales van complicando cada vez más, el asunto principal, desnaturalizando y prolongando indefinidamente su término; en daño propio, y aún de la sociedad, y en beneficio sólo de Abogados que no conocen su elevada misión, y de procuradores y agentes auxiliares, sin conciencia, que medran con asuntos de esta clase, y no desean que se resuelvan jamás. El cliente, me dió en todo, la razón, pero agregando con un aire manifiestamente decepcionado, que juzgaba imposible llegar a un arreglo, por más que de mi parte hubiese la mejor voluntad; pero que puesto que yo lo creía hacedero, me autorizaba por su parte plenamente para intentarlo, puesto que así se lo exigía, y que ojalá obtuviese el resultado que deseaba. Asegurado de este modo, de la buena disposición de mi cliente, me impuse detenidamente del estado del asunto, de los fundamentos en que descansaban ambas partes, y de las dificultades que se presentaban como obstáculos para que cada cual, obtuviese lo que le correspondía; y me hallaba preparado un resumen de todo, y una correspondencia para la contraparte, cuando esta misma, sin conocimiento de lo que había ocurrido con su contraria, vino a su vez, a solicitar mis oficios de Abogado, para sostener en su nombre los derechos que pretendía presentándome, para mayor ilustración, algunas copias de documentos y providencias de los tribunales.

Gran satisfacción experimenté al ver que ocurría a mí la otra parte interesada en ese escabroso asunto, como presintiendo que, estando del todo en mis manos, y teniendo todos sus pormenores, podía aprovechar las ventajas que una posición semejante me ofrecía, para llegar, con tan valiosos elementos, a una solución en que me consideraba ser el más interesado, dadas mis actuales circunstancias, pues, ella me produciría honor y fama, fuera de las ventajas pecuniarias que eran consiguientes. Propuse pues, al interesado, que me haría cargo de su asunto, si me autorizaba plenamente para procurar ante todo algún arreglo, como acostumbraba siempre con mis clientes, antes de iniciar ninguna providencia ante las autoridades. Hice al efecto, las reflexiones del caso, ponderando las ventajas de un convenio, en el cual ambas partes, podían jactarse del triunfo, o por lo menos, no podía decirse que hubiesen perdido, economizándose, de este modo, desagradados y gastos, y lográndose obtener brevemente, el derecho que pudiera asistirle, en medio de la armonía de los intereses de todos.

La decepción, la duda, y aun la incredulidad, se pintaban claramente en el semblante de mi cliente, quien, de la misma manera que su contraparte, me dijo, que, aunque por su parte juzgaba que era imposible llegar a un arreglo extrajudicial y amistoso, puesto que yo lo exigía así, desde luego, me daba su más amplia autorización, para intentar

este recurso que en nada podía perjudicarle.

Con pleno conocimiento de todos los datos y de las pretensiones de ambas partes; después de un estudio detenido del asunto, comencé una serie de conferencias, alternativamente con cada una de las partes, y como conocía el pensamiento de cada una de ellas, respecto de cada incidente, pude fácilmente ir armonizando las opuestas pretensiones, y desembarazando el asunto principal, hasta que reducido éste a su mayor simplicidad, se impuso prontamente, el arreglo de todas las dificultades, a satisfacción de ambas partes, y de la mía en particular. Con el acuerdo respecto de los intereses, renació la armonía de las voluntades entre los interesados en este ruidoso asunto; y en cuanto a mí, tuve por la primera vez, en mi vida profesional, la gran satisfacción moral de que ambas partes ocurriesen a darme sus agradecimientos, y a presentarme, de común acuerdo, la suma de QUINIENTOS PESOS, para satisfacer los honorarios que me correspondía percibir. El triunfo había sido completo y en toda la línea. Los dictados de la razón son siempre de mayor eficacia que las violencias de una litis, de cualquier naturaleza que ésta sea.

De la misma manera, experimenté en otro asunto, las más gratas emociones, que atribuyo a la estricta lealtad y honradez que he procurado siempre observar en mi conducta profesional, aun en los casos en que, siendo

inevitable entrar en las controversias de una litis, he tenido que luchar abiertamente, contradiciendo y refutando a la contraparte y teniendo que emplear siempre un lenguaje decente y digno, aun refiriéndose a un adversario que no observe iguales restricciones.

Ya indiqué las condiciones en que se mantenía el señor don Francisco Figueroa, o sea don Chico Macho, en la época en que me encontraba en Santa Ana dedicado al ejercicio de mi profesión. Lleno siempre de cuestiones extrajudiciales y en tela de juicio, era casi seguro que pronto tendría que encontrarme al frente del Licenciado Escalón, como me lo anunció mi amigo el Licenciado Lemus; y en efecto, no tardó en ocurrir a mi oficina alguien, cuyo nombre no importa recordar, solicitando me hiciese cargo de la defensa de sus derechos, en un asunto que tenía con el señor Figueroa, de cuyos pormenores me impuso detalladamente. Estudiado el negocio en todos sus aspectos, y estando bien persuadido de la justicia que asistía a mi cliente, ocurrí ante todo, de acuerdo con este, a hablar con aquél, por si era posible llegar a un avenimiento, que conciliase los derechos que se me habían encomendado, con las pretensiones de la parte contraria, terminando la dificultad; mas, todo fué en vano. Manifesté al señor Figueroa los fundamentos legales que asistían a mi representado y él me dijo a su vez, que también tenía buenos documentos y pruebas con que defenderse;



le hablé de las ventajas de una transacción, y me contestó que prefería las eventualidades del litigio; le hice presentes los gastos y desagradados que necesariamente tendría que ocasionarle una controversia judicial, y a esto repuso, que tenía mucha plata que gastar. En fin, todo fué inútil: el hombre se encastilló en su terquedad, y no valía argumento alguno para hacerle entrar en razón.

En tales circunstancias, no me quedaba otro recurso que el que ofrecían los tribunales, y a ellos me dirigí intentando formal demanda contra el señor Figueroa y logrando después de numerosos incidentes que nada tienen de particular, y que no vale la pena detenerse a enumerarlos, que se reconociese en sentencia definitiva la justicia que asistía a mi cliente, condenando al señor Figueroa, sobre lo principal del litigio, más las costas procesales. Obtenido este triunfo, fuí de nuevo donde el señor Figueroa, para excitarle a terminar las gestiones judiciales, aceptando la sentencia pronunciada, pues, apelar de ella, daría únicamente, por resultado seguro, hacer más gastos y agriar más los ánimos, siendo muy remoto que la Cámara de Segunda Instancia reformase o revocase el fallo pronunciado; mas, don Francisco me recibió con marcada sequedad, y a mis observaciones contestó con apreciaciones ofensivas para mi representado, que no venían al caso, concluyendo con hacerme desear toda esperanza de arreglo o de some-

timiento a la sentencia, la cual tuvo que sujetarse a la revisión de la Cámara de Segunda Instancia. Entramos pues, en nuevos alegatos, ante el Tribunal de apelación, y llamados los autos a la vista, para sentencia, tuve la nueva satisfacción de que se confirmase la sentencia apelada, con las costas de la instancia.

Visité por última vez al señor Figueroa, para procurar obtener de él que la ejecución de la sentencia y el pago de costas se efectuase extrajudicialmente, puesto que ya no quedaba recurso alguno, pero, imposible: don Francisco era inaccesible, y hasta el último centavo tuve que exigirlo judicialmente, arrojando el desagrado cada vez más profundo de don Chico, quien a mi juicio, justificaba más y más, el sobre nombre con que generalmente se le designaba.

Pasó algún tiempo, y yo notaba claramente, que el señor Figueroa no podía verme. Algunas veces que nos encontramos en la calle, no me saludó, ni permitió que yo lo hiciese, volteando su rostro, y cuando había tiempo de esquivar el encuentro, cruzando en alguna esquina, el señor Figueroa lo aprovechaba, tomando cualquier dirección que le apartase de mi presencia. Por mi parte, mantenía la pena de este modo de ser, pues siempre he procurado estar bien con todo el mundo, y aunque la conciencia no me arguía de nada respecto de aquel, sentía vivamente no poder dispensarle las consideraciones que

por muchos conceptos me merecía. Pero, un día, noté que mi mamá recibía la visita de la señora de don Francisco, que lo era doña Rosa Andrade de Figueroa, compañera y amiga suya, desde la infancia; y al retirarse aquella, me manifestó mi señora madre, que doña Rosa había llegado de parte de don Francisco, quien se hallaba enfermo, para empeñar su amistad, a fin de que fuese a hablar con aquel, que así lo deseaba vivamente. Ocurrió en el acto, y encontré que don Chico estaba gravísimo. O como generalmente se dice, en paso de muerte. En el acto me puse a sus órdenes, y él, con acento conmovido, me manifestó, que tenía el mejor concepto de mi honradez y caballerosidad; que reconocía con gusto que su resentimiento había sido infundado, y que en prueba de confianza, deseaba que yo autorizase su testamento: que también quería que aceptase el nombramiento de curador de su hija Narcisa, joven como de dieciocho años, recién salida del Colegio de Guatemala, notable por su belleza singular y atractiva, y que manejase los intereses de la familia. Todo se lo ofrecí, asegurándole al propio tiempo, que no le había guardado nunca resentimiento, y que lo único que al presente deseaba, era que estuviese tranquilo. Para autorizar el testamento, le hice presente, que debiendo ser nombrado curador de Narcisa, en dicho documento, no podía intervenir en él como Abogado Cartulario, pero que llamaría en el acto, como lo hice, al

licenciado Lemus, para que ante él se otorgase. Así se verificó, y terminado, don Francisco llamó a su señora e hijos, e hizo que le jurasen cumplir su última voluntad, lo cual ofrecieron todos, y, viendo que se aproximaba la muerte del señor Figueroa, permanecí a su lado, prodigándole los pocos auxilios que estaban en mis manos, hasta que le ví exhalar el último suspiro.

Cuando me dirigía a casa, después de la celebración del testamento, encontré al licenciado Escalón, el Abogado del señor Figueroa, durante su vida, y él me manifestó en el acto, que la intención de don Chico, al designarme para la guarda de su hija Narcisa, era, que me casase con ella, entrando desde luego, en la administración y goce de sus intereses. Esta confidencia me apenó mucho, sobre todo, cuando consideraba que no me sería posible cumplir en esa parte, la voluntad del difunto, pues, ni sentía inclinación alguna por la señorita ni quería entrar en el manejo de bienes ajenos, cuando carecía de propios y consideraba arriesgado entrar en esa clase de compromisos. Se aumentó mi pena, a este respecto, por la notoriedad que fué tomando la noticia, a la muerte del señor Figueroa, al grado de que, don Narciso Avilés, que era entonces el Gobernador de Santa Ana, y era considerado como uno de los sujetos más acomodados de dicha ciudad, me llamó un día, para instarme a que aceptase, dejándome de tonteras y ofreciéndome él su



garantía, por la cantidad que fuese necesaria, para la Administración de los bienes; mas, de mi parte, al terminar los nueve días, como es la costumbre, reuní a la familia del señor Figueroa para manifestar en su presencia, a la señora, que me parecía lo más natural y conveniente, hacer nombrar curadora de la señorita Narcisa, a su propia madre, que era quien mejor podía cuidar de ella y de sus intereses, y que si le parecía, por mi parte, procedería inmediatamente a hacer las gestiones del caso, pues, a mi juicio, se hallaba interesado en ello, hasta el buen nombre y la memoria del señor Figueroa, que debían merecer de nuestra parte el más vivo respeto. Así se resolvió y se llevó a la práctica, reservándome únicamente, la práctica de los inventarios y la partición de bienes, lo cual me produjo algunos fonditos, que bastante los necesitaba, aunque consideraba estar remunerado, en mucho más de lo que podía esperar y merecer, con la satisfacción que me produjo la noble conducta del señor Figueroa, que colocaba tan alta mi reputación profesional y mi honradez. Me sentía vindicado, satisfecho y remunerado hasta la saciedad.

Del bien obrar, nunca debe uno arrepentirse. Podrán sobrevenirle, por su conducta, males aparentes o reales: todo esto es accidental, y nunca podrá compararse la satisfacción de la conciencia.

### INCONSECUENCIA CASTIGADA

Siempre que he ocupado algún puesto político de importancia, he considerado como un deber especial que la posición me impone, dispensar la mayor atención, consideraciones y deferencias a las personas que, por cualquier motivo, y especialmente por ser reputadas como enemigos del Gobierno, pudieran estimar como despreciativa la indiferencia. Esta conducta, no ha sido por lo regular correspondida de la misma manera; y aunque algunas veces han tenido que experimentar los inconsecuentes, directa o indirectamente, los efectos desagradables de su incorrecto modo de proceder, en cuanto a mí, siempre he sentido la satisfacción que causa toda especie de humillación voluntaria, sea o no comprendida o apreciada. Tal fué lo que ocurrió en el suceso que paso a referir.

A mediados del mes de febrero de 1883, me encontraba en San José de Costa Rica, desempeñando una misión diplomática como Ministro Plenipotenciario de El Salvador, cuando por una correspondencia privada que recibí del señor Presidente de esta República, doctor don Rafael Zaldívar, fuí informado de que se había descubierto una conjuración dirigida a apoderarse de aquel alto Magistrado, en los momentos de entrar éste al Palacio Nacional, resultando que los principales comprometidos eran los doctores don Carlos Bonilla y don Jacinto Castellanos y

el General Carlos F. Avilés, sujetos caracterizados de El Salvador, quienes de momento confesaron su culpabilidad, solicitando del Presidente de El Salvador, ser desterrados del país, lo cual les fué concedido en el acto. El mismo día que recibí esta noticia, supe por mi ayudante, el Capitán Ponce, que los señores Bonilla y Castellanos habían llegado el día anterior y se encontraban en San José.

Aunque de momento sufrí una impresión muy desagradable por la intentona develada en San Salvador, que pudo ser tan funesta para el orden en aquella República, pronto mi consideración se fijó en sus autores, que se hallaban en aquella misma ciudad, en carácter de emigrados y que, probablemente, sufrirían, además de las penalidades del ostracismo, numerosas privaciones. En el acto, mandé a mi ayudante a saludarlos de mi parte y a ofrecerme a ellos, en lo que pudiera servirles, a lo cual contestaron dando las gracias, lisa y llanamente, sin que tuviera de ellos más noticia durante varios días. Preocupado de su situación, los recomendé encarecidamente con el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor don José María Castro, funcionario distinguido, con quien, desde algunos años antes, me ligaban relaciones de amistad; y recuerdo que, habiendo renovado mi recomendación, pues mantenía la pena de la situación de aquellos caballeros, el doctor Castro me manifestó, con toda franqueza, que si lo que deseaba era

una colocación para mis amigos, tenía la pena de decirme, desde luego, que eso era muy difícil en Costa Rica, sin perjuicio de que procuraría complacerme. Esta manifestación me pareció algo como ofensiva, pero me limité a contestar al doctor Castro, que no me refería a empleos, al recomendarle a mis paisanos: que ellos eran académicos muy distinguidos de El Salvador, y que juzgaba que podían ganarse donde quiera la vida, desahogadamente, Bonilla como Médico y Castellanos como Abogado: que si los había recomendado, quizá con demasiada insistencia, era simplemente por ser desconocidos en aquella sociedad, donde deseaba que contasen con su benevolencia y amistad, para ser introducidos a sus numerosas relaciones.

Pasaron algunos días, sin tener noticias de mis paisanos, hasta que, por medio de mi ayudante, supe un día que se preparaban a salir de Costa Rica para Nicaragua, en la misma fecha que yo aguardaba para regresar a El Salvador, mandé entonces a aquél a ofrecerme de nuevo, por si necesitaban de algo para su viaje, excitándoles además a que lo verificásemos juntos, puesto que teníamos que llevar el mismo camino; y, aunque, los señores Bonilla y Castellanos se mostraron deferentes, quedando de que nos reuniríamos a una hora dada, llegada ésta, tuve la pena de saber, que mis paisanos habían salido ya de viaje. Contrariado por esta pequeña inconsecuencia, emprendí solo mi



camino, a la hora señalada, y cuando llegué a Atenas, donde debíamos almorzar, encontré que aquellos estaban ya a la mesa, donde me senté para que me sirviesen el almuerzo, entrando en conversación con ellos, sobre asuntos de viaje, de pura atención, y mostrándome indiferente sobre la circunstancia de haberseme anticipado, no obstante haber quedado de acuerdo en hacer juntos la expedición. Ellos, sin embargo, no pudieron pasar el caso en silencio y se disculparon con haber creído que ya venía yo adelante, lo cual acepté como sincero, por más que no me satisfacía por completo. Llegada la hora de emprender de nuevo la marcha, les invité nuevamente a partir juntos, para lo cual pretextaron que tenían que aguardar allí a otro compañero de viaje, y, deseando apurar hasta el fin, mi credulidad o su inconsecuencia, acepté la excusa, conviniendo con ellos en que, llegado a la próxima posada, donde debíamos dormir, les esperaría, encargando para ellos comida y alojamiento. Volví, pues, a emprender solo la marcha, alojándome en San Mateo, en el hotel de una señora a quien generalmente llaman la Cora, y le informé a ésta de que pronto debían llegar dos compañeros míos, a quienes debía preparar comida y una pieza con dos camas para dormir.

La Cora, era una mujer agradable, decidora y al propio tiempo hacendosa y activa, según lo que pude apreciar de momento, y después de atender con solicitud a mi alimen-

tación y al arreglo de mi cuarto, señor, me dijo: sus compañeros tardan algo y yo no puedo quedarme con la comida preparada y el cuarto y las camas listas, a lo cual contesté, que tenía mucha razón y que, aunque esperaba que mis compañeros no tardarían ya en llegar, por mi parte, para que ella estuviese tranquila, estaba dispuesto a pagar anticipada la cuenta de lo que correspondía a mis amigos, pagando además la mía, en el acto, para quedar expedito de madrugar. Así, se verificó, quedando muy contenta la patrona, y como llegase en esos momentos mi ayudante, que venía de recorrer la población, informándome de que los señores Bonilla y Castellanos se habían hospedado donde un señor Chávez, a la entrada del pueblo, perdí toda esperanza de reunirme con dichos señores y me acosté tranquilo y satisfecho de haberme comportado con ellos con la deferencia y consideraciones que sus circunstancias y las mías demandaban, aunque resuelto a no insistir más en semejantes demostraciones, que hasta entonces habían sido desairadas.

Dormía profundamente, después de las fatigas de la jornada, cuando como a medianoche, desperté sobresaltado por el ruido de puertas, bestias, espadas y vocerío que repentinamente se produjo dentro del hotel, y escuchando que, golpeaban la puerta de mi habitación, con violencia, salté de la cama, sin vestirme, y entreabrí la puerta, para in-

formarme de la causa de ese inusitado movimiento, y saber qué me querían. La Cora estaba allí con semblante asustado, y al solo verme, me dijo: —señor, desocúpeme la pieza que ha llegado el señor Presidente, General don Próspero Fernández con su comitiva, que viene o va— no recuerdo cuál de los dos conceptos me manifestó— de o para el Guanacaste, y tengo que dar alojamiento a todos los que le acompañan. Señora, le repuse, lejos de desocupar mi cuarto, le exijo que sea usted la que me entregue el que le arrendé y pagué para mis dos amigos, junto con las dos tijeras (camas sencillas de dormir) preparadas para ellos y pagadas también de antemano. La Cora, en su aflicción creyó quizá, por un momento, que mi exigencia era formal, cuando en realidad sólo se dirigía, en el fondo, a conservar tranquilo la pieza que ocupaba y que se me pedía desocupar; y como mi argumento era incontestable, prefirió la patrona hablarme en tono suplicante, cambiando el que había empleado primeramente, para que la dispensara, en gracia de las dificultades en que se hallaba, retirándose, y dejándome en la posesión tranquila del cuarto de que había pretendido despojarme.

Madrugué de San Mateo, entreteniendo el tiempo, durante el camino, con el recuerdo de las peripecias que me habían pasado en el hotel de la Cora, y con las divertidas relaciones que me hacía mi ayudante, de las

conversaciones que tuvo con los oficiales que acompañaban al señor Presidente, y muy temprano, entré a Esparta, alojándome en el hotel del señor Lacoste, un francés de alguna edad, establecido desde hacía algún tiempo en Costa Rica, y hombre de carácter servicial pero delicado y fogoso. Fuí recibido atentamente por el posadero, quien pronto hizo aderezarme un magnífico almuerzo, invitándome después a reposar la comida, en una habitación decentemente arreglada, con cortinas blancas, donde había una cama compuesta y cubierta con pabellón blanco; todo muy decente y aseado. Acepté, y me hallaba disfrutando del más agradable descanso, cuando oí voces en el interior, sobresaliendo la de Mr. Lacoste que dirigía a gritos, estas o semejantes expresiones: —señores, pueden ustedes irse a la hora que quieran, donde se les antoje: yo no soy criado de nadie, ni puedo adivinar que van a venir pasajeros a estas horas, exigiendo el almuerzo, cuando no lo han encargado, y molestando la paciencia. Sentí que salían a caballo, pasando frente al balcón del cuarto que ocupaba, llevado por la curiosidad, entreabrí la ventana, alcanzando a ver a los doctores Bonilla y Castellanos, que salían montados, sin almorzar, como a la una del día, y aguantando los improperios de Mr. Lacoste, quien se enardecía, cada vez más, a medida que se alejaban los pasajeros.

Francamente, ví alejarse con pesar, a los



paisanos, a pesar de las inconsecuencias que conmigo habían tenido, y que veía en ese momento castigados, por intermedio de Mr. Lacoste. Por mi ayudante, supe después, que aquellos se habían dirigido al mercado, donde compraron algo para satisfacer la necesidad, teniendo que tomar sus alimentos, sin más platos ni cubiertos que las propias manos, parados, sobre la línea del ferrocarril, donde permanecieron hasta la salida del tren.

Al día siguiente, nos embarcamos todos en Puntarenas, amistosa y cuerdamente, e hicimos juntos el viaje de regreso, hasta Corinto, donde desembarcaron los señores Bonilla y Castellanos, para ir a fundar un Colegio a Granada, continuando yo, hasta La Libertad, y de allí a San Salvador, recordando siempre, que, como dice el adagio vulgar, todo se paga en esta vida, y sobre todo, la soberbia, a la que está reservado el ser siempre abatida.

Pocos días habían transcurrido, después de mi regreso a El Salvador, cuando un día, mi esposa me informó, que habían llegado a casa a venderle un juego de cubiertos, y que inquiriendo quién era su dueño, le dijeron que los mandaba a vender la señora del doctor Bonilla, porque estaba muy pobre. Comprendiendo por este incidente la penosa situación de la familia del doctor Bonilla, referí lo ocurrido al doctor Zaldívar, el mismo día que lo supe. El doctor después de escucharme me dijo: Pero, qué quiere usted

que yo haga? A lo que le contesté que probablemente se debían algunos sueldos al doctor Bonilla y que la familia recibiría grande alivio si se le mandasen pagar. Vamos a ver, me dijo el doctor y terminamos la conversación sobre este punto. Al día siguiente, al llegar a Palacio, me llamó el doctor Zaldívar y me dijo que se había desvelado, pensando en lo que le había dicho el día anterior, respecto de la familia del doctor Bonilla, y entonces, aprovechando la buena disposición que me revelaba, le invité a que mandásemos pagar lo que se adeudase por sueldos al doctor Bonilla, y que le mandásemos su pasaporte a éste, a todo lo cual condescendió el doctor Zaldívar, mostrándose satisfecho y tranquilizando su espíritu. La nobleza del alma, se había sobrepuesto a todas las pasiones.

---

### LA CAPTURA DEL GENERAL PROSPERO AGUILAR

En 1892, desempeñaba la Cartera de Relaciones Exteriores y Justicia en la Administración del General don Carlos Ezeta, cuando un día, el 6 de diciembre del mismo año, como a las ocho de la mañana, se presentó despavorido en mi casa el General don Próspero Aguilar, acogiéndose a mí con palabras suplicantes, para que le amparase, pues, me decía que dos oficiales le perseguían para capturarlo, sin motivo alguno, y que estaba seguro de que Virgilio lo habría

de colgar y de vejearlo de todos modos (Virgilio era el Coronel Valencia, Comandante entonces del Cuartel de Artillería, y podría señalarse como uno de los tipos de esos militares presumidos, ignorantes y serviles, propios para el oficio de verdugos de los desafectos del Poder). Interrogué al General Aguilar sobre la causa de que se le persiguiese y si desgraciadamente había cometido algún delito, asegurándome aquel, que simplemente se trataba de molestarlo, por juzgar que era desafecto al General Ezeta, y considerarlo como enemigo, los demás militares que estaban a su servicio.

Impresionado por el suceso y presumiendo el fondo de verdad que encerraban las palabras del General Aguilar, pues bien sabía, por experiencia, cuán grave falta era, sobre todo en esa época, no ser partidario del Gobernante, y a lo que esta circunstancia exponía, manifesté a aquel que podía estar seguro de que mi casa sería para él un asilo sagrado, que no dejaría violar, en cuanto me fuese posible, y que sólo tendría que entregarlo con orden de la Autoridad, en acatamiento de la ley.

Apenas habría pasado una media hora de la llegada del General Aguilar a mi casa, cuando me anunciaron que el Coronel don Virgilio Valencia, Comandante del Cuartel de Artillería, me buscaba y esperaban en la sala. Ocurrí en el acto, y aquél me manifestó, que sabía que el General Aguilar se ha-

bía refugiado en casa y solicitaba se lo entregase. Le repuse que efectivamente, el referido jefe militar se me había presentado manifestándome que le perseguían, sin que hubiese para ello motivo alguno, y pidiéndome garantías; pero que, si había contra aquél orden de detención de alguna autoridad, no tenía inconveniente en entregarlo. El Coronel Valencia repuso entonces, que tenía orden verbal del señor Presidente para detener al General Aguilar y que consideraba esto suficiente, a lo cual contesté, que para mí no era bastante la orden de que hacía mención, lo cual causó una gran admiración al señor Valencia, quien, entonándose y sonriendo sarcásticamente, como quien ha encontrado ya la clave de un asunto y puede dominar seguramente a su adversario, me dijo, enderezándose sobre su asiento: —¿Con que la orden del señor Presidente no le merece a usted obediencia? Pues, bien, así lo informaré a aquel funcionario y entretanto dejaré custodiada su casa con mis oficiales. —Como usted guste, Coronel, le repliqué, y aprovechando la oportunidad, vea, le dije: a causa del ningún respeto que se tributa a la ley y de las arbitrariedades en que incurren los jefes militares, vemos constantemente esa serie de acciones y reacciones, que, pudiendo ser benéficas, se hacen meramente personales, y se traducen en venganzas y atropellos de todo género, haciendo cada vez más difícil que se afiance el orden y



que se regularice la Administración. Piénselo bien Coronel y procuremos nosotros arreglar nuestra conducta a las prescripciones legales, para honra del Gobierno a quien servimos. El señor Valencia, apenas me escuchó, y al concluir de pronunciar las expresiones referidas, “yo informaré de todo al señor Presidente, me dijo, dejando entretanto mis oficiales en las puertas de su casa para evitar la evasión del reo”. Dicho esto, se levantó y se despidió resueltamente, dejando al exterior de mi casa varios oficiales que la custodiaban.

Inmediatamente, dirigí un telegrama al señor Presidente, General don Carlos Ezeta, que se encontraba actualmente en Comasagua, infomándole de lo ocurrido, en los siguientes términos: Señor Presidente, Comasagua.—El General Próspero Aguilar vino, hace una hora, a mi casa, sospechando que tratan de capturarlo y pidiéndome garantías. El Coronel Virgilio Valencia acaba de llegar a pedirme su entrega y yo le he exigido orden escrita de la autoridad judicial. El alega tenerla de usted, mas, como esto no libra mi responsabilidad, he insistido en mi negativa. Le suplico evite el escándalo de un allanamiento, en la seguridad de que tendré al General Aguilar a la disposición de la autoridad competente. Su Afmo. Salvador Gallagos”. Acababa de despachar este telegrama, cuando recibí del señor Presidente, el que literalmente copio: “Comasagua, diciem-

bre 6 de 1892.—A Dr. Gallegos.—Por qué no permite usted, señor Ministro, que sea capturado don Próspero Aguilar, que me dicen ha tomado iglesia en su casa? Sírvasse constestar. Su Afmo. C. Ezeta". A esto repuse de la manera siguiente: "Sr. Presidente. Comasagua. Ya le he informado de lo ocurrido respecto del General Aguilar. Por honra de usted y de su Gobierno deseo que la captura de aquél se haga arreglándose a la ley, mucho más, cuando él ocurre a mí que soy el Ministro de Justicia, pidiendo garantías. Qué cuesta que cualquier autoridad dé la orden por escrito? Su Afmo., Salvador Gallegos".

Llegada la hora del Despacho, la una, de la tarde, en punto, me dirigí como siempre al Ministerio, dejando en mi escritorio al General Aguilar, a quien confirmé en la seguridad de que no permitiría le sacasen de mi casa, salvo que recibiese orden por escrito, de la autoridad competente. En el Ministerio, todos se sorprendían de verme, como extrañando que estuviese todavía desempeñando mis funciones, hallándome en choque con la autoridad del señor Presidente; y habiéndose reunido en mi despacho los señores Ministros de Gobernación y de Guerra para tratar del incidente de actualidad, tuve ocasión de hacer a dichos funcionarios referencias semejantes a las que hice al Coronel Valencia, lamentándome con ellos de que prevaleciese todavía una práctica tan viciada e ile-

gal y que se presta a tantos escándalos. Probablemente ellos se penetraron de la firmeza con que defendía mi conducta, y de la resolución en que estaba de sostenerla, y para evitar las dificultades y complicaciones a que esto podía conducir, dispusieron que se iniciase alguna causa contra el General Aguilar, u ordenaron al Juez Militar que dictase orden de detención contra aquél, el caso es, que, como a las tres de la tarde, recibí comunicación oficial de aquel funcionario manifestándome haber dictado dicha providencia, y entonces, mandé a mi Subsecretario, doctor don Jacinto Antonio Sol, a mostrar dicha orden al General Aguilar y a recomendarlo con los oficiales encargados de conducirlo a la detención.

Aunque el incidente había terminado, el desagrado que me produjo persistía y se avivaba más, al recordar los términos del telegrama del señor Presidente, que encerraban un reproche, aunque muy velado e indirecto, a mi conducta y a mis ideas; y como lo que más deseaba, desde hacía algún tiempo, era salir del Gobierno en el cual prestaba una cooperación activa y leal, pero violentando mis convicciones, respecto de la situación creada por el General Ezeta, le mandé inmediatamente mi renuncia, anunciándole que al día siguiente me retiraría a mi finca, y manifestándole que sentía haberle causado alguna contrariedad en el asunto del General Aguilar, y que yo también había sentido una

impresión muy desagradable, viendo mi casa rodeada por la policía, y al vecindario alarmado por una cosa que, en realidad, no valía la pena. El Presidente me contestó en el acto, lo siguiente: "Muy estimado amigo: Por el señor Subsecretario supe que usted se iba mañana para su finca. Debo decirle, que he sentido muchísimo lo ocurrido respecto de haberse refugiado en su casa don Próspero Aguilar, y haber sido rodeado por la policía. Desearía que usted viera eso como un incidente cualquiera, debido tan sólo a mi ausencia, y que sea nuestra amistad la que pese más en su ánimo, que el desagrado que tal ocurrencia le haya causado. Ni por un instante debe usted creer que yo le admita su renuncia, pues no hay motivo alguno para que usted desee ausentarse del Gobierno mucho más ahora que las cosas van a marchar de distinta manera. Soy como siempre el amigo que lo distingue y aprecia muy altamente. CARLOS EZETA".

A pesar de los términos de la carta anterior, escrita de puño y letra del señor Presidente; y no obstante que en ella se me hacía la indicación de que las cosas caminarían en lo sucesivo de distinta manera, lo cual implicaba una satisfacción y una promesa, efectué mi viaje a la finca, como medio de obliigar al Presidente a que admitiese mi renuncia, y por fin, viendo que persistía en mi ausencia, se aceptó el 19 del mismo mes, dejándome satisfecho de mi conducta, en el inci-



diente del General Aguilar, y de que, contra lo que esperaba, hubiese tenido para mí una solución bajo todos conceptos satisfactoria.

### EL FUSILAMIENTO DEL GENERAL CASTRO

Con frecuencia se presentan, entre nosotros, las ocasiones de tener que enfrentarse al Poder, para impedir, si fuere posible, sus violencias; mas, desgraciadamente, no abundan los caracteres firmes y los patriotas sin miedo, que se atrevan a provocar las iras de los déspotas, exponiendo su propia personalidad a cambio de problemáticos resultados. En cuanto a mí, llegada la ocasión, siento un impulso irresistible que no me permite disimularlo, y que, me lanza, sin tener en mira las consecuencias, a abogar por los fueros de la justicia, aunque de ordinario, y en circunstancias que no ofrecen gravedad inmediata, me atenga por lo regular al consejo de Balmes, de que, cuando no se ha de sacar provecho en favor de la verdad, es mejor condenarse al silencio.

Entre varios lances que me han ocurrido, sujetando a dura prueba mi carácter y exponiéndome gravemente a ser víctima de las iras del Poder, voy a referir un suceso que inesperadamente vino a sorprenderme, en medio de la vida tranquila de las faenas agrícolas a que me entregué, decepcionado, durante los primeros años de la Administración del General don Tomás Regalado.

Tenía con este General el antecedente de haberme él traicionado, pronunciándose contra la autoridad del Consejo Ejecutivo Provisional de Centro América, del cual yo formaba parte, como Delegado de El Salvador, el año de 1898; y, aunque, desde mi regreso de Amapala, no había tenido ocasión ni de saludar siquiera a dicho General que ejercía la Presidencia de la República, un día, el 6 de septiembre de 1900, vino un Ayudante a mi casa, de parte del señor Presidente, quien, me dijo, deseaba hablar conmigo, en el Despacho del Ministerio de la Guerra. Sorprendido de que el General Regalado me llamase, y presintiendo algo desagradable, me dirigí inmediatamente al lugar indicado, donde encontré reunidos, al General don Fernando Figueroa, compañero mío de Colegio, al doctor don José P. Trigueros, Ministro del Gobierno, al General Villavicencio, al doctor Fidel Antonio Novoa, también Ministro del Gobierno, a don Margarito González, al doctor Francisco Antonio Reyes, Ministro del Gobierno, al General Luis Gómez, a dos o tres particulares más, que no recuerdo, y al doctor don Daniel Huevo y Paredes, Auditor de Guerra, sin encontrarse allí el General Regalado. Ese concurso me llamó mucho la atención, sin hallar a qué atribuirlo, y especialmente, por figurar en él el General Figueroa, quien había permanecido en San Vicente, sin que supiera su llegada a la capital, y porque dicho General

había sido reputado como enemigo de todos los Gobiernos que se sucedieron, desde cuando el Presidente Zaldívar le depositó el Poder, el año de 1885, y que, por no haber podido sostenerse en él, tuvo que retirarse a su hacienda, en el Departamento citado.

Pronto empecé a ver más claro, sobre el objeto que se tenía entre manos, pues, apenas me había sentado, cuando el doctor Huevo y Paredes ocurrió a saludarme y a suplicarme le aconsejase cómo debía iniciar un juicio verbal militar que tenía que seguir; y empezaba a indicarle la necesidad de levantar el auto cabeza de proceso, nombrando él mismo un Fiscal y un Secretario, etc., etc., cuando invitándome a acercarme al escritorio donde lo encontré trabajando, me mostró un legajo en forma de proceso, contra el General don Jacinto Castro, en el cual, llevado de la curiosidad, alcancé a ver, que ya se había reunido el Consejo de Guerra, y que el reo estaba ya condenado a muerte, sin haber intervenido ningún defensor, por parte del reo. Ante tales irregularidades, en un asunto de tanta importancia, sentí sublevarse mi conciencia, y reprochando al doctor Paredes que procediese de esa manera, lo dejé en su escritorio, retirándome a ocupar de nuevo mi asiento.

Apenas me había sentado, cuando se me acercó el General Figueroa, pidiendo mi parecer sobre la aplicación que habían hecho de un artículo de la ordenanza militar, que

manda, me parece, que en el interior de los Cuarteles se mantenga el rigor del servicio, como en tiempo de guerra; y como la Constitución Política del país, no permite la aplicación de la pena de muerte, sino por delitos militares muy graves, cometidos en campaña, querían que se considerase como cometido en campaña, un delito grave, puramente militar, cometido en el cuartel, para aplicar a su autor, el General Castro, la pena de muerte. Una interpretación tan torcida, no podía menos que encontrar de mi parte, una reprobación terminante; y como el General Figueroa insistiese en su legalidad, tuve que reprocharle su opinión como una barbaridad, apelando allí mismo al parecer del Ministro de Justicia, señor Trigueros, quien no pudo dejar de darme toda la razón, no obstante que, guardaba allí una actitud pasiva, dejando hacer, sin que de sus labios saliese una palabra de protesta.

El General Jacinto Castro, era un militar joven, simpático e instruido, que había acompañado al General Regalado durante la campaña contra los Generales Ezeta, y que, por sus relaciones con este Jefe, aparte de sus méritos personales, había sido nombrado Comandante del Cuartel Guardia de Honor, Subsecretario del Ministerio de la Guerra y últimamente Secretario de la Comandancia General. Desgraciadamente, el General Castro abusaba del licor, con alguna frecuencia, y en los días en que ocurrieron los he-



chos que relato, el General había estado tomando licor, para acallar así, quizá, los resentimientos y decepciones políticas que últimamente había experimentado. El General Regalado se hallaba de paseo en una finca de don Angel Guirola h., a fines del mes de octubre del año citado, cuando el General Castro, en unión de su hermano el doctor don Ignacio Castro, formó de acuerdo con aquel, entre los vapores del alcohol, un plan de rebelión, que consistía principalmente en apoderarse del cuartel que había en el local del Palacio Nacional, aprovechando la ausencia del General Regalado, y la posición que ocupaba el General Castro en la jerarquía militar. Se reunieron pues, siempre tomando licor, los hermanos Castro, en la sala de la Comandancia de la Guardia de Honor, y llamando al Mayor del Cuerpo, le dió orden el General Castro de ir a recibir y hacerse cargo de la Comandancia del Cuartel del Palacio, cuya orden obedeció aquel inmediatamente. Un momento después, cuando calculó Castro que su orden estaría cumplida, montó, medio ebrio, en su caballo prieto, y se dirigió al Cuartel del Palacio, para hacerse cargo de él, consumando su traición; mas, aunque efectivamente, el cuartel le fué entregado al Mayor de la Guardia de Honor, éste de acuerdo con el ex-Comandante, convinieron en que, siendo muy sospechosa la conducta del General Castro, y no hallándose en la capital el General Regalado, debían

ponerse en estado de defensa, pues era probable que Castro viniese a atacarlos con la fuerza del otro Cuartel. Estando de acuerdo, a este respecto, dictaron todas las disposiciones del caso, colocando centinelas en todas las ventanas, toda la fuerza sobre las armas, aislamiento del Cuartel, al cual no dejaban acercarse a nadie, en fin, un verdadero estado de guerra, y cuando vieron que se acercaba solo el General Castro, lo dejaron llegar a la puerta del Cuartel, y como iba bastante descompuesto, con facilidad lo capturaron, arrestándolo en una pieza, y mantuvieron la situación que dejo descrita, hasta en la noche que regresó el General Regalado, y dictó personalmente sus disposiciones.

Por supuesto, hubo grande alarma en toda la República, y todos estaban de acuerdo en que el país estuvo por un momento al borde de un abismo, pues, fácilmente se puede calcular el riesgo que corrió el orden y la seguridad pública, y cuántas consecuencias funestas pudieron producirse si hubiese triunfado la traición del General Castro. Pasados unos pocos días, después de los sucesos que dejo referidos, el General Regalado dispuso el juzgamiento de aquel, en Consejo Verbal de Guerra, y tal era lo que se verificaba en la sala del Ministerio de la Guerra, cuando fui llamado a dicho lugar. Un momento después, de mi discusión con el General Figueroa, entró a la sala el General Regalado, por

una puerta que comunicaba directamente el Despacho con su habitación particular. Estaba pálido, con la mirada airada y el semblante rígido: me saludó brevemente y se sentó a mi lado, permaneciendo, sin decir una palabra, en medio del silencio que todos guardaban, durante largo rato; y deseando yo salir de una situación tan embarazosa, le dije: Veo, señor General, que quizá he llegado a distiempo, y si usted, me lo permite, voy a retirarme, para volver en mejor ocasión. “No, me contestó él. Sí precisamente para esto lo he llamado”. Y continuamos todos en silencio. Un momento después, fueron entrando de la pieza inmediata, varios jefes militares, de los cuales recuerdo al General Camilo Alvarez, al General Bará, al General Lardizábal, al Coronel Mc. Gil, sentándose en fila, por el orden indicado, y a continuación, introdujeron al General Castro, que venía custodiado por dos oficiales, y con las manos atadas por detrás. Castro, permaneció parado, delante de sus jueces, reunidos en Consejo de Guerra, y el Secretario dió lectura a algunos pasajes de la causa instruída, después de lo cual, interrogó el Presidente del Consejo, Coronel Alvarez, al reo, sobre si tenía algo que alegar en su favor, a lo cual éste contestó que todo había sido efecto del licor. Hicieron salir a continuación, a aquel, y se procedió a la votación de la sentencia, dando todos su voto a muerte, con excepción únicamente del Coronel Mc. Gil,

que opinó por que se aplicase la pena inmediata inferior. Durante toda esta sensacional sesión, el General Castro miraba fijamente al General Regalado, quien se mantuvo inmóvil en su asiento, presentando un semblante rígido e inmutable.

Pasado un momento, después de la sentencia, durante el cual, todos los presentes parecían impresionados, por la solemnidad y trascendencia del acto que habían presenciado, el General Regalado, volviéndose hacia mí, me dijo: qué le parece doctor Gallegos? Yo le contesté: Señor: siento decirle, que a mi juicio, se procede con festinación en este asunto, de suyo tan importante. Todos reprobamos enérgicamente el hecho del General Castro, congratulándonos de que tan a tiempo se hayan frustrado sus planes, preservando a la sociedad de las funestas consecuencias que de ellos debían esperarse; pero, una vez conjurado el mal, desearíamos que prevaleciese la razón serena, y que se observasen las prescripciones legales en el juzgamiento y condenamiento del rec. El caso no es de Consejo Verbal, pues no estamos en estado de guerra, y por lo mismo no procede la condenación a muerte. Además, veo que se ha prescindido de la defensa del reo, y todas estas irregularidades creo que debían evitarse, por honra misma de la Administración y de usted, fuera de los intereses de la justicia. Apenas había concluido de dar esta opinión, que no sé cómo fué escuchada, a lo menos



aparentemente, con paciencia, se levantó de su asiento el General Regalado, y con un acento brusco, imperioso y soberbio, me dijo: "Es que yo no recibo consejos de nadie". Señor, le repliqué, siento que quizás le he causado contrariedad: yo también no acostumbro dar consejos a nadie, pero cuando me piden mi parecer, como lo ha hecho usted ahora, expongo sinceramente mis ideas, y lo que mi conciencia me dicta, considerando que este es el deber de un hombre honrado.

Al pronunciar estos conceptos, juzgué casi irremediable mi pérdida, tal era la cólera que se reflejaba en el semblante del General; mas, por el contrario, sentándose éste y tomándome de la mano para sentarme, dispénsame, me dijo: es que usted no sabe que aquí, refiriéndose al suceso, hay circunstancias especiales. Venga acá, doctor Novoa, continuó, interpellando al Ministro de Gobernación; y al estar éste enfrente de mí, verdad, doctor Novoa, repitió, que en esto, hay circunstancias especiales? Sí, señor, contestó aquél; y entonces, volviéndose hacia mí, "Ya ve doctor Gallegos, me dijo, que tengo razón. Señor le repliqué, yo no tengo conocimiento de tales circunstancias, y mi opinión se ha fundado, simplemente, en lo que he presenciado. Usted dispense. Dirigiéndose después, el General Regalado, al Consejo de Guerra, "Puesto que debe nombrarse un defensor, les dijo, designo, desde luego al doctor

que opinó por que se aplicase la pena inmediata inferior. Durante toda esta sensacional sesión, el General Castro miraba fijamente al General Regalado, quien se mantuvo inmóvil en su asiento, presentando un semblante rígido e inmutable.

Pasado un momento, después de la sentencia, durante el cual, todos los presentes parecían impresionados, por la solemnidad y trascendencia del acto que habían presenciado, el General Regalado, volviéndose hacia mí, me dijo: qué le parece doctor Gallegos? Yo le contesté: Señor: siento decirle, que a mi juicio, se procede con festinación en este asunto, de suyo tan importante. Todos reprobamos enérgicamente el hecho del General Castro, congratulándonos de que tan a tiempo se hayan frustrado sus planes, preservando a la sociedad de las funestas consecuencias que de ellos debían esperarse; pero, una vez conjurado el mal, desearíamos que prevaleciese la razón serena, y que se observasen las prescripciones legales en el juzgamiento y condenamiento del reo. El caso no es de Consejo Verbal, pues no estamos en estado de guerra, y por lo mismo no procede la condenación a muerte. Además, veo que se ha prescindido de la defensa del reo, y todas estas irregularidades creo que debían evitarse, por honra misma de la Administración y de usted, fuera de los intereses de la justicia. Apenas había concluido de dar esta opinión, que no sé cómo fué escuchada, a lo menos

aparentemente, con paciencia, se levantó de su asiento el General Regalado, y con un acento brusco, imperioso y soberbio, me dijo: "Es que yo no recibo consejos de nadie". Señor, le repliqué, siento que quizás le he causado contrariedad: yo también no acostumbro dar consejos a nadie, pero cuando me piden mi parecer, como lo ha hecho usted ahora, expongo sinceramente mis ideas, y lo que mi conciencia me dicta, considerando que este es el deber de un hombre honrado.

Al pronunciar estos conceptos, juzgué casi irremediable mi pérdida, tal era la cólera que se reflejaba en el semblante del General; mas, por el contrario, sentándose éste y tomándome de la mano para sentarme, dispénsame, me dijo: es que usted no sabe que aquí, refiriéndose al suceso, hay circunstancias especiales. Venga acá, doctor Novoa, continuó, interpellando al Ministro de Gobernación; y al estar éste enfrente de mí, verdad, doctor Novoa, repitió, que en esto, hay circunstancias especiales? Sí, señor, contestó aquél; y entonces, volviéndose hacia mí, "Ya ve doctor Gallegos, me dijo, que tengo razón. Señor le repliqué, yo no tengo conocimiento de tales circunstancias, y mi opinión se ha fundado, simplemente, en lo que he presenciado. Usted dispense. Dirigiéndose después, el General Regalado, al Consejo de Guerra, "Puesto que debe nombrarse un defensor, les dijo, designo, desde luego al doctor

Madriz; mándenlo a llamar de mi parte, y que se le conceden dos horas para la defensa. Dijo, y se levantó saliendo para su habitación particular.

En el acto se mandó a llamar al doctor Madriz, y aprovechando este intervalo y la ausencia del General Regalado, hablé al doctor Francisco Antonio Reyes, cuñado del General para que fuese a empeñar los ruegos y súplicas de su señora suegra, en favor del General Castro, pues, todo indicaba que el General Regalado estaba dispuesto a sacrificarlo. Es en vano, me dijo, ya se empleó ese recurso, sin ningún resultado, y lo peor es, que el General está tomando.

Llegó el doctor Madriz, volvió a reunirse el Consejo de Guerra, alegó aquél, y se repitió, con el mismo resultado, la sentencia de muerte, logrando, al fin retirarme a mi casa, como a las siete de la noche. Al día siguiente, se supo que la Comandancia General o sea, el Presidente Regalado, había confirmado la sentencia, y en la tarde, aunque se notó algún movimiento de tropas, todos creían que se trataba simplemente de degradar al General Castro, más desgraciadamente, lo que se verificó, fué la fusilación de aquel desgraciado militar, en el Campo de Marte, a las cinco de la tarde del día siete de septiembre de 1900. El General Figueroa, desde el suceso referido, quedó figurando en el Gobierno como Subsecretario de la Guerra.